Jesús Villanueva

Leyenda negra

UNA POLÉMICA NACIONALISTA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XX



En los primeros años del siglo XX algunos publicistas e intelectuales españoles elaboraron una idea que tendría enorme repercusión: que España había sido objeto, desde el siglo XVI, de una campaña de acusaciones y desprestigio por parte de los demás países de Europa, tomando como pretexto el despotismo de Felipe II, los procedimientos de la Inquisición o los crímenes de la conquista de América. La refutación de esta supuesta *leyenda negra* se convirtió en un poderoso motivo propagandístico de las corrientes del nacionalismo español y de los regímenes de Primo de Rivera y Franco en su propósito por defenderse de las críticas exteriores e imponer una identidad nacional católica, pero suscitó también respuestas críticas por parte de destacados intelectuales, que vieron en la idea de la leyenda negra un caso de "manía persecutoria" y de encubrimiento político.

Este libro es un repaso por la historia del concepto de leyenda negra tal y como se desarrolló al hilo de las polémicas ideológicas del siglo XX, para mostrar así la presencia considerable que este motivo ha tenido en el pensamiento político español contemporáneo.



Jesús Villanueva

LEYENDA NEGRA. UNA POLÉMICA NACIONALISTA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XX

ePub r1.0
Titivillus 10.11.2023

Título original: *Leyenda negra. Una polémica nacionalista en la España del siglo XX*
Jesús Villanueva, 2011
Diseño de cubierta: Estudio Pérez-Enciso

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1









Índice

Introducción

El diccionario de la Real Academia Española, a partir de su edición de 2001, define la leyenda negra como una "opinión contra lo español difundida a partir del siglo XVI". En la edición de 1984 se da una definición menos escueta y se añade que esa "opinión antiespañola" está basada "en la política de España en Italia, Alemania y los Países Bajos, y en la conquista y colonización de América". Es curioso que la Academia no incorporara el término hasta esa fecha, porque lo cierto es que llevaba circulando ya varias décadas y no precisamente en ámbitos de especialistas, sino en libros de todas clases, artículos de prensa, discursos políticos y en el vocabulario habitual de los ciudadanos.

La definición de la Academia es simple y reconocible; al leer o escuchar el término "leyenda negra" todos la entendemos intuitivamente en referencia a una visión negativa de la historia de España, centrada en determinados temas o personajes polémicos que se sitúan en el siglo XVI: Felipe II, la Inquisición, la guerra de Flandes, los abusos de los conquistadores en América... Sin embargo, si se analiza más detenidamente, nos apercibimos de que la leyenda negra es un concepto muy resbaladizo, que se puede entender de diversas maneras o, para ser más preciso, que se puede enfocar según perspectivas muy diferentes. Eso hace que a la hora de escribir una "historia de la leyenda negra" se presenten diversas opciones. Conviene mencionarlas en esta introducción para justificar la elegida finalmente en este estudio.

La primera opción consistiría en examinar si la visión negativa de la historia de España que denominamos leyenda negra se corresponde o no a la realidad histórica. Se trataría, por tanto, de analizar los temas centrales de la leyenda y dilucidar si el tratamiento que se da de ellos es correcto o no: ¿fue Felipe II un soberano imperialista o fanático?; ¿fue la Inquisición la causa del atraso científico español?; ¿hubo genocidio en América? Ello pasaría también por la comparación con otros países: ¿fue Felipe II peor que otros reyes de la época?; ¿se cometieron en otras latitudes crímenes por religión más graves que en España?; ¿fue el colonialismo francés o inglés más duro con las poblaciones indígenas que el español?

Este tipo de cuestiones, obviamente, son del máximo interés, pero lo cierto es que pertenecen a la historia general; la leyenda negra aparece como simple punto de partida polémico para lo que sería una serie de ensayos de historia política y social, en los que se revisarían tópicos y se resumirían las conclusiones de la historiografía reciente.

La segunda opción se centra en la leyenda negra en sí misma, como discurso elaborado en el extranjero en el que se desarrolla una visión negativa de la historia de España. Sería un estudio de historia del pensamiento o de la literatura y mostraría el desarrollo de ese discurso desde sus orígenes en el siglo XVI, pasando por los siglos XVIII y XIX, hasta un punto de llegada impreciso, pero que generalmente se sitúa en el presente del historiador.

Un enfoque de este tipo debería partir de la especificidad de la leyenda negra, pues esta sería una variante particular, aun de especial importancia, dentro de las diferentes imágenes de España que se han podido elaborar

en el extranjero. Podríamos señalar tres rasgos definidores de la leyenda negra, implícitos ya en la definición de la Academia: a) el carácter legendario, el que se trate de una visión imaginaria o distorsionada de la realidad; b) la intencionalidad "antiespañola", el ánimo de denigración o menosprecio hacia la historia de España y c) la continuidad en el tiempo, la permanencia de la leyenda negra desde su supuesto origen en el siglo XVI hasta el XIX e incluso el XX.

La pregunta que se plantea entonces es: ¿ha existido la leyenda negra como discurso antiespañol, basado en falsedades históricas y mantenido ininterrumpidamente durante cuatro siglos? Desde que se formuló esta tesis, a principios del siglo XX, son muchos los autores que lo han negado, incluidos historiadores recientes, en particular Ricardo García Cárcel en su síntesis *La leyenda negra: historia y opinión* (1992). En el capítulo siguiente se recogerán argumentos en este sentido. Podría tal vez aducirse que la tesis del antiespañolismo sistemático es una versión extrema del concepto de leyenda negra que cabe rechazar, pero que en cambio puede mantenerse una versión *soft*, según la cual la leyenda negra se referiría a la permanencia en la opinión extranjera de ciertos estereotipos sobre España y su historia que resurgen en determinadas circunstancias, vestigios producto de la ignorancia o una atención superficial que no presuponen una animosidad "antiespañola". Pero ello no excluye, al contrario, lo demanda, que se aclare y se delimite el alcance del concepto "leyenda negra" y se especifique si puede hablarse de "antiespañolismo" y cómo se produce la supuesta continuidad de ese discurso a lo largo de tanto tiempo. Esbozaremos algunos argumentos al respecto en el siguiente capítulo de este libro.

Un tercer enfoque consistiría en centrarse en la forma en que la leyenda negra es experimentada por los españoles: cómo la perciben, cómo afecta a su propia forma de ver la historia de España, de qué modo reaccionan frente a ella. Como explicó Pierre Chaunu, en la cuestión de la leyenda negra se da un curioso desdoblamiento: "La leyenda negra es el reflejo de un reflejo, una imagen doblemente deformada, en cuanto doblemente reflejada. La 'leyenda negra' es, si se quiere, la imagen de España, en el exterior, tal como España la ve". Ricardo García Cárcel, en la presentación del dosier sobre la leyenda negra de la revista *Historia 16* (1992), escribía igualmente que el estudio de la leyenda negra "se convierte en especialmente apasionante [...] como ejemplo característico de una fijación histórica, la convicción firmemente asumida por muchos españoles a lo largo del tiempo de estar siendo objeto de una campaña de desprestigio, de devaluación, de rechazo".

En efecto, podría decirse que la clave de la leyenda negra se encuentra en esta dimensión subjetiva, de percepción de una crítica exterior y de reacción polémica. Pero, al mismo tiempo, tal enfoque no deja de suscitar problemas, similares a los de la leyenda negra como discurso foráneo antiespañol: ¿puede escribirse una historia de cuatro siglos de duración sobre las reacciones diversas de los españoles a la visión negativa de la historia de España formulada en el extranjero? ¿Es esta "obsesión" una constante de la cultura española a lo largo de todo este tiempo?

La cuarta opción, que será la que seguiremos en este estudio, parte del presupuesto anterior, pero dándole un giro: más que percepción o reacción a algo venido de fuera, la leyenda negra sería una ideología o un discurso

que surge y se desarrolla en un contexto político e intelectual español y que debe analizarse estrictamente en ese marco. Ello significa que para comprender la leyenda negra hay que sustraerse a lo que ese discurso pretende hacer creer, a la idea de un choque entre la visión hostil o despectiva del exterior y la reafirmación patriótica, y al empeño en imaginar una genealogía ilustre de la polémica, retrotrayéndola a los tiempos de Felipe II. Se impone atenerse a los textos y situar la cuestión en su ámbito cronológico e intelectual justo.

Siguiendo esto, lo que se constata es que la leyenda negra es un asunto del siglo XX, no anterior. La evidencia más clara es el propio término, que aparece en castellano por primera vez en 1899, en una conferencia de la novelista Emilia Pardo Bazán, según se explica en el capítulo 2. Naturalmente, una palabra nueva podría no ser más que una anécdota, un término que a alguien se le ocurre un buen día (o que toma prestado del francés, como en este caso) para definir algo que ya existía previamente. Pero lo significativo en el caso de la leyenda negra es que desde el mismo momento en que se introduce el término queda asociado a una serie de polémicas políticas e ideológicas específicas de esos años, los años posteriores al Desastre de Cuba, algo que desde luego no es una casualidad. La publicación de *La leyenda negra*, de Julián Juderías, en 1914, un libro que sintetiza la visión tradicional sobre el tema y alimentará el debate en los siguientes decenios, está determinada también por un contexto político e intelectual preciso y por las convicciones ideológicas del autor, representativas de una determinada corriente de pensamiento.

La historiografía no ha prestado suficiente atención a esta historia contemporánea del concepto de la leyenda

negra. Por lo general se ha aceptado el enfoque clásico que ve en la leyenda negra un fenómeno plurisecular, aun si se evita la tesis extrema de la campaña antiespañola permanente. Pero también ha habido apuntes de revisión crítica. Ya hemos dicho que Ricardo García Cárcel negó en su libro de 1992 que hubiera existido leyenda negra en cuanto discurso deliberadamente antiespañol elaborado en el extranjero, y hablaba de una "ideología de la leyenda negra". François López, por su parte, en el dosier ya citado de la revista *Historia 16*, calificaba también en 1992 la leyenda negra de "mito" y destacaba el "contexto noventayochista" en el que surgió. En ese mismo año Julio Caro Baroja declaraba en una entrevista, con cierta displicencia: "La leyenda negra fue un fenómeno que surgió a partir del libro de Julián Juderías y después otros continuaron con lo mismo". Ninguna mención a que la leyenda negra nació en la época de Felipe II.

Puede recogerse aquí también una aguda reflexión de José María Ridao en un reciente artículo, reseña del libro de Joseph Pérez, *La leyenda negra* (2009). La obra del hispanista francés, siguiendo en cierto modo el primero de los cuatro enfoques que hemos resumido, se organiza como una larga demostración de la "falsedad" de los diversos tópicos que integran la leyenda negra y que se refieren a la historia de los siglos XVI-XVII. A este enfoque, Ridao opone otro alternativo: "Existiría otra aproximación que, haciendo abstracción del contenido, se esforzase en explicar la Leyenda negra como fenómeno, colocando el foco de atención sobre un hecho en verdad singular: la extemporánea preocupación que experimentaron algunos de los más destacados escritores españoles

en torno a 1900 por contestar agravios de tres siglos antes".

Ridao lanza, pues, una pregunta: por qué la leyenda negra nace en torno a 1900, esto es, por qué en esos años varios autores españoles imaginan de repente que España ha sido calumniada durante más de tres siglos por los extranjeros. Naturalmente, en historia no hay actas de nacimiento absolutas y todo es fruto de evoluciones previas, de hechos anteriores que preparan el terreno. Por ello, para entender la articulación del discurso o la ideología de la leyenda negra es necesario tener en cuenta los precedentes del siglo XIX, el XVIII e incluso el XVI-XVII; es lo que intentaremos hacer en el capítulo 1.

Los siguientes capítulos, en cambio, estarán consagrados plenamente a la polémica en el siglo XX. Hablamos de "polémica" de forma intencionada. La leyenda negra, como concepto, fue esencialmente un arma de propaganda, de propaganda nacionalista; bastaría para demostrarlo el intenso uso que hicieron de la idea las dictaduras de Primo de Rivera y Francisco Franco, como se explica en su lugar. Pero el concepto también suscitó críticas y réplicas. Algunos le opusieron tesis antagónicas, contramitos no menos rotundos y beligerantes, en particular el de la España negra, que no consistía sino en afirmar que lo que se denunciaba como "leyenda negra" era realidad, una triste realidad, la de una tradición oscurantista y despótica que habría dominado la historia de España a lo largo de los siglos. Otros, en cambio, desarrollaron una impugnación más argumentada, que se inscribe en una crítica de cuño liberal al fenómeno del nacionalismo autoritario. Nos saldrán aquí al paso una larga serie de intelectuales españoles, algunos bien conocidos (Unamuno, Azaña, Sánchez Albornoz), otros algo menos

(Alomar, Andrenio, Azaola, etc.), que ilustran la pervivencia de una conciencia crítica frente a determinadas ideologías estatales o de partido. Por ello, más allá de su aspecto propagandístico, el motivo de la leyenda negra nos permitirá acercarnos a algunos de los principales debates de la historia intelectual española del siglo XX, ya sea en la crisis de 1898, en la de 1909, durante la Primera Guerra Mundial, la dictadura de Primo de Rivera, la República, el franquismo en sus diversas fases, hasta llegar a la transición y las evoluciones más recientes. Naturalmente, no hay pretensión de profundizar en cada uno de estos momentos; tan solo de apuntar el nexo del tema de la leyenda negra con esos debates más amplios y mostrar así la presencia considerable que este motivo ha tenido en el pensamiento político español contemporáneo.

Capítulo 1. Imperio y decadencia

Propaganda antiespañola en los siglos XVI y XVII

En el planteamiento tradicional sobre la leyenda negra, un tema de discusión ha sido el del momento en que se origina. Alguno de los autores que veremos en capítulos siguientes llegaron a considerar que esa visión hostil de España es inveterada, se encuentra en todas las épocas, incluso en tiempos de la antigua Roma (visión despectiva de los iberos por los romanos). En la década de 1950, un historiador sueco, Sverker Arnoldsson, insistió en las críticas italianas de los siglos XIV y XV contra los aragoneses, y más específicamente contra los catalanes, presentes en Italia como comerciantes u ocupantes desde el siglo XIII, la "vil estirpe de mercenarios y traidores" de la que hablaba Petrarca.

En realidad, esta búsqueda de los orígenes de la leyenda negra es un ejercicio un poco vano. Las críticas, prejuicios y estereotipos respecto a naciones extranjeras son de todas las épocas y siempre se encontrarán "precedentes". Lo importante no es documentar críticas sin más, del tipo que sean, sino las que configuran la leyenda negra en cuanto discurso específico y permanente en el tiempo. En ese sentido no cabe duda de que el siglo XVI, y más específicamente el reinado de Felipe II, marca una cesura.

Ello es resultado de circunstancias históricas bien conocidas. España, país relativamente periférico hasta entonces, en pocos años pasa a ocupar el centro de la escena política europea, mundial incluso, tras la conquista

de América; se implica en la disputa político-religiosa provocada por la Reforma protestante, presentándose como baluarte del papado, e interviene en negociaciones diplomáticas y campos de batalla. El español se convierte en un personaje distintivo, ya como gran aristócrata de hiriente altivez, ya como soldado tan aguerrido como despiadado, ya como teólogo de intachable ortodoxia, etc.

Bajo Felipe II, la presencia española en Europa se convierte en hegemonía opresiva. Desde 1567 hasta el final de su reinado, las tropas del monarca español —españolas solo en pequeña parte— se embarcan en conflictos sucesivos en defensa de sus derechos dinásticos y de la causa del catolicismo: guerra de Flandes, anexión de Portugal, intervención en Francia, intento de invasión contra Inglaterra… Son guerras duras y destructivas, que se acompañan de una doble represión, nacional y religiosa, y que lógicamente generan una reacción que se mueve también por motivos religiosos y patrióticos.

Un componente esencial en esta reacción es la propaganda. En los Países Bajos, Francia, Alemania e Inglaterra se desarrolla una propaganda bélica similar a la que se encuentra en conflictos similares de todas las épocas, de lucha contra un invasor o un imperio hegemónico. Se da así una inmensa producción de folletos, grabados, canciones o libros más gruesos que cubren todos los públicos y todos los registros y contribuyen a difundir una determinada imagen de lo español: de su rey, de sus tropas, sus religiosos, etc.

¿Cabe hablar de "leyenda negra" a propósito de esta propaganda? Recordemos que, según la definición usual resumida en la introducción, la leyenda negra se caracteriza por tres criterios: el elemento legendario, el anties-

pañolismo y la pervivencia en el tiempo. Los dos primeros parecen cumplirse con creces. El antiespañolismo está presente hasta en los títulos de los panfletos de esos años —*Anti-Español*, *La tiranía española*, etc.—, en los que, por lo demás, se hace generoso uso de toda clase de descalificaciones contra los españoles: "Estos perros de presa, esta maldita raza, ¡que es más perversa que todos los turcos juntos!"; los soldados españoles "han cometido más crueldades y ejercido mayor tiranía que los turcos, enemigos del cristianismo, jamás hayan hecho", dicen los textos holandeses. "Su crueldad es mayor que la del tigre [...] su incendio de casas, su detestable saqueo y pillaje de aquellos grandes tesoros que de todas partes de Europa se habían reunido en suntuosos palacios, su lujuriosa e inhumana desfloración de matronas, esposas e hijas, su incomparable y sodomítica violación de muchachos", se lee en un panfleto francés.

El elemento legendario no es menos visible. Se encuentran bulos, como el de cierto plan secreto español para aniquilar a todos los protestantes holandeses, o a lo menos ideas fantasiosas, como el designio de crear una monarquía universal. Un texto alemán de 1620 dice que los españoles quieren "subyugar y dominar todo el mundo"; un escritor italiano, Tassoni, sostiene que se muestran tan "insaciables que no les basta ni oriente ni occidente, sino que infestan y trastornan toda la tierra y todos los mares".

Ahora bien, habría que tener en cuenta que este tipo de manifestaciones forman parte de una ideología de combate que responde a un objetivo movilizador; no tiene sentido juzgarlas según un criterio de rigor histórico. Además, el componente "antiespañolista" no es la única dimensión de estos textos. Más allá de las arremetidas

contra el invasor o el rey tirano, encontramos a menudo una defensa argumentada, a veces pionera, de la libertad de conciencia o de los derechos constitucionales: no hay que olvidar que textos como la *Apología*, de Guillermo de Orange, participan en una dinámica intelectual en la que se ha visto el germen del constitucionalismo y de la tolerancia religiosa. Asimismo, hay que recordar que la demonización de lo español tiene como contrapartida un fenómeno de admiración desbordada por la monarquía hispana en la opinión católica de los mismos países de los que habría partido la leyenda negra.

En cuanto al tercer criterio —la permanencia en el tiempo—, conviene señalar que toda propaganda de guerra es efímera, se limita al conflicto que la hace nacer y luego se desvanece. La propaganda antiespañola del siglo XVI no es una excepción. En cuanto la monarquía española perdió su condición de potencia hegemónica en Europa (paz de Westfalia, en 1648, y paz de los Pirineos, en 1659), la hostilidad de los otros países desapareció también. Los temas de la crueldad española, la monarquía universal o el papismo hispano pierden actualidad y se convierten en recuerdos históricos más o menos lejanos. No se volverá ya a lanzar una operación de propaganda antiespañola, al menos hasta la guerra con EE. UU. en 1898; en este sentido, la idea de una campaña sistemática contra España a lo largo de cuatro siglos carece de base.

Aun así, si no hubo hostilidad deliberada a lo largo del tiempo, podría pensarse que la campaña antifilipina lanzó una serie de tópicos críticos que sobrevivieron y configuraron la imagen de España en los siglos XVIII, XIX y XX. Solo que esta supervivencia no se da porque sí; cons-

tituye un fenómeno que hay que explicar, del que hay que determinar las causas.

Una primera motivación sería la voluntad de memoria de los países atacados por Felipe II, que ven en ese conflicto un hito de su historia nacional: en el caso holandés, la revuelta y la guerra, iniciadas en 1567, marcan la forja de su nacionalidad; en el de Inglaterra, la victoria sobre la Armada en 1588 se celebra como una gran gesta. Hay que señalar que en todo ello hay mucho de construcción ideológica posterior, de elaboración de la memoria nacional, realizada a través de la historiografía y la literatura, los rituales públicos, la escuela, especialmente en el siglo XIX, el momento de auge del nacionalismo. Puede citarse el testimonio de un holandés (religioso católico), en 1931: "Soy holandés, esto es, una víctima de antipatías nacionales hacia España, antipatías muy arraigadas, mamadas casi con la leche, fermentadas por un sistema absurdo de educación e instrucción histórica en nuestras escuelas" (Powell, 1971: 235). La alusión al papel de la escuela es reveladora: la fuente de la imagen negativa de España es el adoctrinamiento nacionalista contemporáneo, más que el improbable resentimiento por hechos remotos que perdieron actualidad muy pronto.

Estrechamente unida con la anterior se encuentra otro tipo de memoria colectiva en la que la España filipina aparece también bajo trazos negros: la del protestantismo. En su epopeya fundacional, la España de la Inquisición aparece como el gran enemigo, y esa será una constante en la cultura y la historiografía de inspiración protestante que trasciende igualmente al sistema escolar.

La problemática de la decadencia

En todo caso, estas perspectivas particulares (nacional o confesional) se confunden con una imagen más general de España, elaborada en los siglos XVIII y XIX. En el marco de la Ilustración y el liberalismo, España aparece como el contraejemplo de un país que no ha seguido la ruta de progreso de las naciones avanzadas y cuya historia moderna (siglos XVI-XVII) se interpreta como una demostración de los males que acarrea seguir determinados principios: la intolerancia religiosa, fuente de guerras de religión, de atraso científico, de distorsión de las relaciones sociales, y el despotismo político, que sacrifica la iniciativa económica privada a los intereses de Estado y conduce a una política imperialista y a constantes guerras de conquista.

España se convierte así en un "caso" típico, un ejemplo o demostración de una ley general de la historia según el paradigma "progresista" que predomina en los siglos XVIII y XIX. El inglés John Andrews escribía en 1770: "España es a ojos del Universo un ejemplo eminente de las miserias que sufre un Estado guiado por los principios de la tiranía y de la ambición". El historiador británico Thomas Macaulay, por su parte, afirma en 1833: "Quien quiera conocer bien la anatomía mórbida de los gobiernos, quien desee entender cómo grandes estados pueden volverse débiles y desdichados, debe estudiar la historia de España". Guizot pone a España como ejemplo de país regido por el "principio teocrático".

Todo ello configura una problemática bien conocida que ha dominado largo tiempo la historiografía sobre España: la de la "decadencia". Es una problemática que tiene su propio itinerario y ramificaciones, que ha atraí-

do a autores de gran relieve y que llega hasta la historiografía reciente. Desde luego, a veces este planteamiento se ha convertido en tópico, repetido por inercia y de forma simplista, y esto ha hecho que algunos la hayan considerado una forma de leyenda negra, lo cual pone sobre el tapete de nuevo la significación demasiado reduccionista del concepto "leyenda negra", que identifica el discurso de decadencia como una mera forma de antiespañolismo. Es preferible, creemos, mantener la denominación tradicional de "decadencia" para un discurso complejo, que se enraíza en un movimiento intelectual de gran peso, y que por otra parte se aplica también a otros casos: la Francia absolutista de los siglos XVII y XVIII, el mundo católico, etc.

Lo que sí se plantea es la cuestión de hasta qué punto España se convierte en arquetipo de la decadencia, el país en declive por antonomasia. El historiador inglés Henry Thomas Buckle, por ejemplo, escribía en 1857: "Ningún país de Europa se halla tan claramente designado por la naturaleza para servir de refugio a la superstición"; en el siglo XVII, España "ofreció a Europa el ejemplo solitario de una constante decadencia". Veremos que en 1898 los publicistas norteamericanos irán aún más lejos. Habría que estudiar en detalle este fenómeno de aparente "ensañamiento" intelectual con España[1], puesto que representa tal vez el detonante de la percepción, por parte de los autores españoles, de una "leyenda negra" para la que imaginarán orígenes más remotos.

Tópicos de la España imperial

Junto a esta visión general de la decadencia, la imagen exterior de España se asocia a partir del siglo XVIII a cier-

tos elementos específicos de la historia del país. Podríamos resumirlos en tres: la figura de Felipe II, la Inquisición y la conquista de América. Elementos de la historia de España en el siglo XVI que adquieren, en la perspectiva de la historia "progresista" a la que hemos hecho referencia, un valor de símbolo y articulan una serie de relatos e imágenes con enorme capacidad de difusión.

Los tres temas se registran ya en la propaganda del siglo XVI; de hecho, aparecen evocados en el texto fundamental de esa propaganda, la *Apología*, de Guillermo de Orange. Se desarrolla allí la visión de Felipe como rey tiránico y pérfido, culpable de haber ordenado la muerte de su hijo don Carlos y su esposa, Isabel de Valois; se evoca el fantasma de la implantación de la Inquisición por la fuerza, y se introduce la comparación de los abusos de los españoles en Flandes con lo que hicieron en América, donde habrían "hecho morir miserablemente a más de veinte millones de personas". Esos temas serán retomados incesantemente en la literatura de combate de esas décadas, con fines puramente propagandísticos, al margen de todo criterio de rigor histórico. Pero, cerrado el ciclo de la propaganda antiespañola, subsistirán como presuntas realidades históricas hasta una época muy tardía. La idea de la sentencia de muerte contra el príncipe don Carlos por un consejo convocado por su padre Felipe no será desmentida hasta la década de 1850 por el historiador belga Mignet. También sobrevivirá largo tiempo en la historiografía holandesa la creencia de que Felipe II auspició una sentencia de la Inquisición que declaraba a todos los holandeses culpables de traición y herejía, los condenaba a muerte y confiscaba sus bienes. En cuanto a la conquista americana, las afirmaciones hiperbólicas de Bartolomé de las Casas en su *Brevísima re-*

lación de la destrucción de las Indias (obra traducida al francés y otras lenguas desde 1578) alimentarán una visión tremendista de la colonización que ha durado aún más tiempo.

Se trata de mitos que han cobrado una vida propia, despegándose de la realidad de la historia española para convertirse, en cierto modo, en arquetipos. Por ello mismo, resulta de nuevo muy reductivo valorar esas ideas en función de un antiespañolismo que sería una constante de la historia. Lo muestra lo que sucede en las décadas de 1770 y 1780, cuando los temas españoles sirven para vehicular denuncias generales contra el absolutismo y llamamientos a la emancipación del género humano, como en el *Don Carlos*, de Schiller, o la *Historia de las dos Indias*, de Raynal. Felipe II, Cortés o Torquemada se utilizan como teclas de un lenguaje revolucionario que va mucho más allá del marco español. Como bien vio Juan Pablo Forner en esos mismos años, "sus nombres [los de Felipe II o el duque de Alba], ignorados casi en España, sirven en el resto de Europa a los malignos motes contra la tiranía, sacándolos de sus sepulcros para satirizar en ellos a los poderosos presentes". Claro está, no se movilizaba únicamente el pasado español; en la historia francesa se utilizaron de forma semejante la figura de Catalina de Médicis o el episodio de la Saint-Barthélémy, por no hablar de la historia de Grecia y Roma (Calígula, Nerón...) o de la Biblia. Este tipo de utilización de los motivos de Felipe II o la Inquisición se mantendrá en el siglo XIX, en el teatro, la ópera, la poesía... Piénsese en Victor Hugo evocando en *La leyenda de los siglos* (1859) la negra figura de Felipe II —"Satán que reina en nombre de Jesucristo", "un ser espantoso [...] espectro lívido"— o los autos de fe en América. Interpretar estas elaboracio-

nes en una clave "antiespañolista" está, la mayoría de las veces, fuera de lugar.

Los españoles y el pensamiento de la decadencia

Faltaría considerar la actitud de los españoles ante este tipo de visión de la historia de España desarrollada por autores extranjeros. En la versión tradicional de la leyenda negra, esta cuestión se ha planteado como una influencia venida de fuera, la asunción tal cual por los españoles de una visión desvalorizadora de la historia de España elaborada en el exterior. Se habla, así, de una "interiorización" de la leyenda negra; un fenómeno que se sitúa en el siglo XVIII y que formaría parte de la difusión del pensamiento de la Ilustración.

No hay duda de que en la España del siglo XVIII los intelectuales españoles se acostumbran a ver su propia historia según el prisma de los *philosophes*. La tesis de la decadencia como efecto del mal gobierno arraiga con fuerza. Francisco Romá y Rosell, por ejemplo, condena en 1768 "todas las potencias conquistadoras, y entre ellas España, con la inutilidad de sus esfuerzos para restablecer la felicidad interior, mientras ha sido preciso despoblar el Reyno, agotar el Erario y extenuar las fuerzas del vasallo, para conservar las provincias distantes". Se extiende la convicción del atraso intelectual español en contraste con la modernidad de otros países europeos: España, escribe Jovellanos en 1800, "dormida sobre sus laureles, empezó a desdeñar los estudios a que los debiera; y olvidándolos casi por dos siglos enteros, se abandonó a las especulaciones de una filosofía estrepitosa y vacía, en tanto que otros pueblos, contemplando los cielos, esplorando la tierra y cultivando las ciencias na-

turales, corrían a un mismo paso a la cumbre de la ilustración y la opulencia". En las Cortes de Cádiz, los liberales españoles ven la historia española de los tres últimos siglos como el reino del despotismo y el fanatismo. Martínez de la Rosa, por ejemplo, se refiere en 1813 a "los progresos de la tiranía en España" desde que fueron abolidas las Cortes a principios del siglo XVI; "de entonces acá, afirmándose de día en día el poder absoluto y acrecentándose a medida la inmoralidad y abatimiento de los pueblos, cayó España en aquel estado de postración [...]".

En el siglo XVIII se integra asimismo la visión hipercrítica respecto a los temas simbólicos de la España imperial. Cadalso, por ejemplo, confiesa en una carta de 1774: "Desde que tuve uso de razón [...] me ha llenado de espanto la posesión de las Américas y destrucción de unos catorce millones de almas hecha por unos cuantos extremeños". El poeta Manuel José Quintana escribe en 1805 su célebre poema *Al Panteón del Escorial*, en el que Felipe II es "el fanático Felipe", "el tirano", objeto de "odio, execración del universo", presa de una "ambición fanática y sedienta", dispuesto a dejar "asolados por tu superstición reinos enteros"; y se explaya igualmente sobre la muerte de don Carlos: "En su lívido cuello/del nudo atroz que le arrancó la vida/aun mostraba la huella sanguinosa". La Inquisición es también un tema socorrido: el abate Marchena dice que es peor que la Bastilla, y Muñoz Torrero pronuncia en las Cortes una sentencia célebre: "Cesó de escribirse desde que se estableció la Inquisición [...] La libertad de pensar y escribir perecieron con la Inquisición". Este tipo de tratamiento se mantendrá a lo largo del siglo XIX, al hilo de los diferentes vaivenes políticos y a través de todos los canales: discurso

parlamentario, historia, grabado, teatro, novela, etc. No cesan de escribirse "historias de la decadencia de España" y predomina la visión negativa sobre Felipe II y la Inquisición.

Ahora bien: ¿cabe definir lo expuesto como leyenda negra "interiorizada"?

De entrada, no habría que olvidar los precedentes estrictamente españoles de esta visión crítica de la historia de España —arbitristas, humanismo cristiano del siglo XVI— en los que ya está presente la reflexión sobre la decadencia o el excesivo peso de la religión. Se constata también un esfuerzo de adaptación de la tesis progresista ilustrada que deriva en una narración histórica distintiva, con toda la reflexión, por ejemplo, sobre el significado de la derrota de los comuneros. Pero, más allá de esto, se impone situar las manifestaciones del tipo de las citadas anteriormente en su contexto propio. Por ejemplo, se ha señalado la extensión en el siglo XVIII de una actitud de denigración de lo propio entre los españoles teñidos de cultura francesa, como denunció Cadalso, entre otros; pero se trata de un fenómeno de afrancesamiento general en Europa que sería erróneo singularizar. Del mismo modo, vemos cómo los temas simbólicos de la España imperial (Felipe II, Inquisición…) se movilizan en contextos políticos precisos, de tipo revolucionario, en los que se declinan los lugares comunes sobre un pasado de oscurantismo que contrasta con la utopía liberadora, según un juego primario de contraposición de imágenes. El discurso de Muñoz Torrero tendrá su eco en la revolución de 1854 —en el debate sobre la libertad de cultos, un orador declama: "¿Como había de adelantar un pueblo donde la superstición venía en apoyo de la tiranía; donde la Inquisición quemaba a millares las vícti-

mas; donde estaba prohibida la lectura hasta de los libros más inocentes por medio de listas espurgatorias?", etc.—, o en la de 1868, cuando Emilio Castelar lanza una metáfora que no se olvidaría: "No hay nada más espantoso, más abominable, que aquel gran imperio español que era un sudario que se extendía sobre el planeta".

Nos encontramos aquí de nuevo con una utilización retórica de la historia, que muestra hasta qué punto el tópico de la decadencia o la imagen negativa de Felipe II y la Inquisición se habían incardinado en el discurso liberal. Hoy podemos ver en ello frases huecas e "ideas recibidas", pero hay que situarlas en su contexto en vez de someterlas a una descalificación retrospectiva en términos de "leyenda negra interiorizada". Lo que sí conviene señalar es la radicalización de la visión negativa de la España filipina en los últimos lustros del siglo. Podría interpretarse que el declive de la expectativa revolucionaria y emancipadora tras el triunfo de la Restauración en 1875 conduce a desarrollar una visión más crítica, más "negra", de la historia española moderna. Un ejemplo de ello sería una obra de Pompeyo Gener, *De la incivilización de España* (1888), en la que se presentan la guerra de Flandes o la conquista de América como empresas puramente criminales. En *Los males de la patria*, de Lucas Mallada (1890), la decadencia de España es absoluta, congénita, irremediable. Ese pesimismo exacerbado —que tiene su equivalente, en el campo literario, en el tópico de *La España negra*, título del conocido libro de Verhaeren y Regoyos, de 1888— explica también la reacción de rechazo de la "leyenda negra" que veremos en los primeros años del siglo XX.

Apologías de España

En la tesis tradicional sobre la leyenda negra, la "interiorización" es solo una de las actitudes posibles por parte de los españoles. La otra es la reacción de indignación patriótica, el rechazo de la crítica injusta y la reafirmación del valor de la propia historia o tradición. Se construye así, en paralelo a los críticos antiespañoles, una secuencia de defensores de España, de apologistas, que habrían mantenido a lo largo de varios siglos un mismo combate.

Esta secuencia empieza con los autores de los siglos XVI y XVII que constatan el "aborrecimiento" del resto de países europeos contra España: "En lo antiguo, los españoles han sido bienquistos de todas las naciones y ahora somos aborrecidos y odiados de ver éstos esta autoridad y grandeza", escribe Marcos de Isaba en 1594; y Quevedo, en 1609, en un opúsculo inacabado, *España defendida*, se subleva al "ver maltratar con insolencia mi Patria de los estranjeros", por "ser tan aborrecidos en todas las naciones". Gracián escribe en *El Criticón* que España "absolutamente es la primera nación de Europa: odiada, porque envidiada". Saavedra Fajardo, en fin, se duele de la propaganda desencadenada contra España: "¡Qué libelos infamatorios, qué manifiestos falsos, qué fingidos Parnasos, qué pasquines maliciosos no se han esparcido contra la monarquía de España!". Son, no obstante, testimonios relativamente aislados en unas décadas en que la monarquía española, en su apogeo político (o creyéndose aún en él), se permite practicar un silencio desdeñoso respecto a estos enemigos y no cree necesario replicar abiertamente.

Cuando entramos en siglo XVIII, encontramos quejas semejantes a las mencionadas: Feijoo protesta en contra del "injurioso concepto de la Nación Española" que tie-

nen los extranjeros; Cadalso se indigna ante las "calumnias indecorosas" que deslucen "el esplendor de una nación gloriosa", Cerdá y Rico rechaza la "envidia o ignorancia" que manifiestan respecto a España los escritores foráneos. En 1784 estalla una gran polémica, cuando en una enciclopedia francesa que es continuación de la de Diderot y D'Alembert aparece un artículo sobre España, a cargo de un plumífero de la época, Masson de Morvilliers, cuyos errores y frases atolondradas se interpretan como una insoportable muestra de desprecio hacia España. Se suscita así una reacción en tromba de diversos autores españoles (aunque no únicamente), entre ellos Juan Pablo Forner o Juan Francisco Masdeu. Todos ellos denuncian "las calumnias" contra España (Forner), el "deseo de apocar la España y desacreditar nuestra nación", la "prevención universal", la disposición de "los Escritores extranjeros a conjurarse contra los Españoles", su "espíritu de venganza y mala fe" (Masdeu). Una conspiración antiespañola, pues, que suscitaría una reacción defensiva y apologética impulsada por el sentimiento patriótico, prolongación directa de lo sucedido en el siglo XVII. Uno de estos apologistas, Forner, establece incluso esa conexión: "El letargo de nuestras plumas da ánimo a las extranjeras para que aumenten cada vez más las patrañas que se inventaron en los dos siglos pasados para hacer abominable nuestro imperio [...] Cesó la rivalidad, pero quedaron estampadas las sátiras y las calumnias que, creídas y renovadas con aumento en las generaciones siguientes, hacen inmortal la infamia y el oprobio".

Sin embargo, los "ataques" contra España en el siglo XVIII son distintos a los de la época anterior; no tienen que ver con las acusaciones de tiranía y ansia de poder de la propaganda de los siglos XVI y XVII, sino más bien

con una actitud de menosprecio (o percibida como tal) hacia un país relativamente marginal y que es visto como arquetipo de decadencia. Este es el tema de fondo del artículo de Masson de Morvilliers y de su célebre y escandalosa pregunta: "¿Qué debemos a España? Desde hace dos, cuatro, diez siglos, ¿qué ha hecho España por Europa?". La enemiga de antaño ha dado paso a un ejercicio de doctrinarismo ideológico, como señala Forner: "Los antiguos [nos atacan] por rivalidad u odio, los modernos por la rabia de la filosofía". Se tiene incluso conciencia de que este tipo de descalificación de España es reciente, "de veinte años a esta parte", afirma Antonio Ponz en 1785.

Por otro lado, la protesta contra la visión del extranjero no deja de ser contradictoria. A la vez que se muestra indignación por las "calumnias", se reconoce la realidad del proceso de decadencia desde el siglo XVII. Esta disociación entre la actitud de orgullo herido y el reconocimiento autocrítico del declive del país se da en cada uno de los autores (en Cadalso es muy claro) y también en la pugna que se establece entre los apologistas y los que rechazan la actitud de indignación patriótica por complaciente y engañosa: "El que blasona de lo que la nación nunca ha tenido, ni en el día puede decir que tiene, es el mal patriota, el que engaña a sus conciudadanos y nos hace a todos ridículos en el concepto de los extranjeros", escribe Tomás de Iriarte. Veremos que esta doble actitud animará también la polémica en el siglo XX.

En el siglo XIX se sigue manifestando la postura de indignación patriótica ante supuestos ataques o menosprecios del extranjero. En algún caso se trata de una protesta espontánea ante la forma en que se proyectan sobre España tópicos incontrastados. El novelista Juan Valera

escribía en 1868: “El concepto que en el día forman de España los extranjeros es casi siempre pésimo. Es más: en el afán, en el calor con que se complacen en denigrarnos, se advierte odio a veces. Todos hablan mal de nuestro presente; muchos desdoran, empequeñecen o afean nuestro pasado”, y lamentaba las “abominaciones [...] horribles calumnias [...] manchas de infamia” con que cierto escritor francés “quiso sellar el rostro de nuestra nación y exponerla a la vergüenza ante Europa entera”. Valera se refiere también al efecto que ello tiene en la mentalidad de los españoles y la doble actitud que produce: el complejo de inferioridad y la pose de indignación. “En el concepto que los españoles formamos hoy de nosotros mismos, influye el concepto en que los extranjeros nos tienen, a veces porque nos abate y nos inclina a creer en nuestra enorme inferioridad; a veces porque nos rebela contra tan duro fallo, mas no siempre, a mi ver, atinadamente”.

La posición de Valera es la de un equilibrio entre sensibilidad nacionalista y espíritu autocrítico. Pero lo cierto es que la actitud de rechazo de las críticas exteriores va a quedar asociada, en el siglo XIX, a posiciones ideológicas determinadas. En las décadas centrales del siglo está plenamente conformada una corriente contrarrevolucionaria, identificable *grosso modo* con el carlismo, que, dentro de su rechazo a la introducción del liberalismo en España, rebusca en el pasado español un modelo. Por ello, rechaza el paradigma liberal de la decadencia y reafirma, o reinventa, una tradición histórica que tiene como elementos integrantes a Felipe II, la Inquisición, el catolicismo o la conquista de América, defendidos ahora abiertamente, sin los titubeos de Forner y compañía. Todo ello en un marco de referencia que, conviene señalar-

lo, desborda el de la nación estricta: la tradición española cobra sentido dentro de una apología de la cristiandad, la civilización católica, frente al mundo nacido de la Revolución francesa o de la Reforma protestante.

Buen ejemplo de ello se encuentra en la obra de Jaime Balmes, *El protestantismo comparado con el catolicismo* (1842), defensa global de la civilización católica frente a la tesis "progresista" del historiador protestante francés Guizot. Es en esa apología general en la que se incluye una defensa de la tradición española, encarnada en la Inquisición y la política de Felipe II. Para Balmes, despreciar a Felipe II es despreciar la historia de España: "Vosotros arrojáis sobre la frente de Felipe II la mancha de odioso tirano sin reparar que, disputándole su gloria o trocándola en ignominia, destruís de una plumada toda la nuestra". En 1882 el sacerdote e historiador José Fernández Montaña marcaba bien el entronque contrarrevolucionario de su apología españolista: "La pravedad herética, la independencia del pensamiento, la ignorancia y la envidia de naciones, política y gobiernos extranjeros son y fueron en las tres últimas centurias los enemigos capitales y permanentes de don Felipe el Prudente".

En esa línea se publican visiones apologéticas de Felipe II, de la Inquisición, de la expulsión de judíos y moriscos y, la que más eco despertó, de la "ciencia española". Aparece aquí la figura de Menéndez Pelayo, que se embarca, siguiendo a Balmes, pero en tono más declamatorio, en una defensa integral de la tradición histórica española, entendida como expresión (la más alta y rica, a sus ojos) de la civilización católica europea. Tal es el sentido de su empeño en destacar la tradición científica hispana (en *La ciencia española*, 1876) y en postular para España una identidad católica inconmovible (pese a

aislados brotes de herejía) en la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882). Es significativo que Menéndez Pelayo dirija su combate contra un rival ideológico interno, el liberalismo nacional, "esa leyenda progresista, brutalmente iniciada por los legisladores de Cádiz, que nos pintan como un pueblo de bárbaros, en que ni ciencia ni arte pudo surgir, porque todo lo ahogaba el humo de las hogueras inquisitoriales". Apenas dos décadas después en vez de "leyenda progresista" se hablará de "leyenda negra" para referirse prácticamente a lo mismo.

En este rápido repaso hemos visto cómo a partir del siglo XVIII surge una problemática en torno a la imagen exterior de España: por un lado se desarrolla el arquetipo de un país en decadencia, derivado de una concepción general de la historia de Europa elaborada por los autores de la Ilustración y del liberalismo del siglo XIX, y que se declina en una serie de tópicos, algunos de los cuales alcanzan vida propia y alimentan la creación literaria o la propaganda política. Visión exterior, pero que es asumida y adaptada por autores españoles en la medida en que se suman a la dinámica intelectual del continente. Por el otro lado, tenemos las reacciones de protesta e indignación ante lo que se percibe como una desconsideración o una ofensa hacia España, algunas en un plano de sensibilidad patriótica espontánea, otras como parte de una movilización ideológica contrarrevolucionaria o conservadora. No nos parece que todos estos procesos puedan interpretarse adecuadamente mediante el concepto de leyenda negra; por ejemplo, toda la problemática de la "interiorización" de la leyenda negra resulta muy desorientadora y reduccionista. En todo caso, lo que se constata es que los autores españoles de los si-

glos XVIII y XIX no tienen conciencia de la existencia de una leyenda negra, en el sentido de una campaña sistemática de denigración contra España a lo largo de varios siglos; los equivalentes que pueden registrarse son aproximaciones parciales. Por ejemplo, en la apología contrarrevolucionaria del siglo XIX, como acabamos de señalar, lo que destaca es que el marco de referencia es el de la "cristiandad" o la "civilización católica", lejos del nacionalismo estricto que veremos formularse a partir de 1898. Es entonces cuando surge realmente la idea, y el nombre, de la leyenda negra, como mostramos en el siguiente capítulo.

Capítulo 2. De la crisis de 1898 a la de 1909

1898: nación moribunda

La visión de España como país en decadencia llega a su máxima expresión al final del siglo XIX. "Tal vez el ejemplo más lamentable de declive étnico que se conoce entre los pueblos modernos es el de los españoles", afirmaba en 1895 un divulgador estadounidense, John Clark Ridpath. Una socióloga de la misma nacionalidad, Sarah Simmons, escribía en 1901 un artículo para una revista universitaria sobre el fenómeno histórico de la "decadencia social", basado en dos ejemplos: España y China. Un político y periodista francés, Yves Guyot, en *L'évolution politique et sociale de l'Espagne* (1899), presentaba también un panorama de decadencia absoluta y de desfase histórico de España respecto al resto del mundo. Las causas son las que había señalado la historiografía progresista del siglo XIX: el "despotismo político y religioso", el gobierno por clérigos y militares, pero el balance final es si acaso más rotundo: la Inquisición implantó un reino del terror ("con los más formidables poderes para escrutar los pliegues más secretos de la conciencia humana, estableció el terror del silencio sobre cada español") que marcó para siempre la mentalidad de los españoles, haciéndolos sumisos al poder, presa de un "fatalismo musulmán", supersticiosos y tradicionalistas. De nuevo el caso español sirve para deducir una lección general: "El estado miserable de España [desde los siglos

xvi-xvii] muestra en qué se convierten los pueblos que quieren confinarse en las tradiciones seculares".

No es casualidad que estos pronunciamientos coincidan con la derrota de España en la guerra contra EE. UU. Lord Salisbury, el primer ministro británico, aprovechó también la ocasión para lanzar su augurio de que las "naciones moribundas" estaban destinadas a batirse en retirada, cuando no a ser engullidas por las "naciones vitales", y todos interpretaban que se refería a España. La propaganda estadounidense durante la guerra hace uso de este planteamiento en términos contundentes, planteando la contraposición entre los dos países en conflicto como una diferencia de nivel histórico: EE. UU. representaría el espíritu moderno, el futuro, la libertad y la democracia, el éxito económico, mientras que España quedaba asociada al pasado, al despotismo, la intolerancia religiosa y la Edad Media. El senador Henry Cabot Lodge declaraba: "Representamos el espíritu de la libertad y el espíritu de los nuevos tiempos, y España está contra nosotros porque es medieval, cruel y moribunda". John Barrows, un popular clérigo presbiteriano, celebraba el resultado de la "gran lucha entre la Edad Media y nuestra Declaración de Independencia". Robert Green Ingersoll, un librepensador un poco iluminado, llegaba a afirmar: "España es una herencia de la Edad Oscura. Pertenece a la era de las cavernas. [...] Quiero a España fuera del mundo occidental".

A partir de este esquema básico la propaganda estadounidense podía elaborar una caracterización histórica de España según los tópicos que hemos visto en el capítulo anterior. Por ejemplo, el de un carácter nacional marcado por el fanatismo, la pereza y la crueldad, como hacía Henry Charles Lea, futuro historiador de la Inqui-

sición española, en un artículo de julio de 1898 en el que enumeraba como rasgos de los españoles su "feroz espíritu de intolerancia", su "aversión nacional al trabajo", su "clericalismo", el cierre a las ideas modernas, el "absolutismo autocrático", la incapacidad para el liberalismo, la "corrupción"... Todo ello partiendo del supuesto de que ese carácter nacional era inmutable y no había variado desde tiempos de Felipe II. "En muchos aspectos el español sigue viviendo en el siglo XVI", escribe Lea, mientras que Ingersoll afirma: "No ha habido ninguna ruptura entre Torquemada y Weyler, entre la Inquisición y las infamias cometidas en Cuba". De ahí que se recuperen los temas de la propaganda del siglo XVI, en especial el de las crueldades de los españoles en la conquista de América, que permitía oportunos paralelos a los propagandistas con la actuación de las autoridades españolas en Cuba, en particular del general Weyler, acusado de toda clase de desmanes contra la población civil, entre ellos la creación de "campos de concentración" (desplazamientos forzosos de población que provocaron gran número de víctimas y que quedaron reflejados en fotografías impactantes). En 1898 se publicó incluso una traducción inglesa de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas, manteniendo el título que se le dio en el siglo XVII: *Histórica y verdadera narración de la cruel masacre y matanza de veinte millones de personas en las Indias Occidentales por los españoles*.

Pero la cuestión cubana no fue la única que marcó la imagen internacional de España en los años del cambio de siglo. Un segundo asunto tuvo también gran repercusión: la represión del anarquismo, los casos de detenciones masivas y procesos de anarquistas, salpicados de de-

nuncias de torturas y sentencias arbitrarias, incluidas penas de muerte, que se suceden en los últimos años del siglo XIX y principios del XX y que provocan también fuertes reacciones de protesta en la prensa extranjera. Así ocurrió con el primer gran episodio de esta cadena de escándalos, el proceso de Montjuïc de 1896, a raíz del atentado de la calle de Canvis Nous en Barcelona en el que murieron 12 personas. La policía detuvo nada menos que a 400 "sospechosos", y el tribunal dictó 8 condenas de muerte (luego se reducirían a 5) y 70 penas de cárcel, todo ello sin pruebas creíbles y después de que muchos de los procesados hubiesen sido sometidos a terribles torturas en las prisiones de Montjuïc. La prensa anarquista de Francia, Italia, Alemania o Gran Bretaña se hizo eco del asunto y desarrolló una crítica implacable contra el gobierno español de Cánovas del Castillo y las instituciones del régimen: el ejército, la judicatura y la Iglesia.

En estas denuncias hay un *leitmotiv* insistente: la comparación del régimen español con la antigua Inquisición. Era este un tópico muy arraigado en la propaganda anarquista de finales del siglo XIX, y por ello no es extraño que los propios condenados, en el momento de la ejecución, gritaran: "¡Somos inocentes! ¡Abajo la Inquisición!"[2]. Uno de los procesados de Montjuïc, Fernando Tarrida del Mármol, logró ser liberado y marchó a París, donde publicó nada más llegar un artículo dirigido "A los inquisidores de España", en el que decía: "Habéis resucitado el reino de la Inquisición". En 1897 Tarrida reunió este y otros artículos en un libro titulado *Los nuevos inquisidores*. Los publicistas extranjeros se apresuraron a pulsar la misma cuerda. El anarquista Charles Malato, en el prólogo que escribió para el libro de Tarri-

da, decía: “Hay que rendirse a la evidencia: la tortura nominalmente abolida existe en España como en el tiempo en que Torquemada y sus discípulos asaban los cuerpos a fuego lento para el mayor bien de las almas”. Voltairine de Cleyre, feminista y anarquista norteamericana, publicaba en 1897 *The modern Inquisition in Spain*. Hasta en Buenos Aires aparecía un folleto titulado: *La inquisición fin de siglo: los verdugos de Montjuich ante la justicia popular* (1897).

De esta forma, España aparecía en las postrimerías del siglo XIX como un país en el que se condenaba sin pruebas, se torturaba en los calabozos, se ordenaban “campos de concentración” en las colonias… El rechazo internacional —de una cierta opinión internacional— se expresaba mediante algunas imágenes históricas poderosas: la de las crueldades de la conquista de América y, sobre todo, la de la Inquisición, que conectaban con la visión tradicional de España como un país al margen de la civilización, hundido en la decadencia y presa de atavismos de crueldad y de fanatismo.

La crítica interna al falso patriotismo

Si pasamos a considerar la reacción que se produjo en España a este tipo de propaganda, lo primero que hay que observar es que a la altura de 1898, en cierto modo, esa visión negativa de España y de su historia no resultaba en sí misma chocante para buena parte de los intelectuales españoles. De hecho, la mayoría la compartían. También ellos estaban convencidos de la decadencia de España, evidente incluso en su paisaje, en sus “ciudades muertas”, en el clima de abulia colectiva que los literatos del momento escenifican en relatos y novelas. Los histo-

riadores hacen el mismo diagnóstico sobre una decadencia que la mayoría remonta, siguiendo el esquema tradicional, al periodo de los Austrias. Así lo habían hecho Lucas Mallada en *Los males de la patria* (1890) o Santiago Ramón y Cajal en su discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias, en 1897, en el que atribuía a la política de aislamiento de Felipe II el secular atraso científico español. El desastre de 1898 no es para ellos una sorpresa; es más bien una confirmación de las críticas que habían formulado. Del mismo modo, la propaganda anarquista o filoanarquista de finales del XIX es vista con interés y simpatía por muchos de los autores jóvenes del 98, próximos personalmente al anarquismo o al socialismo.

Muchos de estos autores se distinguen también por la repugnancia que sienten hacia el patriotismo estentóreo y vulgar que se ha desplegado durante la guerra. En esos meses la propaganda de guerra española, azuzada desde las tribunas parlamentarias y la prensa patriotera, lleva a cabo un proceso inverso al de la propaganda norteamericana: se repudia a EE.UU. como república advenediza, sin tradición, sin los valores que van asociados a una historia plurisecular, entre ellos, el del coraje en el campo de batalla. De todo ello España andaba sobrada: la reconquista, la conquista de América, la gesta de los tercios y las guerrillas antinapoleónicas garantizaban que el ejército español volvería a salir victorioso, pese a la superioridad material de los "yanquis". Las batallas de Cavite y Santiago pusieron brusco fin a esta fantasía, a lo que siguió un reflujo de críticas contra la clase política y la prensa. Para muchos de los intelectuales del 98, era también algo previsible, la confirmación final de la crítica que habían desarrollado en los años anteriores contra

el patriotismo oficialista del siglo XIX, la retórica historicista hecha de gestas y héroes legendarios en que se había instalado el mundo oficial. Son los años en que se lanzan consignas escandalosas contra la tradición histórica española: el "cerrar con doble llave el sepulcro del Cid", de Joaquín Costa; el "Muera don Quijote", de Unamuno; "el funesto y abominable Dos de Mayo", de Maeztu. O la *Oda a Espanya* de Maragall, eco directo de la derrota de 1898: "T'han parlat massa dels saguntins/i dels que per la pàtria moren:/les teves glòries i els teus records,/records i glòries només de morts:/has viscut trista".

Otra autora que desarrolló este tipo de crítica fue la novelista Emilia Pardo Bazán. Así lo vemos en la conferencia que pronunció en París el 18 de abril de 1899, publicada enseguida bajo el título *La España de ayer y la de hoy (La muerte de una leyenda)*.

Como otros autores que hacen crítica, o autocrítica, de la situación española en esos años, también Pardo Bazán se remonta al pasado, a las causas lejanas que explicarían la catástrofe que el país acababa de sufrir. En su conferencia evoca, por ello, la decadencia como "un hecho innegable", la herencia de estancamiento social, económico e intelectual que habría apartado a España de la modernidad que triunfaba en otros países europeos y la habría dejado desguarnecida ante la aplastante superioridad militar y tecnológica de EE. UU. Pero Pardo Bazán no se decide a señalar una causa específica de esa decadencia, al modo de los historiadores liberales del XIX, ya fuese la Inquisición, el despotismo de los Habsburgo o el aislamiento intelectual. Más que una causa histórica lejana, lo que le parece decisivo en el desastre de 1898 es una actitud mental específica de los españoles: la de ado-

rar el pasado en vez de abrirse al presente y el futuro, la vanidad por supuestas glorias históricas que les da pretexto para desentenderse de los desafíos de modernidad. Pardo Bazán lo expresa en lenguaje intenso. El mal de España es "la apoteosis del pasado. El ayer se nos ha subido a la cabeza, ha desorganizado nuestro cerebro, ha preparado nuestros desastres y nuestras humillaciones". El culto a la historia ha logrado "amarrar [a España] a su pasado, cuerpo vivo atado a un cadáver", "ha cegado e hipnotizado a España", y sigue hablando del "monstruoso fenómeno de una nación convertida en estatua", una nación "anestesiada y atónita".

Como otros autores del 98, Pardo Bazán denuncia, pues, el tradicionalismo español, el culto esterilizante a una supuesta grandeza pasada que bloquea el país ante los retos más inmediatos. A esa actitud, la novelista gallega le daba un nombre: "leyenda áurea" o "leyenda", sin más. La historia de España, dice, desde hacía al menos cuatro siglos, había sido una lucha entre el tradicionalismo, la ciega adhesión al pasado, el "espíritu legendista" o "romanticismo legendista", como también lo llama, y el deseo de abrirse a Europa y al futuro. En esa pugna había habido momentos en que pareció que la segunda tendencia iba a imponerse; pero siempre "la leyenda pudo más". Hasta la derrota de 1898, que disipa todas las ilusiones, y que representa, como reza el subtítulo de la conferencia, "la muerte de una leyenda".

Es sabido que el término "leyenda dorada" procede del título de una recopilación de vidas de santos escrita por Jacobo de Vorágine en el siglo XIII; por extensión, se aplica a todo tipo de relato fantasioso o maravilloso con una finalidad edificante. En realidad, Pardo Bazán debió tomarlo de la prensa de su época, en la que encontramos

alusiones parecidas a la "leyenda" dentro de la reacción crítica contra el patrioterismo de políticos y periodistas durante la guerra de Cuba. Por ejemplo, *El Imparcial*, en agosto de 1898, justo después de la derrota, publicaba un artículo titulado "La leyenda acabada", que desarrolla la misma idea que Pardo Bazán. Ramiro de Maeztu insiste mucho en lo mismo en sus artículos de 1898-1899, recogidos en *Hacia otra España* (1899). Allí plantea también "las dos tendencias" que pugnan por dominar "el alma nacional" española: "La tendencia histórica, guerrera y heroica, y la tendencia contemporánea, conservadora y positivista…". La primera está presa en la contemplación del pasado, el culto a "la leyenda": "[España] mírase siempre en la leyenda, donde se encuentra grande y aprieta los párpados para no verse tan pequeña". Maeztu habla también de un "modo de ser legendario", del "espectro colorado y fascinador de pasadas leyendas", e incluso se burla de un militar lenguaraz durante la guerra llamándolo "el general Leyenda".

La conferencia de Pardo Bazán dio alas a un debate en el que se ventilaba el valor que tenía la tradición histórica como inspiración de la identidad colectiva española, del patriotismo, o el nacionalismo, de los ciudadanos. Así, frente a algunas adhesiones entusiastas a la crítica de Pardo Bazán (como el fuerista navarro Arturo Campión), no deja de apuntarse una reacción contra este intento de liquidar sin más la "leyenda áurea". Rubén Darío, por ejemplo, en un artículo ("La Pardo Bazán en París") llamaba a preservar el genuino idealismo de la tradición española, pese a que los políticos lo hayan podido adulterar. Puede verse un eco de esa polémica en una interesante conferencia de un militar, Juan de Castro, titu-

lada *La leyenda patria* (1904)[3]. Castro buscaba un punto medio entre el tradicionalismo inmovilista y la actitud de desprecio hacia la historia propia, de aquellos que "han declarado [...] guerra a muerte a la leyenda y, por carambola, a la historia de España". En realidad, insiste más en la crítica a lo segundo y reivindica una "buena leyenda", una sana valoración de la historia propia que debería constituir la base de un patriotismo imprescindible para toda nación. La cuestión que se plantea es: "La sociedad naciente, ¿ha de recoger las enseñanzas y advertimientos del pasado o ha de romper con él en absoluto?". Es esta una "indecisión angustiosa", comenta. Veremos que esta cuestión de la actitud ante la historia nacional acompañará todo el debate que constituye el tema de este estudio hasta los años más recientes.

Nace la 'leyenda negra'

Ahora bien, en la misma conferencia de abril de 1899, Emilia Pardo Bazán utilizó el término "leyenda" en una variante distinta. Frente a la "leyenda áurea" como glorificación de pasado español, existía otra leyenda, de denigración y desprecio, desarrollada por los enemigos de España: la "leyenda negra". La autora hacía alusión a ella en tres ocasiones, pero sin explayarse, por no ser ese el asunto de su intervención. Aun así, al final de la conferencia no puede evitar desahogarse:

La contraleyenda española, la leyenda negra, divulgada por esa asquerosa prensa amarilla, mancha e ignominia de la civilización en los Estados Unidos, es mil veces más embustera que la leyenda dorada. Esta, cuando menos, arraiga en la tradición y en la historia; la disculpan y fundamentan nuestras increíbles hazañas de otros

tiempos; por el contrario, la leyenda negra falsea nuestro carácter, ignora nuestra psicología y reemplaza nuestra historia contemporánea con una novela, género Ponson du Terrail, con minas y contraminas [referencia al hundimiento del Maine], *que no merece ni los honores del análisis. El tal novelón nos ha perjudicado, pues, por absurda que sea la calumnia, siempre habrá quien la crea y propale.*

Pardo Bazán alude evidentemente a la propaganda antiespañola desplegada desde EE. UU. En los artículos que publicó durante los meses de la guerra ya se había referido a "cierta prensa energúmena" de EE. UU., que con sus falsedades y su sensacionalismo "sublevó contra nuestra causa la imaginación y la sensibilidad de Europa". Sin embargo, Pardo Bazán se refiere también a la cuestión anarquista, pues en esos otros artículos había citado explícitamente a Tarrida del Mármol y Rochefort (otro intelectual francés que escribió artículos de denuncia por la cuestión de Montjuïc) y se quejaba de que España quedara identificada de nuevo con "el tétrico inquisidor que lleva la carga de leña al quemadero de Fuencarral o destila la gota de agua sobre la cabeza de sus víctimas". En esos textos anteriores, a la propaganda antiespañola la había denominado "novela amarilla"; en la conferencia de abril de 1899, en cambio, utiliza un nuevo término: "leyenda negra".

Seguramente la expresión no fue ocurrencia de doña Emilia. Hay testimonios de que ya se usaba en francés en el siglo XIX, aunque no parece que llegara a convertirse en una expresión distintiva. En particular, en un libro sobre Napoleón publicado en 1893, obra de Arthur Lévy, se plantea una contraposición entre leyenda dorada y le-

yenda negra idéntica a la planteada por Pardo Bazán; no sería extraño que la escritora gallega, buena conocedora de la literatura francesa, la hubiera tomado de esa obra para su conferencia en francés. En todo caso, lo que es seguro es que ella fue la primera en emplear el término "leyenda negra" en castellano y que sería esta adaptación al español la que haría la fortuna de la expresión.

Este éxito se debió inicialmente al impacto mismo de la conferencia de Pardo Bazán, que tuvo importante repercusión en la prensa, en forma de resúmenes y hasta entrevistas a la autora. La pareja conceptual introducida por la autora, leyenda dorada/leyenda negra, se divulgó enseguida. Ya en 1899 un historiador catalán, Cayetano Soler, escribía: "Tan falsa es la leyenda de oro de nuestros Reyes catalanes como la negra leyenda de los Reyes de castellana alcurnia". En 1901 se decía también en un artículo: "Por la ley de los extremos, tan peculiar a las razas meridionales y latinas, a la leyenda de oro del invencible heroísmo castellano ha sucedido la leyenda negra del abatimiento de la raza". La propia Bardo Bazán recordaba su conferencia unos años después (1908), lamentando la incomprensión que había encontrado, pero consolándose con que "quedaban en nuestra lengua dos expresiones nuevas, de las cuales se servían los escritores frecuentemente: 'leyenda dorada' y 'leyenda negra'. No se me reconocía siquiera que las había creado, y nadie quiso apelar al original".

Aun así, lo normal habría sido que esa expresión ingeniosa, tras captar durante unos meses la atención de periodistas y escritores, se hubiera desvanecido conforme se olvidaba también el debate de fondo suscitado por la escritora gallega. Sucedió así, en cierto modo, con el término "leyenda áurea". En cambio, la expresión "leyen-

da negra” no desapareció. Siguió usándose con cierta frecuencia en la prensa, aplicada a objetos en apariencia muy diversos, en un sentido general de “mala reputación”: leyenda negra de los maestros, leyenda negra de Cataluña (en un artículo de 1901 se dice que el nuevo proyecto de descentralización administrativa “terminará la leyenda negra con que se pretende rodear a Cataluña”), leyenda negra de las cárceles, leyenda negra de la Edad Media…

La expresión también se utiliza en una acepción ligeramente distinta, como sinónimo de historia trágica o escandalosa. Un ejemplo es la “leyenda negra” de los toros, o más bien de ciertas ganaderías, en concreto de los Miura. En 1899 se escribía: “En torno de esta ganadería se ha fabricado una leyenda negra, atribuyendo a sus toros una maldad de intenciones que no tienen, y una falta de nobleza que resulta pura fábula”. La expresión se ha mantenido en el lenguaje taurino: en 1920 se evoca “una vieja leyenda negra, un trágico prestigio” de los Miura; en 1978 se habla de “ganadería de leyenda negra”; en 2010 (ahora a propósito de otra ganadería): “Los ‘jandillas’ tienen una leyenda negra en Pamplona forjada a base de cornadas y sangre”. La “leyenda negra” se refiere aquí a episodios trágicos, la muerte de toreros en la plaza (o de corredores en los encierros de San Fermín), no a una reputación injusta que se calificaría propiamente de mito y leyenda.

En esa misma línea se sitúan las referencias, en los primeros años del siglo XX, a la leyenda negra de criminales o terroristas. En 1908 un periódico gallego se quejaba por la noticia de la colocación de una bomba en una iglesia de la región, noticia que había sido inflada por la prensa madrileña de modo que el pueblo se había con-

vertido ante todo el país "en lugar siniestro de leyenda negra". Es un significado muy próximo a lo que conocemos como "crónica negra", y de hecho en algún periódico de los años posteriores, esa sección dedicada a crímenes impactantes llevó el título de "Leyenda negra"; se hablaba de "la leyenda negra, de esa crónica diaria de crimen…" (*La Libertad*, 19/8/1921). También se utilizó el término "historia negra", derivado quizá del inglés *black story* o *black history*, como se presentaba a menudo en la prensa británica de la segunda mitad del siglo XIX las historias de crímenes ("a black story of sin and crime", se escribía en 1872), de corrupción política o de persecuciones contra determinados grupos. De ahí el título de un libro de Juan de Urquía sobre la guerra de Cuba: *Historia negra: relato de los escándalos ocurridos en nuestras ex-colonias durante las últimas guerras* (1899). La asociación entre "historia negra" y "escándalos" es reveladora y se da también en el caso de la "leyenda negra", que surge ante dos grandes "escándalos" en los que España es protagonista: Cuba y Montjuïc.

Respuesta de la opinión conservadora

En efecto, en los primeros años del siglo XX, la propaganda antiespañola por esas dos cuestiones empieza a definirse como leyenda negra, como la leyenda negra por antonomasia, en la que se mezclan todos los aspectos: lo trágico y sangriento, el escándalo, la mala reputación… Solo que no es una definición neutral. Entramos aquí en el desdoblamiento del fenómeno de la leyenda negra que evocábamos en la introducción, la "recepción" de un discurso exterior en función de determinadas posiciones ideológicas. Por un lado, está quien asume la justicia de

la crítica y hace suya la caracterización negativa de los propagandistas extranjeros. Por ejemplo, el líder liberal Canalejas declaraba en 1906: "España es, para toda la escuela radical europea, y aun para los más de los liberales en el mundo, la *España negra*: el recuerdo de Montjuich, teatro de iniquidades, en que yo creo convencido; la famosa ley de Jurisdicciones y la absorción de frailes y monjas nos dan un tinte odioso…". El tópico de la España negra servía, pues, de munición dialéctica en un debate interno, como los de 1854 o 1868. En el otro bando están aquellos que endosan a ese discurso exterior la etiqueta "leyenda negra" a fin de descalificarlo, de reducirlo a mera operación de propaganda prescindiendo de toda discusión de fondo. Huelga decir que esta actitud se da principalmente en la opinión conservadora, interesada en negar todo cuestionamiento del régimen fundado por Cánovas del Castillo y que además, en los primeros años del siglo XX, va a encarnar una cierta reacción españolista tras el desastre, un intento de construir un nacionalismo cívico según las directrices marcadas sobre todo por el gran líder conservador Antonio Maura.

Se inicia de este modo un género particular en la prensa conservadora española: el de la denuncia e impugnación de la leyenda negra antiespañola. Mientras duran los ecos de la guerra de Cuba se repudian los excesos de la propaganda estadounidense. Por ejemplo, en 1902, el diario conservador *La España Moderna* recordaba "la leyenda negra […] en torno a la política militar del general Weyler en Cuba", "formada por la pasión de unos y por la codicia oculta del coloso norteamericano", y citaba informes exculpatorios. Sin embargo, la cuestión cubana perdió pronto actualidad, y enseguida la leyenda

negra por antonomasia va a ser la relativa a los escándalos por represión del anarquismo: el de Montjuïc, que no se olvida, y los que le seguirán.

Así, con motivo de revisión de la condena de los presos de la Mano Negra (algunos pasaron casi 30 años en la cárcel), un artículo de enero de 1903 en el diario *El Imparcial*, titulado "La leyenda negra", recapitulaba el origen del tema en la campaña por el proceso de Montjuïc: "La leyenda surgió con aire siniestro. Éramos el pueblo irredimible: teníamos en la sangre y en la médula el virus inquisitorial; y en medio de los esplendores de la moderna civilización y de la democracia, señora del mundo, el esqueleto de Torquemada aparecía reclamando su derecho a la vida. Sobre este negro cañamazo bordaron grandes plumas europeas una figura de España, chorreando sangre y llena de ignominia".

En el mismo año 1903, una huelga de jornaleros en Alcalá del Valle (Cádiz) derivó en un enfrentamiento con la Guardia Civil y en más de un centenar de detenidos. Iniciado el proceso, *El Globo*, en agosto de 1904, se quejaba de las acusaciones contra España que difundía la prensa del exterior: "Perdida la *leyenda dorada*, ha surgido la *leyenda negra*. Corre por el mundo ahora, junto al nombre de España, una ejecutoria infamante. Tras las fronteras, al lado allá de los mares, circula a cada instante el relato macabro de tormentos inhumanos, que acusan en nuestras costumbres públicas una barbarie medioeval". La propuesta del autor del artículo era hacer la luz: "Ya es hora de acabar con ese estado de opinión [...] Castíguese a los culpables o a los calumniadores, pero matemos, en su raíz, la *leyenda negra*". Se observa que en estos primeros años, al llamar la atención sobre la leyenda negra, los periodistas parecen

preocupados por recomendar prudencia a los gobernantes, que no "se les vaya la mano" como en el caso de Montjuïc y así no contribuyan a la mala imagen del país. El ministro de Estado (Asuntos Exteriores) del gobierno Maura, en agosto de 1904, les daba la razón, y tras decretar la libertad de algunos encausados afirmaba: "Si antes se hubiese procedido de esta suerte no se hubiera creado esa atmósfera contraria a España que existe en el extranjero, donde se sigue creyendo que los españoles somos unos bárbaros y generalizan a todos la desalmada conducta de algunos dependientes de la autoridad. Esta leyenda negra ha sido la causa principal de la pérdida de Cuba y Puerto Rico". En 1905 el *Diario de Córdoba* ("diario católico") decía: "Hace falta que vayamos recobrando la serenidad y no contribuyamos a mantener ni menos a aumentar la leyenda negra que a veces nos lanza al rostro alguna publicación extranjera, y que nuestra ligereza ha propalado aún más que la injusticia ajena". La misma consigna de prudencia lanzaba en 1906 el diario *ABC* en el debate sobre la ampliación de la libertad de cultos (la constitución de 1876 la limitaba a los domésticos), defendiendo la medida por el beneficio que tendrá en la imagen de España en el exterior: el decreto, decía, "esfumará las sombras de intransigencia, de intolerancia, de fanatismo, con que la leyenda negra hace aparecer la figura de España a los ojos de los pueblos cultos".

Sin embargo, las protestas contra la leyenda negra por parte de la opinión conservadora van ganando en agresividad. De forma cada vez más abierta se plantea la idea de que las críticas del exterior son pura invención, una campaña desestabilizadora en conexión con fuerzas subversivas internas que carece, fuera de eso, de toda razón

de ser. En 1908, ante la persistencia del fenómeno terrorista anarquista, *El Heraldo de Madrid* instaba a perseguir a "los malhechores que nos están descoyuntando del continente europeo [...] los criminales quieren hacer otra leyenda negra en esta España para que las plumas extranjeras escarnezcan el nombre español y los dementes de la anarquía sueñen en abandonar sus asilos para venir aquí en pos del rescate de una libertad que nos sobra". Los medios castrenses también se suman a la campaña, animados por cierto espíritu de revancha tras el 98, que hace que *La Correspondencia Militar* celebre en 1909 la campaña de Marruecos como una forma de desmentir "la leyenda negra y vergonzosa que el desastre de 1898 esparció por el orbe destrozando nuestras tradiciones".

Es justamente en 1909 cuando culmina la escalada de tensión. El desencadenante es el procesamiento y ejecución de Francisco Ferrer y Guardia, el maestro anarquista al que la policía acusó, sin pruebas, de instigar la Semana Trágica, la gran revuelta popular contra el envío de tropas a la guerra de Marruecos. Contra la táctica de prudencia anterior, esta vez Maura no quiso mostrarse débil y decidió no impedir la ejecución de Ferrer y Guardia. La reacción internacional fue mayor aún que la de los procesos de Montjuïc. Grupos anarquistas, socialistas, masones o de la izquierda humanitaria organizaron manifestaciones, comités de solidaridad, intentos de boicot, publicaron manifiestos... De nuevo se extendió por toda Europa el fantasma de la España inquisitorial. El socialista Alfred Naquet, por ejemplo, lamentó el "asesinato del mártir que los nietos de los inquisidores han sacrificado porque creaba escuelas y libertaba el pensamiento de dogmas embrutecedores". En el *Berliner Ta-*

geblatt se leía que Ferrer había sido asesinado "por los agentes del Ministerio de la nueva Inquisición". El británico *The New Age*, por su parte, evocaba las torturas y la influencia de los jesuitas en España, y concluía: "Los antiguos tormentos de la Inquisición se han puesto de nuevo en práctica".

La oposición interna española se sumó a ese tipo de denuncias. Justo después de la ejecución de Ferrer, el *Diario Universal*, órgano de oposición liberal, publicaba una requisitoria contra Maura en la que se combinaban el motivo de la España negra y el de la leyenda negra: "Más allá de las fronteras el nombre de nuestra patria escarnecido; sus representaciones injuriadas. La negra leyenda de la España inquisitorial, cruel, incapaz de arrepentimiento, cunde resucitada, triunfante, consternando nuestro corazón de patriotas [...] Otra vez se nos reputa la última de las naciones civilizadas; otra vez se habla de nación moribunda [...] Es contra un país apestado por el espíritu inquisitorial contra lo que Europa pide el acordonamiento [...] aunque hay una España progresiva [...]".

La virulencia de esta campaña termina arrastrando a Maura, que es destituido por Alfonso XIII apenas unas semanas después de la ejecución de Ferrer y Guardia. Todo ello propicia una respuesta agresivamente nacionalista por parte de las fuerzas políticas y la prensa conservadoras. Las denuncias por el caso Ferrer se consideran un ataque directo contra la nación, quién sabe si alentado por oscuros designios desestabilizadores en relación con la política de España en Marruecos. El periódico *ABC* va a llevar la voz cantante en esta respuesta. El 5 de diciembre de 1909 las 10 primeras páginas del diario están dedicadas a un largo informe, titulado "Por la pa-

tria", en el que se refutan las acusaciones lanzadas en la prensa extranjera por el caso Ferrer. Su conclusión es: "Por salvar a Ferrer, y con motivo de su fusilamiento, se ha hecho contra España una campaña inicua, se nos ha presentado a los ojos del mundo como un pueblo embrutecido y obcecado, refractario al progreso, que mantiene en vigor los procedimientos de la Inquisición y cuya única aspiración social es permanecer en la reacción y en la barbarie [...] Permanecer callados ante esta campaña hubiera sido un crimen". Como veremos enseguida, varios intelectuales del 98, como Azorín y Unamuno, se suman a esta reacción.

La crisis de 1909 será fundamental en la cristalización del motivo de la leyenda negra. Se crea entonces un patrón que se repetirá en lo sucesivo, el de la conjunción de una campaña exterior de denuncia y una agresiva reacción nacionalista. Así, tras las anticipaciones de 1896 (Montjuïc) y 1898 (Cuba), el escándalo Ferrer fija un modelo que se reproduce en otras crisis semejantes a las que habrá ocasión de aludir (1934, 1945, 1970...) y que se plantearon por parte española de forma muy consciente como reedición de la de 1909, la "ferrerada". Para la opinión conservadora, las campañas internacionales de denuncia no se explicaban más que por una hostilidad general e implacable arraigada en los otros pueblos. Pero ¿cómo explicar a su vez esa hostilidad, dado que España no mantenía ningún conflicto internacional digno de ese nombre desde hacía mucho tiempo, salvo el breve paréntesis de la guerra con EE.UU.? La única explicación posible estaba en la historia: la leyenda negra no era una crítica puntual por un determinado hecho o una determinada política, sino el legado de un pasado lejano que seguía pesando sobre el presente. De este mo-

do, junto a políticos y periodistas que protestan contra la leyenda negra, van a aparecer otros representantes del patriotismo herido, los historiadores, aquellos que debían explicar el origen y el desarrollo de esa inquina antiespañola que había alcanzado su máxima expresión en 1909.

Capítulo 3. La invención de la leyenda negra

Hispanofobia y conjura antiespañola en 1898

El debate sobre la "leyenda" planteado en 1898, en los términos que hemos visto en el capítulo anterior, se centró en el contexto más inmediato, en la reacción contra el patriotismo historicista patrocinado por el régimen de la Restauración; un patriotismo cuya referencia histórica dominante es el recuerdo de la guerra de Independencia. Pero encontramos al menos dos autores que en el contexto de esa crisis deciden remontarse más atrás en el tiempo y formulan ya la idea de la "leyenda negra" (aun sin darle exactamente ese nombre) como un fenómeno que se retrotrae al siglo XVI.

Por un lado está Rafael Altamira. Joven profesor de derecho en la Universidad de Oviedo (tenía 32 años en 1898), Altamira se formó en el krausismo y se impregnó del regeneracionismo de Costa, hasta vincularse por esos años al liberalismo reformista. En su discurso de apertura del curso 1898/1899 en la Universidad de Oviedo, impreso enseguida bajo el título *La Universidad y el patriotismo* y convertido en otro de los testimonios importantes de la crisis noventayochista, Altamira asumía el impacto del desastre, que demostraba a sus ojos todas las fallas del Estado y la nación y evidenciaba la necesidad de una política regeneracionista. Pero también constataba que, en esa derrota de 1898, había intervenido un factor externo: la propaganda del enemigo, que se había apoyado en "la leyenda desfavorable de nuestra historia

y de nuestro carácter". Esa "leyenda" existiría desde hacía siglos y habría ejercido una influencia depresiva sobre los españoles, haciéndoles perder su autoconfianza. De ahí que al historiador le incumba la tarea patriótica de refutarla. Pero esto deberá hacerlo no mediante una apología patriotera, sino mediante la crítica histórica rigurosa, la misma que se practica en el resto de Europa. Altamira, como otros intelectuales del 98, también recela del patrioterismo y del culto a las viejas glorias históricas; lo que espera es que los ciudadanos valoren su propia historia para, a partir de ella, formular un proyecto consciente de futuro. Lo formulará con gran claridad en su *Psicología del pueblo español* (1902), donde afirma que hay dos condiciones para "nuestra regeneración nacional": "1.ª Restaurar el crédito de nuestra historia, para devolver al pueblo español la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada [...] 2.ª Evitar discretamente que esto pueda llevarnos a una resurrección de las formas pasadas, a un retroceso arqueológico, debiendo realizar nuestra reforma en el sentido de la civilización moderna".

En este libro de 1902 Altamira también concreta algo más a qué se refería la "leyenda desfavorable de nuestra historia y de nuestro carácter" que mencionaba en su discurso de 1898. En el capítulo 3 de la obra recapitula las polémicas "sobre el carácter español" desde el siglo XVI hasta su época, y las ve como una confrontación entre críticas formuladas desde el exterior y las respuestas que dan los españoles. Alude, así, a la polémica de la década de 1780 en torno al artículo de Masson de Morvilliers y al más reciente debate de la "ciencia española", animada por Menéndez Pelayo. El tema de fondo es, por tanto, la existencia o no de una tradición científica espa-

ñola. A las críticas extranjeras Altamira les da un nombre: "hispanofobia", "hispanofobismo", aunque también sigue hablando de "leyenda", por ejemplo, "leyenda pesimista". Había identificado, pues, el tema que pronto se popularizaría bajo una denominación, "leyenda negra", que a Altamira no le gustaba, seguramente por considerarla demasiado periodística e ideológicamente connotada; en 1920, por ejemplo, mostrará desdén por "el gallardete de alguna frase sonora, como la de 'leyenda negra' y otras semejantes". Quizá lamentaba también que otros se hubieran llevado la palma por algo que él había sido el primero en plantear.

Un segundo autor podría reivindicar igualmente la prioridad en la formulación de la "leyenda negra" como algo enraizado en la historia. Se trata del historiador y periodista Joaquín Maldonado Macanaz. Plenamente integrado en el régimen de la Restauración, en el partido conservador de Cánovas del Castillo, puede considerarse que Maldonado encarna la reacción oficialista ante la crisis de 1898. El 20 de abril de 1899 publicó en el periódico conservador *La Época* un artículo en respuesta a la conferencia de Emilia Pardo Bazán. El artículo se titula "Dos leyendas", y en él Maldonado discute la dicotomía entre leyenda áurea y leyenda negra planteada por la novelista gallega. Respecto a la primera, no oculta que la crítica de Pardo Bazán contra el tradicional patriotismo español y sus símbolos históricos le parece excesiva: se expresa, dice, en términos "sobrado absolutos". En cambio, adopta plenamente la idea de la leyenda negra, y la define de inmediato en términos históricos, como una campaña de infundios iniciada en el siglo XVI por los enemigos de España: "Una es 'la leyenda negra', la que forjaron y tejieron con insistencia terrible desde el siglo

XVI protestantes y enemigos de la hegemonía que entonces ejercía España [...] Una vez iniciada en Holanda esa obra de denigración, no cesa hasta el siglo presente".

Los límites de un artículo de diario no daban para más, pero el planteamiento quedaba bien definido: la leyenda negra había empezado en el siglo XVI como una campaña de propaganda antiespañola que se había prolongado sin solución de continuidad hasta el presente. La cuestión es saber de dónde sacó Maldonado Macanaz esta idea, porque lo cierto es que Pardo Bazán, en su conferencia (de la que Maldonado solo conocía un resumen), no hablaba de la leyenda negra como un fenómeno histórico, que se remontaría varios siglos atrás. Por otra parte, no tenemos más datos sobre el planteamiento de Maldonado que este artículo, puesto que falleció dos años después, a los 68 años.

Probablemente, Maldonado asoció el término introducido por Pardo Bazán con una preocupación suya anterior por el descrédito de la historia de España en el extranjero. Admirador de Menéndez Pelayo, pudo compartir con él la actitud de defensa a ultranza de la tradición histórica española. También puede señalarse que Maldonado era un especialista en historia colonial (fue catedrático desde 1871 del curso de "Historia y civilización de las Colonias Inglesas y Holandesas en el Asia y la Oceanía"), y en el siglo XIX el campo de la historia de América fue tal vez el que más se prestó al discurso reivindicativo españolista y de rechazo de las acusaciones de otros países. Por ejemplo, el periodista hispanocubano Gil Gelpí y Ferro se quejaba en torno a 1870 de "los errores y los apasionados juicios de los escritores estrangeros" y de "la facilidad con que los adoptan y los difunden los españoles modernos". El también periodista Manuel

G. Llana escribía en 1879 una “Vindicación de España en lo que se refiere al descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo”, en la que se queja también de que hechos heroicos, hazañas, sacrificios extraordinarios, designios humanitarios y civilizadores “han sido considerados por los analistas extranjeros como actos de crueldad y de perfidia, acciones realizadas bajo el impulso de los más reprobados móviles y somos acreedores a las más violentas censuras”. Juan Valera, en 1896, también rechazaba las críticas estadounidenses sobre la supuesta crueldad de la conquista. Y Altamira, en su conferencia de 1898 y otros artículos de esos años, tenía muy presente esa polémica americana. En su obra de 1873, *Principios generales del arte de colonización*, no he visto que Maldonado entre en esa polémica, pero faltaría verificarlo en sus demás artículos de investigación histórica y de prensa.

Unamuno españolista (1909)

En todo caso, el artículo de Maldonado era muy sucinto y no parece que tuviera efecto por sí mismo. La expresión misma de “leyenda negra” aún no se había popularizado suficientemente. Lo hizo en los años siguientes, al hilo de los diversos escándalos policiales y polémicas políticas que hemos visto en el capítulo anterior y que culminaron en 1909, con el caso Ferrer y Guardia. Fue entonces cuando otro autor del 98, Miguel de Unamuno, formuló la idea de la leyenda negra histórica, de una forma que esta vez sí tendría impacto.

Unamuno, que en torno a 1898 había destacado por su crítica del casticismo, del falso patriotismo que había llevado el país al desastre de la guerra cubana, entró lue-

go en una fase de exaltación españolista. Ciertamente, era un españolismo sui géneris: una reivindicación de una "sabiduría" vital que Unamuno oponía a la cultura materialista e intelectualista que a sus ojos dominaba Europa. Sus apelaciones europeístas de hacía unos años dan paso ahora a la insistencia en defender la "independencia espiritual" de España, sus irreductibles peculiaridades psicológicas, que no debían diluirse en una seudocivilización internacional desprovista de alma. Todo ello tenía un correlato ideológico y político. En oposición creciente con los nacionalismos vasco y catalán, Unamuno siente la necesidad de reforzar el Estado y la identidad nacional española, y llega a mostrar simpatía por el conservadurismo de Maura. Reniega del criticismo del 98, "aquella hórrida literatura regeneracionista, casi toda ella embuste", y aboga por una política de afirmación española, en sentido incluso imperialista. Ahora lamenta la pérdida de Cuba y Puerto Rico, apoya la expansión militar en Marruecos e incluso sueña con una comunidad hispanoamericana.

La crisis de 1909 saca a la luz todas estas facetas. El antiguo marxista no duda en repudiar airadamente la revuelta barcelonesa ("actos vandálicos de las turbas ebrias de anarquismo") ni en aplaudir con vehemencia la ejecución de Ferrer ("ese mamarracho", le llama en cartas privadas). De este modo, cuando percibe la reacción de la opinión de izquierdas europea a la muerte de Ferrer, prorrumpe en un estallido de indignación nacionalista. En diversas cartas y artículos se desahoga contra la "campaña de difamación" de la que España es víctima. Ve detrás un designio político antiespañol, relacionado con la política imperialista, un afán de algunos países (de Francia en particular) por debilitar internamente a

España para limitar su presencia en Marruecos. El desprecio o la ignorancia no son ya los motivos determinantes de las críticas contra España; Unamuno cree ver además la "envidia" de Europa ante el reciente resurgimiento de España y su futuro de grandeza recobrada, de grandeza colonial e incluso mundial: "sienten que nuestra lengua llegará a ser la primera del mundo, y no nos lo perdonan", escribe a Azorín.

Al mismo tiempo, para Unamuno la polémica de 1909 revela todo lo que separa a España de Europa en el plano cultural y espiritual. La propaganda por el caso Ferrer es, a sus ojos, obra de los herederos del "racionalismo" del siglo XVIII, una serie de autores pretendidamente humanitarios ("taifa de judíos, masones, pedantes y anarquistas", los llama) que se muestran incapaces de entender la mentalidad singular de un país como España y que se han lanzado al asalto de su "independencia espiritual". Las descalificaciones que lanzan contra España y su historia revelan el afán de imponerle una filosofía ajena, la de esa Europa moderna que ignora el sentido último de la vida. En respuesta, Unamuno decide reivindicar la tradición histórica española en bloque: su obra de defensa de la Cristiandad durante la Reconquista, la conquista de América, Felipe II, "nuestro gran Felipe"; el quijotismo como "religión nacional"; tales son los elementos que va desgranando en el capítulo final de *Del sentimiento trágico de la vida* (1913), que recoge los términos de un artículo del año anterior.

Y tratándose de reivindicar la historia patria, Unamuno no duda en echar mano del tema de la leyenda negra. Todo surgió a raíz de un artículo de Azorín en *ABC*, el 12 de septiembre de 1909, respuesta en caliente a las críticas extranjeras por el procesamiento de Ferrer. Azo-

rín apuntaba allí una reivindicación beligerante de la cultura y la historia española: “Seremos todo lo modestos y lo pobres que se quiera. Pero aquí, dentro de nuestra modestia, tenemos nuestra escritura, nuestros investigadores científicos, nuestros artistas, nuestra vida mental. Poco a poco vamos marchando y haciendo adelantar a nuestro país [...]”. Unamuno escribió una carta de solidaridad a su amigo, en la que afirmaba: “España es víctima de una sistemática campaña de difamación”. La carta, publicada en *ABC* sin el permiso de Unamuno, desencadenó una importante polémica; marcó la ruptura política, por ejemplo, con Ortega y Gasset. Pero Unamuno siguió en sus trece, y en un artículo publicado en enero de 1910 en el periódico argentino *La Nación*, desarrolló más ampliamente su planteamiento. Sostiene allí que el “necio e irreflexivo odio a España”, manifestado en el caso Ferrer, viene de antiguo. “Esta hostilidad a España arranca del siglo xvi. Desde entonces se nos viene, en una u otra forma, calumniando. Nuestra historia ha sido sistemáticamente falsificada, sobre todo por protestantes y judíos, pero no solo por ellos”. El caso Ferrer no ha sido más que un pretexto para “desencadenar una vez más el atajo de calumnias, de embustes y de inepcias con que se nos viene sistemáticamente denigrando desde hace tres siglos y sin que apenas nos dignemos defendernos”. En el capítulo final de *Del sentimiento trágico de la vida*, afirmaba lo mismo: “España ha sido la gran calumniada de la historia precisamente por haber acaudillado la Contrarreforma. Y porque su arrogancia le ha impedido salir a la plaza pública, a la feria de las vanidades, a justificarse”. “La gran calumniada de la historia”: esta máxima unamuniana haría camino en las décadas siguientes.

‘Racha de nacionalismo’ hacia 1910

En los años inmediatamente posteriores al *affaire* Ferrer, la polémica en torno a la leyenda negra no hizo sino aumentar de tono. Hubo nuevos escándalos que provocaron protestas internacionales, como el proceso de 1911 contra un grupo de anarquistas de Cullera (Valencia) acusados de la muerte de tres autoridades durante una huelga, de los que siete serían condenados a muerte, aunque el gobierno liberal de Canalejas les concede el indulto. Frente a las denuncias internacionales, el director de *ABC*, Torcuato Luca de Tena, convoca a la prensa española para un acto de protesta, y se aprueba una declaración en la que puede leerse: “La leyenda negra, falta totalmente de fundamento, queda en superchería y calumnia [...] Las imposturas infames no prevalecen; pero la mancha resalta y se extiende del lado allá de los Pirineos”. *La Correspondencia Militar*, con su retórica cuartelera, protesta igualmente contra “la invariable leyenda negra que divulga la apachería internacional domiciliada en París en colaboración con unos cuantos pedantescos europeizantes y una turba de profesionales del barullo político que infesta a nuestra nación. ¡La barbarie española! ¿Nadie se acuerda ya de las inquisitoriales crueldades cometidas por los funcionarios franceses en Conchinchina ni de los verdaderos autos de fe que algún general francés realizó en Argelia [...]?”.

No es extraño que *ABC*, en 1913, ante la visita a España del presidente francés Raymond Poincaré, propugnara rechazar toda alianza estratégica con Francia (estamos en vísperas de la guerra mundial) porque los franceses no comprenden a España, y recuerda “la difamación y las grotescas patrañas que nos han falsificado en el concepto de una parte de la opinión europea”. Y al año

siguiente el mismo diario polemizaba con el republicano *El País* a propósito de la erección en Bruselas de una estatua de Ferrer, resultado de "la propaganda de la leyenda negra, que deshonra a España ante el mundo civilizado".

La leyenda negra se convierte en lugar común del nacionalismo conservador español, y la idea de Unamuno de que se trata de un caso de odio contra España que se remonta varios siglos atrás se vuelve muy corriente en discursos y artículos de prensa. Son muchos los autores que en torno a 1910 se sienten embargados por "una caliente racha de nacionalismo" —como escribía uno de ellos, Blanca de los Ríos, en 1914— y lanzan peroratas del mismo tono que la de Unamuno, en las que se insiste en la antigüedad del antiespañolismo. El político conservador Juan de la Cierva afirmaba en las Cortes en 1911: "Las leyendas se han ido sucediendo, no ya durante años, sino durante siglos. Todo ese mal [...] tiene su origen y explicación en nuestra Historia". Ramiro de Maeztu, en ese mismo año de 1911, escribía: "Así rueda la bola de nieve de nuestra leyenda negra. La historia es antigua". Y Azorín, en otro artículo no menos exaltado también de 1911:

Lo que se pretende disfrazar con amor a la humanidad y a la justicia no es sino estallido del odio inveterado, secular, a España. Ha dejado nuestra hegemonía europea en siglos pasados un hondo sedimento de despecho y agresividad. Desde el siglo XVI *se han multiplicado los libelos y las imposturas respecto a nuestra patria; se han creado leyendas denigrantes y absurdas; se ha torcido y mixtificado la verdadera historia. Compatriotas nues-*

tros, hombres nacidos en España, han prestado su calor y su asentimiento a tan funesta obra.

El catalán Josep Pin i Soler hacía gala también, en 1912, de un "españolismo agresivo" (según sus propios términos) al recordar, en una carta de respuesta a un discurso de Federico de Onís, los "centenares de veces" en que, durante su larga residencia en el extranjero, había discutido con franceses, belgas o alemanes sobre la leyenda del fanatismo español; "si habré tragado Torquemadás y Pissarrós y Felipes deux", apostilla. Para él, los europeos de su tiempo "son descendientes de gente agraviada".

Junto al aspecto xenófobo aparece también otro elemento característico: la denuncia de los españoles culpables de "pesimismo", es decir, de dar por bueno el paradigma de la decadencia. Blanca de los Ríos, una de las propagandistas nacionalistas más activas en estos años, proclamaba en abril de 1914: "Ahora que parecemos reconocer que fuimos nosotros mismos los autores de nuestra calumniosa leyenda negra y los envenenadores de la patria transfundiendo a sus venas el mortífero virus de la desestimación nacional, dolencia españolísima…".

También en el campo de la izquierda encontramos reacciones de españolismo exaltado. El caso más visible es el de Vicente Blasco Ibáñez. En 1909 tuvo ocasión de hacer un viaje por América del Sur, donde ofreció una serie de conferencias que congregaron una nutrida audiencia en Buenos Aires y otras ciudades de Argentina y Paraguay. La segunda de ellas, pronunciada en Buenos Aires el 14 de junio de 1909 (es anterior, por tanto, al escándalo Ferrer), se titulaba "La leyenda negra de España". Blasco, como Unamuno o Maldonado Macanaz,

podría disputar la prioridad en el tratamiento de un tema asociado normalmente al libro de Juderías, que apareció cinco años después. Pero lo cierto es que todo lo que dice específicamente sobre el asunto es genérico y confuso. Él mismo lo reconoce al referirse a “La leyenda negra” como un “título un poco vago, que parece pudiera referirse a todo aquello que en nuestro pasado se refiere a la intolerancia habida en materia religiosa”. En algún sitio ha encontrado un dato que le hace pensar que la leyenda negra nació en época de Luis XIV. Lo que le importa es subrayar lo injusto de las acusaciones: “Hemos sido los españoles objeto de odios concitados, y no han faltado pueblos que durante tres siglos se han dedicado con empeño a hablar mal de España y a mentir acerca de ella”. Y a partir de ahí realiza una apología de la “epopeya” española en el Nuevo Mundo, que ve como continuación de la Reconquista.

Blasco siguió interesado en este tema durante el resto de su carrera. En 1920 dio otras conferencias sobre el mismo tema en EE. UU., una de ellas titulada “La falsa leyenda negra de España”[4]. Concibió también un ciclo de novelas en torno a la conquista y colonización de América; según declaró en 1926, esperaba que serían leídas por “millones de lectores” y servirían así para “rebatir y aplastar las numerosas falsedades que se han dicho contra España y que han constituido lo que se llama nuestra ‘leyenda negra’”.

Otro autor de izquierdas que se interesó por el tema a principios de la década de 1910 fue Manuel Azaña. Su caso es característico. Azaña vivió la crisis de 1898 como estudiante adolescente en el colegio de agustinos del Escorial. Allí, tal como evoca en su autobiografía *El jardín de los frailes* (1927), sintió el peso de la retórica seu-

dopatriótica transmitida por sus maestros, la "ortodoxia españolista" que culpaba al extranjero de los males nacionales, del atraso y aislamiento de una nación que vivía de los recuerdos del pasado. En una conferencia de 1911, *El problema español*, recuerda igualmente aquel momento: "Nos indignaba la aspereza y mal trato que otros pueblos nos daban, pareciéndonos que por envidia desconocían nuestros méritos, y llegábamos a creer que todos los pueblos de la tierra se habían conjurado contra nosotros y éramos víctimas de una injusticia atroz".

Azaña se refiere expresamente a 1898, pero quizá estaba pensando también en la crisis de 1909. En todo caso, lo cierto es que en los meses siguientes a la Semana Trágica y el caso Ferrer emprende una reflexión sobre lo que llama "el problema español", el porqué del "divorcio" cultural entre España y Europa que había dado lugar a las actitudes victimistas y de nacionalismo exacerbado que se transmitían en el colegio escurialense. Tal es el tema de la conferencia citada de 1911. Parece incluso que hacia 1914 pensó en escribir un estudio, quizá un libro, de tema parecido a *La leyenda negra* de Juderías. Se conserva un guión, a partir de unas notas de lectura tomadas durante su estancia en París, en 1912, como pensionado del Ministerio de Justicia. La pregunta de partida del estudio debía ser: "¿Tiene o no tiene el pueblo español aptitudes naturales para adaptarse a las condiciones de la vida moderna y ser un factor de la cultura universal?". Azaña habría comenzado discutiendo la "literatura antiespañola" de los siglos XVI y XVII (de origen italiano, francés y holandés), luego habría hablado de la "hispanofobia" de los ilustrados franceses del XVIII ("Raynal, Masson, Langle") y la respuesta que se dio desde España (Forner y compañía), habría seguido con la polé-

mica liberal en el siglo XIX, y concluiría con la crisis del 98, en que discutiría las tesis de Altamira o Mallada. Azaña no llegó a escribir este estudio; no sabemos hasta qué punto pudo disuadirlo la publicación del de Juderías en el mismo año de 1914, aunque poco parecido habría tenido con este.

Juderías y su 'leyenda negra'

Eran, pues, numerosos los autores que a comienzos de la década de 1910 le estaban dando vueltas a la cuestión del origen histórico de la leyenda negra. El tema estaba en el aire, aunque envuelto en cierta confusión, como revelan las vaguedades de Blasco Ibáñez. Faltaba un estudio específico que ordenara los materiales y ofreciera un relato coherente. Esto es lo que vino a ofrecer el primer libro dedicado monográficamente a la cuestión: *La leyenda negra: estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, de Julián Juderías.

La obra parte de un concurso convocado en diciembre de 1913 por *La Ilustración Española y Americana*, una veterana revista semanal de tono españolista. Se trataba de premiar un "estudio histórico, documentado, de asunto español o hispanoamericano que descubra, analice o esclarezca alguna gloria o merecimiento de España o refute y destruya algún error extendido contra ella". El premio fue concedido al trabajo presentado por Julián Juderías. Su texto se publica por entregas a principios de 1914 y se imprime como libro, en una versión ampliada, a mediados del mismo año. Una nueva edición, más ampliada todavía respecto a la anterior, apareció en 1917.

Julián Juderías era funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores, donde trabajaba como intérprete. Hijo de

madre francesa, había viajado bastante por Europa y dominaba un gran número de lenguas extranjeras. Era un lector voraz y articulista prolífico, y durante varios años dirigió una revista cultural madrileña, *La Lectura*. Sin duda el desastre de 1898 lo afectó (tenía entonces 21 años) y enseguida se alineó con el regeneracionismo conservador de Antonio Maura; destaca su labor de investigación sociológica para el Instituto de Reformas Sociales, fundado por Maura en 1903. Pero fue aún mayor el impacto de la crisis de 1909, tanto en lo que tuvo de campaña "antiespañola" como por los ataques específicos contra Maura que desembocaron en su destitución. De ahí procede su interés, o su obsesión, por la leyenda negra.

En su libro de 1914 Juderías se refiere explícitamente a estos sucesos recientes: "Una ola de mentiras, de calumnias, de absurdas acusaciones, de insultos, de denuestos se abatió sobre España". Y cuando tiene que definir la leyenda negra como hecho de la historia, no establece ninguna diferencia con la de su época: "Anda por el mundo, vestida con ropajes que se parecen al de la verdad, una leyenda absurda y trágica que procede de reminiscencias de lo pasado y de desdenes de lo presente, en virtud de la cual, querámoslo o no, los españoles tenemos que ser, individual y colectivamente, crueles e intolerantes, amigos de espectáculos bárbaros y enemigos de toda manifestación de cultura y de progreso". De ahí que, para él, el contenido típico de la leyenda negra sea "la leyenda de la España inquisitorial", esto es, la divulgada por los publicistas que intervinieron en los casos de Montjuïc en 1896 y de Ferrer y Guardia en 1909.

Su investigación se plantea como una búsqueda de precedentes para la gran crisis de 1909. En primer lugar,

considera la literatura extranjera sobre España que se había publicado a finales del siglo xix y principios del xx —libros de viajes, reportajes, ensayos históricos, panfletos…— con la que estaba familiarizado gracias a sus conocimientos de lenguas extranjeras y su actividad como articulista. En todos esos textos creyó percibir ya una nota antiespañola, despreciativa y descalificadora, que había abonado el terreno para la explosión de propaganda hostil de 1909. Prolongando sus lecturas debió de ir buscando las raíces de ese sentimiento antiespañol, y las encontró en los historiadores liberales de mediados del siglo xix y los enciclopedistas del xviii, es decir, en la visión "progresista" de la historia que ponía a España como ejemplo paradigmático de decadencia y atraso intelectual, provocado por un régimen autoritario y por la intolerancia religiosa. Desde luego, Juderías fuerza los textos, o más bien los selecciona según sus propios presupuestos, y solo cita lo que valida su tesis de un antiespañolismo generalizado e indiscriminado. En realidad, muchos de los autores que menciona daban una visión más matizada de la realidad española, y por otro lado operaban según esquemas intelectuales que Juderías ignora por completo. Pero el partidismo del autor podía justificarse como reacción contra los excesos de la tesis progresista, contra la tendencia a presentar a España como una excepción absoluta, como un caso aberrante en la evolución histórica moderna, la idea de que, como afirma el propio Juderías, "nuestra patria constituye, desde el punto de vista de la tolerancia, de la cultura y del progreso político, una excepción lamentable dentro del grupo de las naciones europeas".

Según Juderías, todas estas críticas obedecen a una conspiración permanente del extranjero contra España.

La leyenda negra fue siempre una "red tenebrosa de bien urdidas calumnias", una "campaña política contra España", la expresión de una permanente "animosidad contra nosotros", una "hostilidad hacia nosotros"; una "campaña de difamación, muy parecida, por cierto, a otras campañas que actualmente se llevan a cabo...". Esa campaña tuvo un origen preciso: los ataques concertados de todos los enemigos de la monarquía española durante el reinado de Felipe II. Enemigos externos y también internos, porque Juderías destaca la responsabilidad que en la gestación de la leyenda negra tuvieron algunos españoles —Las Casas, Antonio Pérez, Montano —, a los que presenta como traidores y antipatriotas; un apunte en el que se ve otro paralelismo con la polémica contemporánea, con las críticas del nacionalismo español contra los intelectuales que con sus críticas excesivas perjudicaban la imagen de España. Así, Juderías afirmaba que en el siglo XVII "habían salido por doquier, como ahora, los escritores y los políticos pesimistas, suministrando a nuestros adversarios temas sobrados para aquellos libelos, pasquines y parnasos".

Desde un punto de vista histórico, la tesis de una conspiración antiespañola a lo largo de cuatro siglos requeriría algún tipo de demostración documental. Pero Juderías no pierde mucho tiempo con eso. Dice simplemente que, en la evolución de la leyenda negra, se pasó del "miedo" y "envidia" de los países europeos ante la supremacía política española al "desprecio" que inspiró el fenómeno de la decadencia hispana en los países más desarrollados; a partir de ahí los protestantes y "racionalistas", en los siglos XVIII y XIX, habrían creado la imagen totalmente negativa de España que conduce directamente al escándalo Ferrer. También dedica todo un capí-

tulo al efecto de la leyenda negra en los españoles, y aquí desarrolla la idea de que la Ilustración española del XVIII y el liberalismo del XIX están viciados por el contagio de la leyenda negra y que de ahí nació una "desmoralización" o "desnacionalización" de los españoles, un espíritu de autodenigración contra el que tan solo protestaron algunas figuras aisladas, como Forner y Menéndez Pelayo.

La leyenda negra no es propiamente un libro de historia, en el sentido de una investigación documentada y mínimamente imparcial sobre una cuestión histórica. El primero en admitirlo era el propio Juderías. En una carta a Ossorio y Gallardo declara con orgullo que su libro es una obra de propaganda, de "propaganda española", equiparable a la que están haciendo otras naciones de Europa durante la guerra mundial. En su discurso de ingreso a la Academia, en 1918, repetirá lo mismo. El libro refleja el tono de la propaganda de guerra que se extiende en ese momento por Europa. (En 1918, un admirador, Juan Cebrián, a quien en seguida nos referiremos, le escribía: "Usted, estimado amigo [...] sin temor se ha lanzado a atacar el mal en su origen, en su centro, en su guarida; dejando para otros escaramuzas y guerrillas, usted ha iniciado la batalla campal que producirá la victoria"). Es típico del momento su tono xenófobo: "Como casi todos los franceses, es ligero, superficial [...]", dice de un autor; otro, estadounidense de religión protestante, incurre en exageraciones "llevado de ese espíritu de secta del que jamás aciertan a desprenderse los de su raza al escribir la historia"; los hispanistas en realidad son enemigos de España... Todo el problema de la leyenda negra tiene para él una fácil solución: "Creemos que la existencia de la leyenda negra se debe principalmente a que la historia de España no la hemos escrito nosotros,

sino los extranjeros, los cuales han procurado, como es natural, favorecerse todo lo que han podido a costa nuestra". Cabría también enmarcar la obra en la polémica entre aliadófilos y germanófilos que estallará enseguida en España durante la guerra mundial. Juderías, pese a su ascendencia materna francesa, se situó decididamente en el bando germanófilo, como ya anunciaba el tono antifrancés y antianglosajón de *La leyenda negra*. El maurismo tendió también a la germanofilia, y Antonio Maura afirmaba en un discurso en 1916: "Durante dos siglos y medio Inglaterra y Francia han practicado exclusivamente [...] la política de procurar y fomentar la decadencia, la enervación y el apocamiento de España". El paralelismo con la tesis de Juderías salta a la vista.

La leyenda negra es también un ejemplo de apología españolista, algo que se acentúa en la segunda edición, en la que el autor añade una larga exposición sobre los logros históricos de España y donde no falta siquiera una defensa de la institución de la Inquisición (a la que, en cambio, había criticado en un libro sobre Carlos II publicado en 1912). Juderías se sitúa así en la línea de Menéndez Pelayo, al que cita elogiosamente varias veces. Pero también se advierte otra influencia más reciente, la de Unamuno, al que no cita expresamente, pero del que toma todo el planteamiento de un idealismo hispánico contrapuesto al materialismo y el cientificismo estéril y destructivo de la cultura europea. Las últimas páginas de *La leyenda negra* son un remedo del último capítulo de *Del sentimiento trágico* unamuniano, incluida la evocación del "quijotismo"[5]. Lo que no sabemos es si Juderías leyó el artículo de Unamuno en *La Nación*, de 1911, que hemos comentado más arriba, y si concibió entonces

la idea de escribir esa historia de la leyenda negra que el escritor vasco resumía en unas pocas líneas.

En todo caso, el libro de Juderías consagró definitivamente el tema de la leyenda negra. No había en él muchas cosas originales, resultaba a veces confuso y se notaba desde el primer momento la parcialidad del autor, pero como obra de propaganda era eficaz: sencillo, con apariencia de sólida documentación, escrito en un estilo ágil que logra contagiar al lector de indignación patriótica, útil también como depósito de munición dialéctica y, sobre todo, presentado bajo un título que atraía inevitablemente la atención.

Las reacciones favorables

La obra, por tanto, tuvo un éxito apreciable y en 1916 estaba agotada, pero será a partir de segunda edición, de 1917, cuando se convierta en un *best seller*. Hubo muchas reacciones favorables a estas dos ediciones, y en la prensa aparecen reseñas elogiosas, en las que se habla de un escritor "doctísimo" y "cultísimo" y de un "estudio documentado y convincente". En una de ellas, el periodista Dámaso Calvo escribe (1917): "Los hechos recogidos por Juderías evidencian cuán fuertemente se apoderó el sectarismo de nuestra historia para hacerla añicos y con sus trozos constituir [...] aquella menguada concepción [...] nada escapó a la invectiva para afrentar el nombre español [...] El partidismo extranjero ha encontrado para su tenebrosa labor significados auxiliares dentro de la propia España".

El admirador más entusiasta de Juderías fue Juan Cebrián Cervera, un rico empresario madrileño afincado en EE. UU., en San Francisco. El tema de la leyenda negra le

interesaba especialmente. En los años de la guerra de Cuba, Cebrián, como él mismo recordaba más tarde, se convirtió en un españolista exaltado: "Al poco tiempo de residir en los Estados Unidos, y habiéndome detenido también en Francia e Inglaterra, tuve que admitir la aterradora evidencia de que en el extranjero se despreciaba, se detestaba u odiaba profundamente a España... y ¡España lo ignoraba!". Decidió emplear su fortuna en financiar la edición de libros o revistas favorables a España (como la *Hispanic American Historical Review*, fundada en 1918, o un libro de Charles Lummis sobre los conquistadores españoles que tuvo gran repercusión). Él mismo escribe artículos de defensa de la causa hispanista y es nombrado académico correspondiente de la Real Academia de la Historia en la década de 1920.

Cuando Juderías le regaló un ejemplar de la primera edición de *La leyenda negra*, su entusiasmo se desbordó. En carta al autor le agradece el envío de "su importantísimo libro", y en otra de 1917 ponía su labor por las nubes: "Parece imposible que hasta el año 1914 no se haya levantado el adalid valeroso que defendiese la maltratada España: a usted, admirable amigo, le cabe la gloria envidiable de haber abierto el camino de la rehabilitación, de haber disparado el primer cañonazo que ha de derrumbar para siempre la tupida valla con que habían cercado a la incauta España". La iniciativa de Juderías le parecía merecedora de las máximas recompensas: "Indudablemente Su Majestad y la nación entera han de premiar el patriotismo, la lealtad, el valor, intelijencia y osadía de ese Hijo que varonilmente se lanza a defender España por primera vez en el transcurso de tres siglos y que merece llegar a ser el Hijo Predilecto de la Madre España". Cebrián también concibe el proyecto de rega-

lar el libro de Juderías, durante tres años, a todos los estudiantes de instituto y universidad que hubieran aprobado con buena nota sus cursos de historia ("Todos los gastos de los regalos correrán de mi cuenta"). No sabemos si el proyecto se llevó a la práctica.

Los buenos deseos de Cebrián se realizaron de inmediato, y Juderías ingresó en la Real Academia de la Historia en 1918. Pero disfrutó poco de este honor, puesto que murió tan solo unos meses después, a los 41 años, víctima de una epidemia de bronconeumonía. Su libro, en cambio, siguió su camino y conquistó un lugar de privilegio en la cultura nacionalista española, para la que se convierte en un libro de cabecera, un "libro de oro" (*La Lectura Dominical*, 1927). Hasta la guerra civil se hicieron ocho ediciones, que al final del franquismo habían llegado a 16. Sería interesante conocer el total de ejemplares editados, pero no cabe duda de que es uno de los libros de historia más vendidos en España en el siglo xx.

Las críticas: de Andrenio a Unamuno

Sin embargo, pese a estos elogios, el libro de Juderías no suscitó una adhesión unánime, ni siquiera en el campo conservador. La tesis de la conspiración internacional de odio antiespañol hace que algunos se encojan de hombros. Azorín, por ejemplo (maurista como Juderías, pero aliadófilo), ante la aparición de segunda edición de obra, elogia su "propósito nobilísimo", pero advierte que "una cosa es la leyenda negra y otra la crítica" y que hay críticas "legítimas", incluso "necesarias". Otro maurista, Pedro Sangro y Ros de Olano, dice en 1917 que en el libro de Juderías "creemos hay alguna exageración. El mundo no nos odia: nos desconoce o nos juzga

con error simplemente o, tomando pie de nuestros defectos, los aprovecha para combatir lo que representamos por tradición o ideal y políticamente".

En 1917 un periodista barcelonés, José Escofet, crítico de *La Vanguardia*, vierte elogios a la contribución de Juderías, pero discrepa de su mensaje antieuropeísta: "Julián Juderías cae en la vulgaridad de mirar con desprecio la orientación positivista de la vida moderna, que se inició con la Reforma y despertó el amor al trabajo productivo, entendido tarde y mal por los españoles [...] No podemos renunciar a la vida ni contentarnos con el recuerdo de una civilización pasada [...] Hay que vivir con Europa la vida de Europa, que es también la nuestra".

Otro veterano y prestigioso periodista, Eduardo Gómez de Baquero, *Andrenio*, se sintió también intrigado por el libro de Juderías ya en su primera edición y le dedicó tres artículos en *La Vanguardia* (mayo-junio de 1914). Andrenio ya había aludido al tema de la leyenda negra en años anteriores, y ahora la lectura del libro le sirve para formarse una idea más clara. Su primer artículo resume todas las reservas que cabía hacer al libro de Juderías desde una perspectiva de observador desapasionado. Juderías, dice, "quizá cede algo a la moda del patriotismo apologético a que alude en la introducción, género de patriotismo, en verdad, más aparatoso que útil y positivo". La tesis de una conspiración antiespañola mantenida desde el siglo XVI le parece poco creíble: "Pero ¿es posible que dos escritos de esta índole [la *Brevísima relación* de Las Casas y las *Artes de la Inquisición* de González Montano] basten para mantener durante siglos las preocupaciones contra una nación?". Autocrítica y pesimismo no son ninguna exclusiva de los españoles, añade, otros países nos superan. El segundo artículo

considera el contexto en que la leyenda negra apareció en el siglo XVI, y concluye: “Hallamos, pues, resumiendo, que la leyenda española es efecto de un concurso de circunstancias históricas desfavorables, más que de una confabulación de escritores que se hayan transmitido de siglo en siglo la misión de desacreditarnos”. El último, en fin, se plantea cuál ha sido la actitud de los españoles ante la leyenda negra: “En general damos excesiva importancia a la leyenda y, más que de estudiar lo que hay en ella de lección y aprovecharlo, nos cuidamos de rechazar retóricamente lo que contiene de vilipendio [...] Huyamos sobre todo de la manía persecutoria, achaque de débiles. Pensemos que es útil parecer bien, pero que ser importa más que parecer. Aspiremos a ser, por encima de todas las leyendas, negras y doradas”.

Otro autor que reacciona críticamente contra la idea de la leyenda negra es Miguel de Unamuno. Sí, el mismo que en 1911 hablaba de España como “la gran calumniada de la historia”, apenas seis años después rechaza de plano una idea que considera falsa y hasta “frenopática”. El cambio de opinión en esta cuestión concreta es una consecuencia de la evolución profunda que Unamuno experimenta durante los años de la Primera Guerra Mundial, en que, en el contexto del debate entre aliadófilos y germanófilos, deja de lado el esencialismo españolista —fuente de inspiración del libro de Juderías— para volver a sus convicciones liberales, las únicas válidas, a su juicio, para enfrentarse al fenómeno del nacionalismo autoritario y militarista que se estaba desarrollando en toda Europa al amparo de la guerra. Unamuno denuncia el nacionalismo a la prusiana como una forma de paganismo, que somete enteramente a la persona, y advierte que los germanófilos españoles pretenden intro-

ducir ese modelo en España, en la forma de un "españolismo de nuevo cuño, españolismo *made in Germany*". El autor vasco revisa entonces su propio itinerario, empezando por la postura que mantuvo en 1909, de apoyo a la represión de la revuelta de Barcelona e incluso al colonialismo en Marruecos y, más concretamente, lo que dijo sobre el caso Ferrer. Varias alusiones en sus artículos anticipan la "Confesión de culpa" de septiembre de 1917, en la que, aun insistiendo en que la doctrina de Ferrer le sigue resultando "profundamente antipática", reconoce que se informó mal y reaccionó de forma irreflexiva ante lo que fue un juicio injusto y arbitrario, obra de un régimen corrupto.

Todo ello se refleja en la evolución de la actitud de Unamuno a propósito del tema concreto de la leyenda negra, que puede seguirse en sus artículos de prensa durante esos años de guerra. En agosto de 1914 todavía recuerda cómo, en la crisis de 1909, se difundió una "leyenda entre inepta e infame" que trataba de "desfigurar nuestra historia contemporánea", y recomienda a sus lectores el "librito" de Juderías, que por tanto había leído, quizá porque el autor se lo había enviado. En febrero de 1916 sigue recordando cómo "los extranjeros han fraguado una leyenda de la tiranía de España en América, leyenda que va disipándose" gracias a historiadores extranjeros e hispanoamericanos. Pero en julio del mismo año publica un artículo titulado "Nuestra quisquillosidad", en el que denuncia la "manía persecutoria" de los españoles, "nuestra exacerbada neurastenia colectiva", que les hace ver insultos y ofensas intolerables donde no hay tal. "Hay que curarse de esa manía de creerse menospreciados por cualquier cosa o por cualquier frase

de cualquier quídam que no significa nada ni entre los suyos".

Por fin, en octubre de 1918, unos días apenas antes del fin de la guerra, Unamuno publica un artículo dedicado específicamente a "Nuestra leyenda negra". En él lamenta la forma en que los ideales del 98 se han desviado en los años posteriores; en vez de crítica y reforma interna, se generó un complejo de persecución que ha alimentado el carácter receloso y xenófobo de los españoles y que no ha hecho sino estancar al país y agravar sus males.

El golpe de 1898 fue terrible, pero no sirvió para que despertase nuestro pueblo, sino para acrecentar su pesadilla. Aquello era el último acto —así le decía al pueblo— de una cospiración [sic] *del mundo entero contra España, a la que desde el siglo* XVI *se le venía persiguiendo. La manía persecutoria colectiva, esa triste vesania que nos ha impedido ingresar de lleno en la sociedad de las democracias civiles, esa frenopática obsesión de que en dondequiera se nos desdeñaba y despreciaba, la sombría quisquillosidad y recelosidad que ha sido nuestra tradición desde hace casi cuatro siglos, esto es lo que se ha cultivado más en España desde 1898 hasta hoy. No se nos ha hablado sino de nuestra leyenda negra, y hablando de ella hemos ido ennegreciéndola más aún y obstinándonos en no ver nuestras faltas.*

El giro de Unamuno, desde luego, era de 180 grados: de España como "la gran calumniada de la historia" a calificar la leyenda negra de "frenopática obsesión". Unamuno, en todo caso, ya no se movería de esta posición: en los años de la dictadura de Primo de Rivera, de-

portado en Formentera o exiliado en Francia, no tendrá empacho en afirmar que "la leyenda negra de la Inquisición es menos negra que la realidad histórica", o despreciar los "aullidos" de la prensa conservadora contra los disidentes como él que supuestamente fomentan la leyenda negra de España con sus ataques al régimen.

Capítulo 4. Nacionalistas y republicanos

Nacionalismo de posguerra

En los años de crisis del régimen de la Restauración, hasta el golpe de Estado de Primo de Rivera, el tema de la leyenda negra se hace cada vez más frecuente. Por un lado, sigue la cantinela de los gobiernos conservadores cuando deben hacer frente a casos de posibles abusos de las fuerzas del orden contra militantes anarquistas o de otro tipo: las protestas del interior y del exterior no son más que leyenda negra antiespañola. En 1917, ante el ciclo de huelgas revolucionarias, "algunos periódicos, los eternos impugnadores de la legendaria 'leyenda negra' —más es lo negro que la leyenda—, han protestado de estas supuestas infamias", se quejaba el socialista Luis Araquistáin. Al año siguiente, ante las acusaciones de torturas a un grupo de obreros de Asturias por militares y guardias civiles, el jefe de gobierno, el conservador Dato, declara: "Los cargos oídos contra el Ejército y la Guardia Civil traspasan las fronteras y levantan la leyenda negra, que repugna a nuestros sentimientos. Llegan también a cerebros perturbados, enfermos, y arman el brazo de seres inconscientes, a cuyas manos ha muerto más de uno de los políticos eminentes. Tales novelas conducen a nuestra nación a la ruina". En 1921, el asesinato del propio Dato por un grupo de anarquistas desencadena una dura represión del movimiento obrero que da lugar a su vez a protestas ante instancias internacionales. En una conferencia internacional celebrada en Gi-

nebra, la denuncia de Largo Caballero encuentra la réplica de un político conservador español, Carlos Cañal, que rechaza "la leyenda negra de la España inquisitorial".

Por otra parte, la leyenda negra "histórica" se convierte en un lugar común del discurso nacionalista español. En abril de 1918, Blanca de los Ríos, en un mensaje al rey Alfonso XIII en nombre de las "damas madrileñas" de cierta Academia Universitaria Católica, proclamaba: "Señor: si la calumniosa 'leyenda negra' que, falsificando nuestro pasado insuperable, osó vincular en nuestra augusta España —la cristianizadora de un continente, la metrópoli de la hidalguía y del espiritualismo— el odioso cuanto falso monopolio de la intolerancia y de la crueldad [...]". La leyenda negra se vincula con la reivindicación de la obra de España en América y alimenta de este modo la ideología hispanoamericanista, rama fundamental del emergente nacionalismo español. La misma Blanca de los Ríos anima, junto a su marido, la revista *Raza Española*, "uno de cuyos propósitos más altos y firmes es la reivindicación de nuestra historia, singularmente de nuestra historia de América, falsificada, muy de intento, por la calumniosa leyenda negra...", según se dice en un editorial de 1920.

Rebatir la leyenda negra se convierte asimismo en una misión de la historiografía académica, especialmente la de tema hispanoamericano. Al término de la guerra mundial se publican las primeras obras impulsadas explícitamente por esta motivación: *La obra de España en América*, del historiador mexicano radicado en España Carlos Pereyra (1920); *La política española en las Indias*, de Jerónimo Bécker (1920), obra que se marca como objetivo "destruir la leyenda negra, forjada en torno

de la acción civilizadora de España en América por los mismos que han escrito las más negras páginas de la Historia de la colonización [...]”. En 1921 se celebra en Sevilla el II Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericanas, cuya aportación es resumida así: “Después de ese Congreso, y sobre todo después de esas conclusiones votadas a una voz y con perfecto acuerdo, la leyenda negra, en lo que se refiere a nuestra actuación en el Nuevo Mundo, ha quedado destruida en lo fundamental [...]”. Más allá del tema americano estricto, Antonio Ballesteros, autor de filiación maurista, reserva en su *Historia de España*, publicada a partir de 1918, amplios capítulos a la génesis de la leyenda negra antiespañola.

La literatura también se hace eco del tema. En octubre de 1914 un poeta andaluz menor, Felipe Cortines y Murube, desarrollaba el tema de la leyenda negra en un poema un tanto estrafalario que pretendía ser una “oración a España”, como si esta fuera Jesucristo:

Sobre mis hombros débiles yo quiero
llevar la carga de tus ignominias [...]
¡Oh, la leyenda negra! Es un Calvario
que te forjó la Europa vengativa:
¡y tus hijos, cobardes, lo sostienen
rompiendo con tu historia, Patria mía!

Y continuaba con un catálogo de gestas de la historia española. No sabemos si el asunto del poema se lo inspiró la lectura del libro de Juderías, recién aparecido.

Otra obra literaria recoge muy bien el clima de opinión en torno a la leyenda negra y la actitualidad que la cuestión había adquirido en esos años. Se trata de una

obra de teatro de los hermanos Álvarez Quintero, con un título que parece ya un eco de la frase de Unamuno: *La calumniada*. Estrenada en 1919, la obra está ambientada en Sevilla, en época contemporánea. Todos los personajes que aparecen en ella se definen en función de su actitud ante la cuestión candente de la leyenda negra española. Así, encontramos a Florencio, un intelectual que escribe en la prensa y para el teatro y que destaca por su visión hipercrítica de la realidad española y por la falta confesada de sensibilidad patriótica: "No siento la tierra nativa —dice—. Jamás me ha conmovido el campanario de mi pueblo cuando he tenido la desgracia de volver a él". Junto a él aparece "Mosié Busón", un francés que viaja por España tomando notas para un futuro libro y que en su español chapurreado no hace más que preguntar dónde está la Inquisición o los bandoleros, las únicas cosas sobre el país que ha aprendido en los libros que circulan en Francia. Frente a ellos están los patriotas. En primer lugar, Jimena, huérfana de un padre de familia de abolengo (se apellida Vélez de León), quien le ha legado una serie de escritos patrióticos gracias a los cuales ella ha descubierto su españolidad: "Soy ahora mucho más española que antes, porque lo soy con plena conciencia. ¡Cuánto de mi patria he aprendido con él! ¡Cuánto ignoramos de ella! ¡Qué calumniada ha sido España!". Y Federico Anderson, un natural de Los Ángeles, hijo de norteamericano y de española y que, tras siete años en España, se siente ya español y está preparando "un libro de ardiente españolismo" sobre los conquistadores de América. Naturalmente, es el pretendiente de la joven patriota.

La intriga refleja la polémica periodística de esos años en torno a la leyenda negra. Jimena señala a Federico

unos artículos en una revista (que luego sabrá que son obra de Florencio) que "contienen todos los lugares comunes, toda la trágica vulgaridad de la leyenda negra; todas las calumnias que en tres siglos de odio y de envidia a España han caído sobre nosotros. Las páginas más bochornosas de la historia de todos los pueblos del mundo le merecen disculpa al articulista; solo las de España son execrables para él". Más adelante Florencio y Anderson se enzarzan en una discusión sobre el valor del patriotismo: Anderson acusa a su rival de mentir conscientemente, y cuando Florencio le pide que lo pruebe, replica:

¡Probado está! [...] Desde Quevedo acá van tres siglos de pruebas. Habla usted de la crueldad de los conquistadores españoles en las Indias, cuando ya la verdad histórica ha desmentido rotundamente esa crueldad. ¡La legislación española en las Indias la quisieran hoy para su honra los pueblos más cultos! Habla usted de que el fanatismo religioso aherrojó el arte en su país, y si me enseña usted arte más libre que el de Lope y Tirso, doblemente libre por ser teatro, yo me dejo cortar esta mano con que voy a contestarle a usted. Habla usted de que no existió la ciencia española, de que la cultura universal nada le debe a España, y se calla pérfidamente que en muchas Universidades del mundo enseñaban maestros españoles. Habla usted de que en las hogueras de la Inquisición morían los pensadores y los sabios, y yo le desafío a que me cite un solo nombre que haga verdad esa negra leyenda.

El desenlace es tan implacable como en una comedia del siglo de oro. Se produce un duelo en el que Anderson mata a Florencio, por la doble calumnia que este ha pro-

ferido: contra Jimena, antigua prometida sobre la que difundió rumores deshonrosos después de que ella rompiera con él, y contra la patria. "¡La mano que se complacía en echar cieno sobre la historia de tu España —declara Anderson a su amada Jimena— ya está crispada y rígida! ¡La boca que propaló que tú fuiste su amante, que sabía del calor de tus besos [...] contraída está ya también por la mueca del silencio eterno!".

Respuestas críticas

Pero no todos sucumbieron a esta moda del nacionalismo estridente y de la denuncia de la leyenda negra. La obra de los hermanos Quintero, sin ir más lejos, además de no ser un éxito de público (casaba mal con la línea costumbrista de su teatro), suscitó muchas críticas por su mensaje ideológico. Ramón Pérez de Ayala, en una reseña, hablaba de una "comedia frustrada, necia y tabarrosa [...] nociva e inmoral". José Escofet, el periodista de *La Vanguardia* que ya refunfuñaba ante el libro de Juderías, escribía tras el estreno de *La calumniada* en Barcelona: "Sería deplorable que el despertar de nuestro amor propio, si en efecto ha despertado, sirviera únicamente para una lucha contra los fantasmas de la difamación, habiendo en España tanto por hacer, después de que hemos dormido una siesta de varios siglos". Araquistáin, en un artículo de 1921, evocaba la "pretenciosa" obra de los Quintero, en la que habían inventado "el tópico de la patria calumniada, que ha ya prendido en la fronda sonora de la oratoria política y será pronto tan lugar común como aquello otro de la leyenda negra. ¿Quién ha calumniado y calumnia a España? No suelen decirlo sus defensores, casi siempre un poco enfermos de

manía persecutoria"; los extranjeros, según Araquistáin, más bien nos tienen lástima, y son los españoles los que hablan peor de otros países.

Otro autor que repudia la idea de la leyenda negra en esos años es Álvaro Alcalá Galiano, un liberal conservador que en 1922 escribía en *ABC* para rechazar la idea de que los países europeos se hubieran conjurado para ignorar la reciente concesión del premio Nobel a Jacinto Benavente: "Yo soy de los que nunca han creído esta leyenda de una liga de intereses creados europeos, minando, a compás de los siglos, nuestro prestigio nacional. Si ha habido leyenda negra sobre nuestro fanatismo religioso y nuestra crueldad ibérica, ella ha durado más por nuestra incultura y nuestra indiferencia en rectificar errores históricos que por los excesos que antaño cometieron nuestros Reyes y caudillos". En el caso de Benavente, lo que hay es una simple falta de sintonía de los europeos con el estilo literario español.

Más allá de estas reacciones de sentido común, la crítica de la leyenda negra, sobre todo por parte de la izquierda, conecta con una corriente de rechazo abierto del nacionalismo conservador. Así lo hace Gabriel Alomar, un escritor mallorquín que puede situarse en una línea de socialismo liberal. En abril de 1921, desde las páginas de *La Libertad*, Alomar se solidariza con la apelación de los anarquistas a la opinión internacional por la represión desencadenada contra ellos tras el asesinato de Dato, y comenta: "Algunos han dicho: 'Se quiere hacer resurgir la leyenda negra; se ofende a España, rebajándola ante el extranjero'". Pero lo patriótico es denunciar las injusticias: "Solidarizar íntima e indisolublemente una nación con su Gobierno es anular todo empuje ideal, todo sentido humano, toda abstracción o idea ge-

neral de justicia". En el mismo periódico, un año más tarde, el mismo Alomar prosigue su denuncia de la táctica de los conservadores de denunciar la supuesta leyenda negra:

¡Ah, el régimen del secreto [...] *de la ficción pseudopatriótica! ¡Ah, la manía gatuna de enterrar las propias inmundicias, para fingir la pulcritud que no tenemos!* [...] *¿No ha sido por uno de esos empeños falsamente patrióticos que hemos dado en llamar "leyenda negra" a lo que debería ser gritado a los cuatro vientos del mundo para manifestarnos capaces de elevación sobre nuestro pasado? Esa obstinación absurda de engañarnos engañando a los demás es la prueba mayor de incapacidad evolutiva, de potencia para engendrar el porvenir más alto que la historia que dejamos atrás.*

Veremos que durante la dictadura de Primo de Rivera, Alomar prosiguió su reflexión sobre el asunto.

Es este el lugar de citar un testimonio literario de particular significación: el de Ramón María del Valle-Inclán en *Luces de bohemia* (1920), contrapunto oportuno de lo que decían los hermanos Quintero en *La calumniada*. El tema de la leyenda negra aparece en dos escenas de la pieza. En la escena 6, Max Estrella, el poeta ciego, es encerrado en un calabozo y encuentra allí a un anarquista catalán, quien le explica que está preso por organizar un motín en la fábrica para no ser enviado a la guerra (de Marruecos). Le dice también que ya sabe qué suerte le espera: ser abatido a tiros por la Guardia Civil en un traslado, pretextando que había intentado fugarse (según la conocida ley de fugas de 1921). El poeta exclama: "¡Bárbaros! [...] Canallas. ¡Y ésos son los que protestan

de la leyenda negra!". En la escena 11 se evoca una huelga obrera que es dispersada por la policía mediante una fusilada; una madre llora desesperada con su hijo pequeño en brazos, muerto de un balazo en la cabeza. "¡Negros fusiles, matadme también con vuestros plomos!", grita. El sereno baja corriendo y explica que un preso ha intentado fugarse (de ahí los tiros; era otro caso de ley de fugas). Entonces Max Estrella dice a su compañero Latino de Hispalis: "La Leyenda Negra, en estos días menguados, es la Historia de España. Nuestra vida es un círculo dantesco. Rabia y vergüenza".

Es evidente que la leyenda negra que evoca Valle-Inclán es la de las polémicas sobre la represión del anarquismo, reavivadas en los años en torno a 1920, en que escribe la obra, con las oleadas de huelgas y luchas callejeras que se extienden por gran parte del país. Se apunta una denuncia amarga contra un régimen que recurre a la violencia brutal y se envuelve luego en un patriotismo autosatisfecho ("¡Ustedes no sienten la Patria!", dice un periodista integrado en el *establishment*); un régimen que cultiva hipócritamente el victimismo, con la denuncia de la supuesta leyenda negra exterior. Pero también hay un punto de ironía en la manera en que Valle-Inclán evoca el lenguaje protestatario de los intelectuales. Cuando los poetas modernistas van a comisaría para reclamar la liberación de Max Estrella, detenido por alborotar en la calle, les falta tiempo para repetir los tópicos de la España negra e inquisitorial: "En España sigue reinando Carlos II", "En España reina siempre Felipe II", "¡Viva la Inquisición!", y el propio Estrella se queja ridículamente tras su fugaz paso por el calabozo: "He sido injustamente detenido, inquisitorialmente torturado. En las muñecas tengo las señales". Es patente la burla

contra el tipo de retórica humanitaria y autocompasiva que se había puesto de moda tras el proceso de Montjuïc. En todo caso, resulta también significativo que las referencias a la leyenda negra aparezcan en dos de las tres escenas añadidas por Valle-Inclán para la edición de la obra en libro en 1924. Quizá sea una reacción frente al uso insistente y descarado que del tema de la leyenda negra hizo el régimen inaugurado un año antes, la dictadura de Primo de Rivera.

La dictadura de Primo de Rivera

El golpe de Estado de Primo de Rivera, en septiembre de 1923, llevó al poder el nacionalismo español que se había ido gestando en los años anteriores. El discurso oficial del régimen se impregnó de un patriotismo estentóreo e intransigente, con el que se debía acompañar una obra de regeneración política y social concebida al modo de la "revolución desde arriba" del maurismo y del regeneracionismo conservador. Uno de los motivos que articularon este discurso nacionalista fue el de la leyenda negra. Lo que hasta entonces había sido una divagación literaria o retórica recibe ahora una traducción política concreta, que se aprecia en tres aspectos: la reafirmación triunfalista de la nación española frente al extranjero, el adoctrinamiento nacionalista y el rechazo de la disidencia intelectual interna.

La reafirmación nacionalista frente al extranjero estuvo presente desde los primeros instantes del régimen. El manifiesto del golpe de septiembre de 1923 decía: "Queremos vivir en paz con todos los pueblos y merecer de ellos para el español hoy la consideración, mañana la admiración por su cultura y virtudes". Ese reconoci-

miento pasaba por eliminar todos aquellos prejuicios e ideas falsas que el extranjero había proyectado sobre el presente y el pasado de España; y para ello había que demostrar que España no era menos que los demás países de Europa en su nivel de desarrollo económico y social.

Primo de Rivera insistió muchas veces en esta cuestión. En abril de 1924, en una alocución radiada (era el primer discurso de un gobernante español por radio, y Primo se asombra y se ufana "ante el aparato de maravillosa invención que ha de recoger mis palabras para difundirlas acaso por el mundo entero"), el dictador se refería a España, "tan difamada por los que la ignoran por la absurda leyenda negra", y proclamaba en su singular estilo: "¡Loor a ti, pueblo español! [...] Hazte bueno; hazte culto; demuestra que sabes amar y que amas a la humanidad, que es concepto bárbaro creer que el extranjero es enemigo. Destruye esa difamación que te presenta como retrógrado cuando más escuelas creas y cuando más trabajas por la cultura; que te presenta como apestado, cuando no hay habitaciones en los hoteles de España para albergar a tantos extranjeros como vienen a visitar tus riquezas artísticas y a gozar de la paz de este país [...]" Primo volvió sobre el tema a menudo. En 1928, por ejemplo, al término de una reunión con representantes de Polonia, Perú, Checoslovaquia y Noruega, pronunció un discurso en el que no faltó un párrafo para "destruir el tópico de la leyenda negra española", según recoge el cronista de *ABC*.

De este modo se puso en marcha una retórica triunfalista con la que se celebraban los éxitos de la modernización del país como un medio para desvanecer la injusta leyenda negra que circulaba en el extranjero. Los periodistas se apuntaron a la tarea. El menorquín Lorenzo

Lafuente Vanrell, desde las páginas de *La Vanguardia*, escribía en 1926: "España va resolviendo ante la expectación del mundo algunos de sus problemas, el primero de ellos el de la disipación de la leyenda negra. ¡Pero es cierto —parece decir la prensa universal— que esos españoles valen algo y sirven para algo! Nosotros mismos, propios fautores, con nuestro pesimismo morboso, de una gran parte de la dolorosa leyenda, hacemos coro a los extranjeros y nos miramos mutuamente con cierto asombro mientras decimos inter nos: ¡pues es verdad que no estamos agotados!".

El mejor ejemplo de esta política triunfalista entendida como propaganda hacia el exterior lo constituyen las exposiciones universales de 1929, en Sevilla y Barcelona. Especialmente la de Sevilla. Planeada desde hacía tiempo por las autoridades locales, en 1925 el régimen asumió su dirección. Al año siguiente el presidente del Comité director, el cordobés José Cruz Conde, miembro del partido primorriverista, explicaba así el objetivo de la Exposición: "Hemos de tener en cuenta el objetivo espiritual de la Exposición. Con ella se librará a España de la leyenda negra urdida por las naciones que así se vengaron de la hegemonía que la nuestra alcanzó en los siglos XV y XVI. Cuando se abran las puertas de la Exposición al mundo entero, quienes vengan en busca de guitarras y panderetas hallarán el fruto del trabajo y la honradez. Los bailes y las canciones quedarán para nuestra intimidad. Lo ostensible serán las máquinas". Inaugurada la muestra, el embajador español en Londres, Merry del Val, declaraba: "Todo lo que pedimos es que se nos trate como merecemos. Acabe ya la leyenda negra que parece envolver a España en algunos sectores del extranjero". Y en la prensa española se celebró como un gran éxito el

titular de un periódico británico que rezaba, a propósito de la doble exposición: "España triunfa de la leyenda negra". El periodista y novelista Rafael Sánchez Mazas, recién vuelto de su estancia como corresponsal de *ABC* en la Italia fascista, elogió las exposiciones de Sevilla y Barcelona como ejemplo de lo que debía ser la "propaganda total", el "potente órgano de propaganda" de un Estado moderno. Sánchez Mazas se había percatado de la importancia de la propaganda en la Italia de Mussolini, y señalaba que era especialmente necesaria en España para restañar la herida nacional de la leyenda negra: "Somos, no desde ayer, sino desde siglos, la nación más injuriada y depredada por un escandaloso cerco de ofensivas campañas". Por ello afirmaba que, además de un fin económico (la promoción del turismo, por ejemplo), "nuestra propaganda [...] tiene también el objetivo de reparar en el extranjero los daños causados por una larga época de desconocimiento de España y de leyenda negra".

Crear ciudadanos nacionalistas

Como observaba el propio Sánchez Mazas, la propaganda no se dirigía solo hacia el exterior, sino también —o fundamentalmente— hacia los ciudadanos del país. El régimen de Primo de Rivera puso en marcha una importante empresa de extensión del nacionalismo entre los ciudadanos, a través de la educación y los diferentes medios de comunicación, y el tema de la leyenda negra estuvo muy presente en ese empeño. En la educación, se reforzó la asignatura de historia nacional, y en ella se reserva expresamente un capítulo para la cuestión de la leyenda negra. Dos manuales publicados en 1928, compuestos por Juan Francisco Yela Utrillo y Gabriel María

Vergara Martín, respectivamente, concluyen con una exposición del tema. El segundo, bajo el título "La leyenda negra antiespañola: sus causas y desarrollo", empieza: "La leyenda negra, en lo que a España se refiere, no es otra cosa que el ambiente creado en el extranjero en contra de nuestro país, valiéndose para ello de relatos fantásticos [...]". Sabemos que el infante don Juan de Borbón, en 1929, siendo estudiante del Instituto San Isidro, debió desarrollar en un examen la siguiente cuestión: "La leyenda negra antiespañolista: sus causas y efectos".

La prensa oficialista abunda también en el tema. En 1927, por ejemplo, *ABC* encarga a uno de sus colaboradores, Gregorio García-Arista, una serie de artículos divulgativos sobre la historia de la leyenda negra. El periodista emplea el tono de rigor al emprender "esta patriótica labor de desentrañar las supercherías inventadas para difamar y hundir a España", de denunciar "la conjura europea que se había armado contra nosotros", "la monstruosa y jamás vista conspiración para difamar a un pueblo", y va explicando el papel de las Casas o de los autores liberales del siglo XIX en la difusión de esa leyenda negra, "la Gran Calumnia", hoy felizmente "ya muerta, aniquilada y pulverizada por imparciales y concienzudos historiógrafos extranjeros y los más prestigiosos de los nacionales".

La leyenda negra es también un tema habitual en uno de los medios de adoctrinamiento nacionalista más promovidos por el régimen del Directorio: las conferencias. A partir de 1926 se organizaron "conferencias dominicales" para la población que vivía fuera de las grandes ciudades. Un joven estudiante barcelonés, Joaquín Coll, dio una en 1926 en un pequeño pueblo gerundense, Bor-

dils, bajo el título "La leyenda negra española"; un corresponsal de *La Vanguardia* la reseñó así:

El aventajado alumno de la Facultad de Derecho de Barcelona expuso el hecho histórico de la decadencia española, fustigando los errores cometidos por hispanófobos que pretenden con marcada malevolencia ridiculizar el cuadro de una España que ha sido grande y lo es por hechos patentes en el libro de la Historia. Terminó la conferencia cantando el conferenciante un hermoso y elevado himno a la Patria. Asistieron las autoridades y público numeroso en lo que de cabida tenía la sala de la escuela nacional de niños. El joven Coll fue muy aplaudido.

Dos años después es un capellán del ejército, Jover Mira, quien habla en Barcelona sobre "La leyenda negra", y también cosecha a su término "calurosas y efusivas felicitaciones". En Madrid, las instituciones oficiales acogen intervenciones sobre el mismo asunto. Por ejemplo, la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación celebra en 1927 el centenario del nacimiento de Felipe II con un ciclo de conferencias que es inaugurado por Antonio Goicoechea con una refutación de la leyenda negra, según él originada por el resentimiento de otros pueblos ante "la originalidad de nuestro carácter" y la hegemonía del imperio filipino.

Gran número de este tipo de conferencias estuvieron centradas en un aspecto concreto de la leyenda negra, el de la conquista de América. *La Vanguardia* reseña varias. En 1927 el R.P. Girvés habló en Barcelona sobre "La leyenda negra: su influencia en la América española"; también él "terminó cantando en florida prosa un

himno de vibrante optimismo al porvenir de la raza y a su leyenda de oro", refiere el cronista, que añade: "A continuación, el doctor Pérez Agudo, después de rendir al docto conferenciante el merecido elogio por su notable disertación, afirmó la persistencia de la leyenda negra bajo variados aspectos en nuestros días, y la necesidad de reaccionar enérgicamente contra ella". Eduardo Pérez Agudo era catedrático de geografía en la Universidad de Barcelona y veremos que en los años siguientes se convertiría él mismo en un asiduo propagandista en la materia. Dos años después, se celebra en la Universidad de Barcelona el acto de ingreso de un nuevo miembro de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Cádiz; se trata de Manuel Tejido, teniente coronel de la guardia civil destacado en la capital catalana, quien, según resumen de *La Vanguardia*, "dio lectura a un documentadísimo discurso, desvaneciendo la leyenda negra forjada alrededor de nuestras empresas colonizadoras en el Nuevo Mundo, a cuyos territorios llevamos nuestra civilización y nuestra cultura". De nuevo le responde el catedrático Pérez Agudo.

El efecto de todo este despliegue adoctrinador debió de ser limitado, pero no dejó de conseguir algunas "conversiones" entre los ciudadanos de a pie. Un reflejo literario de ello se encuentra en un cuento de Concha Espina publicado en 1928, en el que aparece un personaje que encarna las actitudes nacionalistas del régimen: "Don Matías era lo que se dice un verdadero patriota. Su tema favorito era la 'leyenda negra', y no faltaba quien llamase doña Leyenda a su esposa [...]".

Leyenda negra e intelectuales traidores

El cultivo de la leyenda negra en la propaganda primorriverista se explica también por otro factor: por el modo en que podía utilizarse para señalar acusadoramente al opositor interno, al "traidor" que desde el interior del país contribuía a que en el extranjero se formara una imagen negativa de España. Estas acusaciones se habían formulado ya durante la polémica por la ejecución de Ferrer, y era algo que estaba en la raíz de todo el planteamiento de Juderías sobre la leyenda negra y, más en general, de las críticas contra el hipercriticismo de la generación del 98 y toda forma de "pesimismo" antipatriótico. Bajo Primo de Rivera, de las palabras se pasa a los hechos, y desde el poder se lanza una campaña abierta contra los intelectuales de oposición, tildados de antipatriotas y condenados al silencio o al exilio. Unamuno en particular, de vuelta a sus posiciones liberales, se convierte en la bestia negra del régimen.

La descalificación de estos disidentes como cómplices de la leyenda negra difundida desde el extranjero parte del propio dictador. Por ejemplo, en 1924, en el discurso antes mencionado, Primo renegaba de "la absurda leyenda negra en la que con tanta ignorancia colaboran a menudo, ¡vergüenza da decirlo! algunos españoles que por pasión, soberbia o fatuidad de sabiduría, según ellos incomprendida, no vacilan ante la difamación y el ultraje a la madre patria". Otros la emprenden con la generación del 98, que, según el periodista Víctor Ruiz Albéniz ("Juan de España", *La situación en Marruecos*, 1926), "no había cumplido bastante enérgicamente con el deber de desmentir la calumniosa Leyenda negra que algunos escritores extranjeros pretendían hacer pesar sobre España" y había demostrado una "actitud antipatriótica".

El dramaturgo Jacinto Benavente ofrece un pronunciamiento similar. Antes de la guerra mundial había dedicado algún artículo al tema de la leyenda negra, de tono más bien autocrítico, en el que se dolía de las censuras del exterior, pero reconocía que no carecían de fundamento; afirmaba que “esa negra leyenda está fundamentada en nuestro carácter”, violento e intolerante, y que lo había que hacer era, “antes de protestar y de indignarnos [...] un buen examen de conciencia” (*De sobremesa*, IV). Sin embargo, la guerra mundial lo convirtió en un germanófilo y un conservador a ultranza, y en 1923 se apresuró a adherirse al golpe de Estado de Primo. De esta forma, en 1924, en un discurso en el Ayuntamiento de Madrid, despotrica contra los intelectuales de oposición, “que se complacen en denigrar a España ante los extranjeros, los que contribuyen a la leyenda española”.

La nómina de los que cultivan el tema en esos años es larga. Hasta el arzobispo de Santiago se acordaba del asunto en su homilía del día del patrón de España de 1930: “Los enemigos están dentro y fuera de España, y son aquellos que forjaron la leyenda negra”. Antonio Goicoechea, en un libro de 1925, incluye un capítulo sobre “Blasco Ibáñez y la leyenda negra”, en el que descalifica un reciente panfleto del novelista valenciano contra Alfonso XIII como un ataque contra España al modo de la clásica leyenda negra; Blasco sería “un Antonio Pérez del siglo XX [...]”.

Los ataques de este tipo alcanzaron extremos de gran violencia. El filólogo aragonés Julio Cejador, individuo bastante atrabiliario que se granjeó muchos enemigos entre sus pares, publicó en 1925 un libro de texto supuestamente destinado a los niños: *Tierra y alma espa-*

ñola. Al final se incluía un capítulo final en el que Cejador se desahogaba contra "los intelectuales" y otros antipatriotas en términos amenazadores:

Intrigantes y vividores, interesados y malos gobernantes, traidores separatistas, pasan por encima de ella [España] *y la acocean despiadadamente. Hasta algunos de sus hijos, que se llaman a sí mismos intelectuales, desahogan contra ella no sé qué veneno que trajeron de sus viajes por Europa, la llenan de vituperios e injurias, le repiten en todos los tonos la leyenda negra inventada por sus enemigos, le echan en cara su crueldad, su pereza, su ignorancia en los tiempos pasados y en los presentes, convierten sus glorias unas en leyendas, otras en horrores de un pueblo cruel, reaccionario, torpe y oscurantista, enemigo de la libertad y de la cultura, incapaz para colonizar y envuelto en burdas supersticiones, grosero, hambrón, harapiento y sucio, que nada supo hacer por la humanidad y merecedor de que la historia no le tenga en cuenta.*

Más violento aún es José María Albiñana. Médico valenciano, durante un tiempo estuvo adherido al liberalismo regeneracionista, pero al emigrar a México en 1921 terminó convirtiéndose en un nacionalista español furibundo, según él a causa del impacto que le produjo el discurso antiespañol dominante en su país de acogida, en unos años en que estaba en pleno auge el indigenismo revolucionario y se había difundido una visión particularmente negativa de la conquista española y de Hernán Cortés. Expulsado de México en 1928, vuelve a Madrid y busca el favor del régimen primorriverista con una serie de escritos nacionalistas en los que no duda en convocar el motivo de la leyenda negra. En una conferencia

de 1929 dedicada a la fuerza militar española bajo los Austrias, Albiñana concluye hablando "contra los calumniadores de la actuación hispánica y contra los propaladores de la leyenda negra de intolerancia y fanatismo". La descomposición de régimen primorriverista no hace sino acentuar su radicalismo. En 1930 publica un *Manifiesto por la honra de España*, acto previo a la fundación de su Partido Nacionalista Español. El manifiesto está suscitado por la invitación cursada por el Ateneo de Madrid a Unamuno para que dé una conferencia. Para Albiñana, Unamuno es "un neurótico peligroso que, fingiendo un ridículo martirio, ha coadyuvado a resucitar en el extranjero la leyenda negra que mancha la honra de todos los españoles", que ha estado "en contacto con todos los difamadores de nuestra España, intangible y sagrada".

La oposición bajo la dictadura

El bombardeo propagandístico en torno al tema de la leyenda negra no dejó de provocar respuestas críticas, prolongación de las que ya vimos en la década de 1910. Algunas de ellas siguen siendo protestas del sentido común contra las exageraciones y la banalidad del discurso antilegendista. Gómez de Baquero, en los artículos que publica en diarios de oposición, sigue con su postura de escepticismo y de tranquila reconvención. En 1924, a propósito del centenario de la batalla de Ayacucho (decisiva victoria de Bolívar sobre el ejército español, en 1824, que ninguna autoridad española parece tener interés en recordar), observa: "Más que la leyenda negra nos daña el afán apologético que a veces deforma las enseñanzas de la Historia. Los gritos que lanzamos contra

las leyendas se parecen a las voces del que, caminando en la obscuridad de la noche con ánimo medroso, canta para ahuyentar fantasmas". Y tres años más tarde: "Los españoles nos quejamos de la leyenda negra, que desfigura o afea nuestro pasado, pero no hemos llegado a comprender que, si la apología y defensa de España es natural y legítima, no es menos útil investigar con serenidad los motivos de esa leyenda y suprimir las razones y pretextos que puedan prolongarla y darle autoridad. Bien está refutar la leyenda negra en los libros, mas hay también que extirpar los residuos y supervivencias de la historia negra [...]".

El filólogo Américo Castro, en un artículo de 1925, también insiste en lo que la leyenda negra tiene de autosugestión victimista. Según Castro, la leyenda negra no es un producto extranjero, sino que "nació y creció, antes que en otra parte, en la misma España". Y añade: "Los españoles se preocupan con exceso de las habladurías internacionales. Todos los países poseen su ración de leyenda negra". Con el pretexto necio de que "la ropa sucia se lava en casa", la leyenda negra solo sirve para fingir indignación y negarse a reformar lo que está mal en el país.

Ramón Pérez de Ayala desarrolla una crítica más severa. En 1927 publica un artículo específicamente dedicado a la leyenda negra, en el que muestra su hastío por el tema. Como ya hiciera Unamuno, Pérez de Ayala ve en la leyenda negra el signo de un vicio de carácter nacional: "Esta suspicacia y vidriosidad nuestras denotan una falta de aplomo nacional, de firme conciencia colectiva [...]". Hablar incesantemente de la leyenda negra, de buena o de mala fe ("de esto no se sabe de cierto"), es indicativo de lo que denomina provincianismo español:

"Aldeanismo", "palurdismo". Reyes ingleses como Enrique VIII fueron objeto de críticas tan furibundas o más que las que sufrió su contemporáneo Felipe II, "pero a los ingleses no les ha pasado por la cabeza lamentarse de una leyenda negra fabricada por los extranjeros, por envidia y odio a Inglaterra". Su conclusión es lapidaria: "Total: palurdismo".

Todos estos autores desarrollan una labor de crítica, de desmitificación de la ideología nacionalista de la leyenda negra. Pero junto a ello se difunde en esos años, en los medios de oposición a la dictadura, el conocido contramito de la España negra, la creencia en la existencia efectiva de una tradición oscurantista española que se remontaría hasta Felipe II y la Inquisición y cuya última encarnación sería la dictadura de Primo de Rivera. Era un tema clásico, y acabamos de ver que Gómez de Baquero lo evocaba cuando proponía hablar menos de leyenda negra y "extirpar los residuos y supervivencias de la historia negra". Otros autores van más allá de vestigios y supervivencias y plantean una lucha dramática entre tradición y progreso, entre la España negra y la España del futuro. La leyenda negra no es una difamación del extranjero, sino una realidad histórica indudable, la de una España reaccionaria tan enrocada como siempre y contra la que había que librar un combate revolucionario definitivo.

Así lo formuló Gabriel Alomar en los interesantes artículos que publica en la prensa de oposición de la década de 1920, prolongación de los que escribiera en años anteriores. En varios de ellos protesta contra el historicismo nacionalista del régimen y su manía de denunciar una supuesta leyenda negra fabricada en el extranjero. En 1925, a propósito de la celebración oficial del Día de

la Raza, se alzaba contra “los que se llenan la boca, fatuamente, con los tópicos de una historia violentamente transfigurada, y quieren aunar la admiración por la vieja brutalidad heroica con la anulación de la que ellos llaman leyenda negra”. En 1927, a propósito de la celebración del centenario de Felipe II, denuncia el culto oficial a ese monarca, ejemplo de la “leyenda de oro” que denunciara Pardo Bazán y que es ahora tan dañina como entonces. Esos mismos propagandistas repudian la leyenda negra, pero esta es “demasiado real”. Y aquí Alomar identifica esta leyenda negra real, la España negra, con la figura de Felipe II: “¡Leyenda negra! Sin duda Felipe II es la viva forma de esa siniestra estilización, que podrá recargar las tintas y acentuar los rasgos materiales, pero es, innegablemente, la emanación poderosa de toda una época, que irradia todavía sobre nosotros como un modelo ofrecido a la admiración de los educandos y al panegírico de la retórica oficial”. Veremos que otros autores denunciarán como Alomar el peso que el modelo histórico de Felipe II, el “filipismo”, como lo denominará Fidelino de Figueiredo, tenía en la mentalidad colectiva española contemporánea.

En un artículo de diciembre de 1930, “La conciencia universal”, Alomar amplía su reflexión. Ve la historia universal como una pugna entre el universalismo y el particularismo, entre el liberalismo que emancipa al género humano y el nacionalismo intolerante y al servicio de los intereses de la clase dominante. Ese conflicto ha alentado las grandes revoluciones de la historia: la Grecia y la Roma clásica, el cristianismo, la Francia de 1789… España, en cambio —dice el autor mallorquín, retomando la idea de la historiografía liberal del siglo XIX —, se ha mantenido al margen de esa evolución, como

aberrante excepción al progreso del mundo occidental. "La gran tragedia española consiste en que no ha sabido desbordar sobre el mundo un gran ideal de solidaridad" cuando tuvo la oportunidad de hacerlo, en el siglo xvi, "y en cambio ha representado el máximo baluarte de secesión y de intransigencia persecutoria". "Ahí está la verdadera y amarga realidad de la leyenda negra. ¿Por qué creernos víctimas de un delirio persecutorio cuando todavía nuestras extremas formas nacionalistas se traducen en la máxima xenofobia espiritual?". Pero el autor intuye que está próximo el momento en que España podrá clausurar ese pasado y fundirse por fin en la "conciencia universal", creando las condiciones de la democracia, los derechos cívicos y la justicia social.

Vemos cómo Alomar, en vísperas de la proclamación de la República, recupera el esquema histórico "progresista", la idea de un conflicto secular entre reacción y progreso que habrá de desembocar en una inminente liberación. Un planteamiento similar encontramos en Manuel Azaña, solo que constreñido a los límites de la historia nacional. En su pensamiento de la década de 1920, Azaña retoma la idea de una tradición histórica liberal y popular, la de los concejos medievales o los comuneros, que ha alimentado los diferentes conatos revolucionarios del siglo xix y de su propia época (lo desarrolla en unas brillantes páginas de su estudio sobre *El Idearium de Ganivet*, de 1930). Enfrente estaba la España negra de siempre, lo que él llama "tradicionalismo", "ese tradicionalismo analfabeto, el más cerrado, el más pétreo de cuantos movimientos regresivos han surgido en la historia". Pero Azaña contempla este combate clásico entre progreso y reacción según una perspectiva singular. El dominio de la España negra no se reduce al que ejerce

una casta, unas minorías privilegiadas, sobre el pueblo español en un periodo determinado. Ese dominio constituye también una ideología que se habría perpetuado a lo largo de la historia y habría mantenido al pueblo durante siglos "dominado", "prisionero", "aturdido". Azaña habla de "una propaganda feroz que dura ya cuatro siglos", y también: "España es víctima de una doctrina elaborada hace cuatro siglos en defensa y propaganda de la monarquía católica imperialista, sobrepuesta con el rigor de las armas al impulso espontáneo del pueblo". Con ello Azaña entendía sin duda elementos "institucionales" precisos: el principio monárquico, el catolicismo tridentino, el peso de la aristocracia, y otros más de personalidad o "valores". Pero el resorte crucial, en su opinión, de ese dominio de los grupos reaccionarios era de tipo ideológico: la patrimonialización de la identidad española a través del control de su historia ("los dueños de España, que administran su historia", decía en 1923). De ahí que la revolución que se estaba gestando no fuera tan solo un cambio de régimen, ni una etapa en un proceso político ascendente, sino una liberación contra ese dominio de la historia, una "emancipación de la historia". De esta forma se planteaba de nuevo una confrontación entre dos bandos ideológicos que se definían por su actitud ante la historia propia: la de quienes se identifican (o son identificados) con una tradición nacional única y excluyente (la de la España negra), y la de quienes rechazan en bloque esa tradición y parecen negar sin más la historia, la historia de España.

La mejor exposición de este cisma ideológico la encontramos en un ensayo de un autor portugués, Fidelino de Figueiredo, compuesto poco después de la proclamación de la República española y traducido enseguida al

castellano. *Las dos Españas*, tal es el título del libro, hablaba también del peso de la historia en el presente de España, un fenómeno que arrancaba de tiempos de Felipe II, cuando se elaboró la ideología que durante siglos había determinado la visión que de sí mismos tenían los españoles. Felipe II, según Figueiredo, fue el forjador de la nacionalidad española, que asentó sobre valores de intransigencia religiosa y uniformidad castellanista, y esa "filipización" de España ha pervivido como modelo español por excelencia hasta la actualidad. Pero ello ha tenido un precio: la división ideológica de los españoles, la emergencia de "dos Españas". Figueiredo sitúa el origen de esta división en los siglos XVII y XVIII, el periodo en que se constata el fracaso del Imperio filipino. Las potencias extranjeras victoriosas desarrollan entonces la "leyenda negra" antiespañola y la visión de España como un país en "decadencia". Es al verse los españoles confrontados a estas críticas cuando se produce la escisión, entre aquellos que asumen la visión negativa de su propia historia y los que persisten en identificarse con la tradición filipina. (Se ve, pues, que Figueiredo integra el tema moderno de la leyenda negra, en la línea de Juderías, a quien sin embargo consideraba como un autor "tradicionalista"). Quebrada así la "unidad moral" de los españoles, en lo sucesivo la política del país se plantea como un choque radical entre proyectos que se identifican por su visión respectiva de la historia nacional, y en particular de la figura de Felipe II, y así, frente a la voluntad de "refilipización" de Alfonso XIII, la izquierda contemporánea plantea una "desfilipización", la liquidación de la memoria histórica que durante siglos había dominado la mentalidad de los españoles. Tal sería el sentido del nuevo Estado republicano. Figueiredo, sin embargo, viendo

en la proclamación de la República una revuelta de "la Inteligencia", apela a abandonar las actitudes revanchistas y a buscar una nueva síntesis, un proyecto común que pudiera integrar las dos grandes sensibilidades en disputa.

La República

Lo cierto es que estos buenos deseos del ensayista portugués no se cumplieron y durante la República la confrontación entre las "dos Españas", el choque entre el tradicionalismo "filipista" y el utopismo republicano mantuvo toda su intensidad. En el discurso de la izquierda republicana, la idea de la España negra se convierte en un lugar común. Por ejemplo, Luis Araquistáin, en la revista *Leviatán*, hablaba de la "España feudal", de "ese carácter feudal, estacionario, incapaz de toda evolución, de las castas monárquicas", de "veinte siglos de catolicismo animista", y aludía a "un país de la tradición inquisitorial que tiene España [...]" y "los medievales sepulcros teocráticos" [...].

Las referencias a la leyenda negra siguen esa misma tónica de beligerancia ideológica. Para los publicistas de izquierdas, la leyenda negra, lejos de ser una propaganda extranjera malintencionada, correspondía a una realidad de ayer y de hoy, a la España autoritaria e intolerante, frente a la que había que reivindicar la España liberal y laica. Así hacía el periodista valenciano Arturo Perucho en 1933: "Hay que acabar con esa farsa derechista y reaccionaria; hay que desvanecer la leyenda negra que envuelve el nombre de España para que resplandezca la verdad y el mundo sepa que tenemos una tradición civil y laica, que es la gloria más legítima de nuestra Historia

nacional". Durante el bienio radical-cedista este tipo de referencias se multiplicarán, en respuesta, entre otras cosas, a la reanimación de la ideología conservadora de la leyenda negra que veremos en el siguiente capítulo. Alardo Prats publica en marzo de 1935 un artículo, "La eterna cuestión de la leyenda negra", en el que se subleva contra "ese estrépito patriotero", "esta especie de histerismo" que vuelven a promover los partidos y la prensa conservadora, y afirma que si hay leyenda negra por algo será. Lo mismo manifiesta Augusto Vivero en otro artículo aparecido en el mismo momento, "En torno de la leyenda negra": "No todo es 'leyenda negra' —afirma—. Tenemos una 'historia negra', no solo mayor que la leyenda consabida, sino demostrable y demostrada de manera documental", y pasa a enumerar los hitos de esta historia negra española: la Inquisición y Felipe II, la aristocracia abusiva, la tortura abolida por las Cortes de Cádiz, la represión de la Mano Negra y Montjuïc, el aplastamiento de la revolución de 1934… El gobierno conservador radical-cedista se convertía así en un eslabón más de la historia negra española. No es extraño que al término de este periodo se hablara de "estos dos años de reacción fernandina, de inquisición" (Max Aub) o, simplemente, de "bienio negro".

Las elecciones de febrero de 1936 se plantearon como una reedición de la revolución democrática de 1931, como una victoria sobre la España negra. Un diario republicano incluía en vísperas de las elecciones el siguiente aviso: "pueblo español: tus seculares enemigos, para seguir explotándote a sus anchas, te enseñan desde la escuela una falsa Historia, y luego calumnian a la verdadera (que es la que nosotros te enseñamos) llamándola leyenda negra y calificándola de inmunda. Comprobare-

mos que la leyenda negra es la verdad histórica y que no viene de Moscú ni del judaísmo, sino que mana de los documentos oficiales de la Monarquía española". El mismo motivo operó durante la guerra civil. La anarquista Federica Montseny declaraba a principios de 1937: "La España de la leyenda negra no permitía el conocimiento de la España auténtica, de la España del proletariado, de la Inteligencia y del trabajo abnegado y progresivo". Y en 1937, Salvador Cánovas Cervantes, en un opúsculo de propaganda obrerista, afirmaba: "[Las derechas] una vez más demostraron su morbosidad vesánica y la pervertida educación que ha proyectado, sobre la vida española, la deshonrosa leyenda negra que nos apartó durante siglos del concierto de las naciones civilizadas [...]".

Capítulo 5. Ultraderecha y franquismo

La derecha bajo la República

A la llegada de la Segunda República, el discurso nacionalista conservador, en su conjunto, quedó descolocado, acosado incluso por la legislación republicana. Se marca una pausa en la beligerancia propagandística que había impuesto Primo de Rivera, y ello se refleja en que las menciones a la leyenda negra se hacen menos habituales en la prensa. Pero poco a poco la situación va cambiando, y al entrar en el bienio radical-cedista (1933-1935) el tema vuelve a hacerse frecuente. La prensa conservadora —*ABC*, *El Debate*, *La Época*, *El Siglo Futuro*, *La Voz*— entona la cantinela habitual sobre la leyenda negra, si acaso en un tono más ácido y agresivo, evocando "la leyenda negra formada [...] por la extranjería judío-protestante", la "inmensa calumnia convertida en lugar común [que] ha crucificado a España ante el concepto de Europa con merma enorme de su prestigio y de sus intereses", "la fétida 'leyenda negra'"... La revista *Acción Española*, órgano de la derecha católica antirrepublicana en el que aparecía la última expresión citada, fue fundada precisamente para "rehabilitarnos [...] de la leyenda *negra* fomentada por judíos y masones contra España", como recordaba en diciembre de 1933, primer aniversario de la publicación, Álvaro Alcalá Galiano, el mismo que en 1922 se mostraba escéptico sobre el tema.

En los meses del bienio conservador parece como si se volviera en esta cuestión a los tiempos de la dictadura.

Historiadores académicos refutan la leyenda negra de Felipe II o de la conquista de América (Constantino Bayle, *España en Indias*, 1934). Un comandante escribe un librito divulgativo para refutar la odiosa leyenda (Rafael del Solar, 1933). Se anuncian conferencias sobre "La leyenda negra de nuestra historia" (Serrano Jover, 1932) o para reivindicar la ciencia española frente a la leyenda negra (anuncio en *La Lectura Dominical*, diciembre de 1933). En Barcelona, en abril de 1934, el periodista Manuel Rubio Cambronero diserta ante la Unión Alemana de Empleados de Comercio sobre las "Siluetas de la pasada España"; según el cronista de *La Vanguardia*, "todos los razonamientos que expuso fueron encaminados a desvanecer la leyenda negra que sobre España pesa". José María Pemán, en una conferencia sobre el cardenal Cisneros (1935), también "tuvo frases duras para la leyenda negra que se ha forjado siempre para combatir lo más generoso y valiente de nuestra vida nacional". El historiador argentino Roberto Levillier, a principios de 1935, pronuncia una serie de conferencias en Madrid dedicadas a rebatir la leyenda negra que obtienen amplio eco en la prensa.

Se piensa incluso en un tipo de acción de propaganda semejante al que se ensayó durante la dictadura de Primo de Rivera. A principios de 1935, el gobierno radical-cedista auspicia un nuevo organismo, el Patronato de Propaganda Española, integrado por cinco políticos y escritores (entre ellos Lerroux y Benavente). Su finalidad era, mediante exposiciones artísticas y otras iniciativas parecidas, "dar a conocer fuera de nuestro país los valores espirituales y materiales de España", y se esperaba "que la opinión pública sabrá secundar su labor en el exterior, que tenderá a que desaparezca la leyenda negra

que pesa sobre España y crear un ambiente internacional favorable a nuestros intereses".

Esta última iniciativa se produce en el contexto de una polémica que de algún modo reproduce la de 1909. La revolución de octubre de 1934, en efecto, trajo consigo, además de la intervención militar inmediata, una represión posterior muy dura, con arrestos masivos, cierre de las Cortes, censura de la prensa y cierto número de condenas a muerte que exigía como escarmiento la CEDA, el partido conservador asociado al gobierno de Lerroux, lo que suscitó fuertes críticas en el extranjero. Se planteaba, pues, un amago de nueva ferrerada, de resurrección de la "leyenda negra" de siempre. Así al menos lo interpretó la prensa conservadora española, en la que, en las semanas siguientes, se prodigan los artículos sobre "la 'leyenda negra' forjada a extramuros de España [...] estas campañas difamatorias [...]" (*Diario de Alicante*, 9 de diciembre); "La leyenda negra vuelve otra vez con su conocida táctica y su reprobable descoco. Desde el extranjero se nos calumnia [...]" (*El Siglo Futuro*, 15 de diciembre). No falta tampoco la denuncia a los "traidores", los republicanos españoles que escriben artículos críticos en el extranjero, como Fernando de los Ríos o Azaña...

El propio gobierno decide responder a las críticas del exterior. El ministro de Gobernación, Eloy Vaquero, declaraba a la prensa el 8 de noviembre de 1934: "Sí, se ve que hay gentes interesadas en crear una nueva leyenda negra de España en el extranjero". Y es este mismo ministro quien impulsa la publicación de un folleto, *La revolución de octubre en España*, en el que da su versión de lo sucedido en Cataluña y Asturias, y que va precedido por un prólogo titulado "La leyenda negra destruida

por la historia". En esas páginas puede leerse: "De antiguo España, gran nación civilizadora, cuyo espíritu universal y cuyo sentido de la fraternidad humana no necesita demostraciones, es objeto de campañas turbias, que florecen cada vez que nuestro gran pueblo da un paso hacia adelante". El autor del texto (no sabemos si el propio ministro, Eloy Vaquero, que era poeta, dramaturgo y aficionado a la historia) se refiere a la gesta de la conquista de América, "envidiosamente desfigurada para presentarla al mundo como un episodio de crimen, bandidaje, codicia material y avidez de oro", y se felicita por el trabajo de rectificación realizado por historiadores españoles y extranjeros en los tres decenios pasados: "Centenares de volúmenes se han escrito durante los últimos treinta años por las Universidades y Centros de Europa y América, que han elevado el nombre de España como nación superliberal y civilizadora, a una altura que solo Atenas y Roma han alcanzado en la historia del mundo occidental". Todo ello justifica la réplica del gobierno a esta "nueva campaña antiespañola", que amenaza con liquidar los esfuerzos recientes del país por incorporarse de pleno al concierto de naciones civilizadas. "España [...] declara no estar dispuesta nunca más a ser objeto de agresiones escritas o agresiones orales de los aventureros [...]"

Esta protesta oficial del gobierno estaba formulada desde presupuestos liberales y republicanos. Pero lo cierto es que el motivo de la leyenda negra, tal como se manejaba en la prensa conservadora de esos años, se había incrustado en un discurso ultranacionalista y ultraderechista, equiparable al de otros movimientos de derecha radical europea en esos años. Por ello, aspectos del motivo de la leyenda negra presentes desde sus inicios ahora

se acentúan y se exacerban. El grupo formado en torno a la revista *Acción Española*, que reunía a una parte importante de la intelectualidad católica conservadora del momento, será uno de los más activos en esta reformulación del tema.

En el discurso contrarrevolucionario de este grupo, se parte de la idea de una civilización europea cristiana corrompida por el espíritu revolucionario y racionalista, ya desde la Reforma, pero sobre todo como efecto de la Ilustración y la Revolución francesa, origen de la desviación política y cultural en que Occidente está sumido. España desempeñaba en este conflicto de civilización un papel central. Como máxima representante de la civilización cristiana en los siglos XVI y XVII, había sufrido luego críticas feroces por los enemigos de esa tradición. Tal sería la razón de ser de la leyenda negra antiespañola, según explica Pedro Sáinz Rodríguez en las páginas de *Acción Española*. El origen de la leyenda se situaría realmente en el siglo XVIII, y sería un efecto de la ideología enciclopedista; España no era ya entonces una gran potencia, pero, según Sáinz Rodríguez, había que seguir atacándola puesto que "España era un vivo ejemplo histórico de la creación de una gran cultura católica, y como los ideales enciclopedistas arrancaban, entre otras cosas, de la incompatibilidad entre la fe y la ciencia, España, que había mostrado con su ideal misionero cómo se pueden crear civilizaciones poniendo todas las energías al servicio de una concepción sobrenatural, era una lección que había que desacreditar por todos los medios".

Asimismo, la leyenda negra se presenta como un virus, un contagio oculto que corrompe el alma de los españoles. Así, Maeztu se refería en enero de 1936 a "aquella

'leyenda negra' que acabó por meterse en el alma de España, envenenándonos a los españoles con la idea de que no teníamos razón ante el mundo". Se la ve igualmente como una conjura siniestra, y aquí aparece el tópico de la "conspiración judeomasónica", tema elaborado por el pensamiento ultraderechista europeo en las décadas anteriores y que el ultranacionalista español José María Albiñana relaciona con la leyenda negra: "Existe un *soviet* masónico encargado de deshonrar a España ante el mundo, resucitando la leyenda negra y otras infamias fraguadas por los eternos y escondidos enemigos de nuestra Patria", escribía en su *Manifiesto por la honra de España*, de 1930, y no dejará de repetirlo en sus violentos discursos en los años de la República.

El motivo también se asoció a la particular forma de imperialismo que la ultraderecha española, siguiendo el ejemplo de los Estados fascistas del momento, pone en marcha en esos años: el hispanoamericanismo, o la Hispanidad, según el término adoptado por Maeztu y el grupo de *Acción Española*. Puede citarse aquí el resonante discurso que el cardenal Gomá pronunció en Buenos Aires el 12 de octubre de 1934. Gomá apelaba a una unión espiritual entre España y América, y un paso previo imprescindible para ello debía ser:

Destruir la leyenda negra de una conquista inhumana y de una dominación cruel de España en América. Lo pide la verdad histórica; lo exigen las últimas investigaciones de la crítica, hecha sobre documentos auténticos del Archivo de Indias por historiadores que tal vez fueron a bucear allí para sacar testimonios contra España; lo reclama la justicia, porque la leyenda negra es un estigma que no solo deshonra a España, sino que puede perjudi-

carla en sus intereses vitales —iguales, por lo menos, a los de todo el mundo— sobre estas tierras que descubrió y civilizó y de las que tal vez se la quiera desplazar [...] *Libres de los prejuicios de la leyenda negra y rehechos nuestros valores espirituales, unámonos en la obra solidaria de la cultura.*

El primer franquismo

Al estallar la guerra civil, la propaganda del bando "nacional" hizo suya la ideología contrarrevolucionaria formulada por grupos como el de Acción Española en los años de la República. Encontramos así una visión de la historia de España vertebrada por el catolicismo, la idea de una misión imperial enraizada en la historia del siglo XVI, cuya manifestación actual sería la "Hispanidad", y un rechazo implacable del rival ideológico, la anti-España. La retórica triunfalista deriva asimismo en otro tema bien conocido en el pensamiento conservador de los decenios anteriores: la execración del "pesimismo", desde el noventayochismo a cualquier forma de autocrítica liberal.

En ese marco, el tema de la leyenda negra tenía un puesto asegurado. En el alud de libros de propaganda sobre las glorias de la historia española que se publican en esos años, entre las reivindicaciones de Felipe II y la Inquisición y las glosas sobre la hegemonía imperial española en Europa o la conquista de América, casi nunca falta un capítulo o apartado dedicado específicamente a la leyenda negra. Así, Bartolomé Cossío, en *Meditaciones españolas* (1938), identifica la leyenda negra con "los dicterios y las graves acusaciones, la envidia, el resentimiento y la humillación" que había sufrido España,

y lamenta la cooperación de "muchos españoles" en esas "campañas difamadoras", fuera por ignorancia, por pasión política o por "malicia criminal". El agustino Teodoro Rodríguez, en *Así es España y así la Antiespaña* (1941), incluye un apartado titulado "Origen y alcance de la leyenda negra: inauditos infundios y rufianescas mentiras". En *Grandeza y proyección del mundo hispánico* (1941), el carlista Jesús Evaristo Casariego también se queja de ver "nuestros grandes hombres y [...] nuestros grandes hechos, calumniados y deformados por una leyenda negra y por una historia parcial y rencorosa, cómodamente seguida por los frívolos y despreocupados", de esa "leyenda negra de nuestro oscurantismo y de nuestra desorganización cultural". En 1939 Ignacio Olagüe, en el primer tomo de *La decadencia española* (que completaría en 1950), incluye la leyenda negra dentro de una refutación general del "prejuicio agobiador de la decadencia", el pesimismo histórico que había abierto las puertas a las ideologías disgregadoras del anarquismo y el comunismo. Como Sáinz Rodríguez, para Olagüe la leyenda negra, o el prejuicio de la decadencia, es un producto del enciclopedismo del siglo XVIII, y en medio de una abstrusa reflexión de filosofía de la historia el autor entona el inevitable canto de exaltación de la gesta histórica de España como desmentido de la leyenda negra: "En el año 5000 ignorarán los hombres del futuro las perogrulladas de la *Leyenda Negra* y demás fantasmagorías de la estulticia humana; solo sabrán que España hizo a América".

Esta reivindicación de la conquista de América fue una constante en esos años. Eduardo Pérez Agudo, catedrático en la Universidad de Barcelona que ya citábamos en el capítulo anterior, pronunció en 1943, ante la Aso-

ciación de la Prensa barcelonesa, cuatro conferencias, reunidas luego en un libro, sobre "La leyenda negra en la epopeya de América". Su tono es muy del momento: "Cesen en sus voces destempladas los detractores de nuestra limpia epopeya y ahoguen en sus gargantas, antes de pronunciarlas, las palabras falaces con que califican nuestra civilización, motejando a los españoles de crueles y sanguinarios y achacándonos la destrucción de los indios".

Algunos ven en el tema de la leyenda negra una actualidad candente, la de la "revancha" que España está a punto de tomarse sobre las naciones que la habían desprestigiado en el pasado. Son los años en que el régimen franquista, dominado por el falangismo, celebra los éxitos militares de la Alemania nazi. El archivero e historiador americanista Francisco Esteve Barba, en *Carácter y labor de España* (1942), pondera la "inmensa labor de sacrificio" que realizó España defendiendo a Europa del islam, labor que "solo fue recompensada con la ingratitud", con la leyenda negra que se levantó contra ella; ahora, los países que la calumniaron están vencidos (Francia) o a punto de serlo (Inglaterra). Martín Almagro, en su prólogo a la traducción española de la biografía de Felipe II por Reinhold Schneider (1943), se indigna también por todo el tiempo en que los españoles fueron "despreciados" y se hicieron "seguidores de una Europa que solo daño nos ha producido y, además, nos ha ultrajado y vilipendiado despectivamente como cosa inservible e ingrata". La España actual debe asumir su destino, el de volver a ser un "pueblo esencial y creador en el mundo, cuando representamos y servimos a un orden ecuménico católico y monárquico del cual Felipe II será

el cenit más esplendente"; "o somos señores con lo nuestro o seremos esclavos tras lo ajeno".

La leyenda negra se convierte en un capítulo ineludible de la cultura nacionalista de los ciudadanos, y la enseñanza oficial se encarga de transmitirlo en todos sus niveles. En cuanto a la educación primaria, una circular de julio de 1937 censura la política escolar de la Segunda República, que supuestamente había sembrado en las conciencias de los alumnos, "con el laicismo y la Leyenda Negra, primero la duda, luego la negación, y finalmente, el odio a aquellos ideales únicos". El rector de la Universidad de Oviedo, en 1937 y 1938, impartía una serie de instrucciones para la enseñanza primaria que justificaba así: "Debemos también hacer a los niños la apología de nuestras glorias religiosas y de nuestros héroes, conquistadores y colonizadores de América, y al mismo tiempo destruir los embustes de la leyenda negra con la lectura de libros adaptados para conseguir estos propósitos". Entre los libros de lectura recomendada estaba, junto a Menéndez Pelayo, *La leyenda negra* de Juderías.

En los nuevos libros de texto de historia de España adaptados a la enseñanza primaria no falta tampoco la referencia a la leyenda negra. José María Pemán, uno de los impulsores de la reforma de la escuela desde la presidencia de la Junta Técnica (gobierno provisional franquista en 1936 y 1937), escribió una *Historia de España contada con sencillez* que se detiene a rebatir tanto la leyenda negra de Felipe II como la "campaña de calumnias e injurias contra España" de 1909. Para él, la historia de España era una sucesión de "cruzadas", desde la Reconquista hasta el Alzamiento de Franco en 1936. Es curioso el comentario que Agustín Serrano de Haro, en

otro manual de historia de educación primaria constantemente reeditado en los años cuarenta (*España es así*), añade al final del capítulo dedicado a la leyenda negra: "La materia de esta lección es de una transcendencia incalculable. Maestro: ¡Que no resbale inerte y fría sobre el corazón de tus alumnos! El error pedagógico y político de sustituir estas tremendas verdades por un fárrago histórico sin substancia espiritual nos ha ocasionado el desconocimiento de nuestros destinos históricos y la anestesia del amor patrio". En *Nueva visión de la hispanidad* (1947), Rafael Gil Serrano afirma: "La 'leyenda negra' es una serie de infamias y calumnias inventadas para desprestigiar la obra maravillosa de España, realizada, principalmente, durante su Plenitud Hispánica".

En cuanto a la enseñanza secundaria, la reforma del plan de estudios de septiembre de 1938 contemplaba siete cursos de historia destinados a "la revalorización de lo español, la definitiva extirpación del pesimismo antihispánico y extranjerizante, hijo de la apostasía y de la odiosa y mendaz leyenda negra". No es casualidad que el ministro de Educación fuera Pedro Sáinz Rodríguez, el propagandista de Acción Española que hemos citado anteriormente. El tema figura en diversos manuales de bachillerato publicados en los primeros años del franquismo, todos de tono muy beligerante. El jesuita Feliciano Cereceda, en *Historia del Imperio español y de la hispanidad* (1940), dedicaba un denso capítulo a recapitular la historia de la leyenda negra: las "maledicencias antiespañolas" de los extranjeros, difundidas a partir del siglo XVIII por los "extranjeros desaprensivos que viajaban por España", y que crearon una imagen deformada de España y su historia. Cereceda destacaba las consecuencias que ello tuvo en la moral de los españoles, "dominados

por el pesimismo y por un extraño hastío que sentimos por lo nuestro"; se había dado así "el fenómeno, tal vez único en la historia, en que un grupo notable de autores nacionales han coreado las insensateces que contra España lanzaron plumas extranjeras". Y termina reseñando la "espontánea y vigorosa reacción" contra la visión calumniosa de España, desde Morales y Forner hasta Menéndez Pelayo, "el meritísimo Juderías" y, por último, Ramiro de Maeztu. Otro manual de bachillerato, *El Sino de la hispanidad: análisis de las fuerzas ideales y de los fundamentos de la actuación de España en el mundo*, de Francisco Mayán Fernández, empezaba: "La obra de España [...] se ha tratado vilmente de desvirtuar con la injusta Leyenda negra".

La crisis de 1945

Más allá de los primeros años del régimen, de máxima ideologización, el tema de la leyenda negra se mantuvo presente a lo largo de todo el franquismo. Su función ideológica, la que le había dado el pensamiento nacionalista conservador desde la dictadura de Primo de Rivera y la República, seguía siendo plenamente válida: imponer una visión monolítica de la historia de España que permitiera trazar una clara línea divisoria entre patriotas y antipatriotas. Pero a ello se sumó otra función que alcanzó un relieve particular: como arma de propaganda del régimen franquista ante la difícil situación en que quedó al término de la Segunda Guerra Mundial.

En efecto, a lo largo de 1945 y 1946, los países vencedores en la guerra mundial y la recién fundada ONU encadenaron las declaraciones contra el último Estado fascista que aún no había caído, exigiendo la retirada de

Franco y la transición a un gobierno democrático. Fue la crisis más peligrosa para la dictadura de Franco en toda su historia, pues a la presión exterior se sumaban los movimientos de la corriente monárquica interna y de aquellos que veían en la dictadura una fórmula transitoria que debía dar paso a un régimen homologable con el resto de Europa. Franco, sin embargo, supo dar la vuelta a la situación, y no solo rechazó las presiones, sino que movilizó todos sus recursos de propaganda para presentarse como líder providencial, encarnación de la independencia nacional frente a lo que se presentaba como una agresión extranjera; una estrategia que le sirvió no solo para resistir la presión externa, sino también para imponer un cierre de filas y ahogar toda disidencia interna de tipo monárquico o liberal.

Uno de los recursos propagandísticos que utilizó fue el de la leyenda negra. Para Franco, las críticas y las medidas diplomáticas contra España eran una expresión más del odio inveterado del extranjero a España. Lo explicaba él mismo en un discurso de abril de 1945. A los que se dejaban impresionar "por las especies calumniosas que sobre España en el extranjero se vierten", Franco les recordaba que eso no era nada nuevo; "a España se le ha hostilizado siempre que ha resurgido, desde los tiempos de Felipe II hasta nuestros días". Evoca entonces el caso Ferrer —"que hizo resucitar de nuevo la leyenda negra y de la intolerancia contra nuestra Patria"—, las críticas contra Primo de Rivera y la campaña prorrepublicana de la guerra civil. En un discurso de septiembre del mismo año repite la idea de una campaña antiespañola desde Felipe II hasta la actualidad: "¿Y por qué fue así? Porque en España se predicaba el Evangelio, porque sobre la bandera de España figuraba una cruz, porque España

evangelizaba mundos y porque España era faro de luz y bienestar que no convenía a los extraños”.

Las demás autoridades del régimen hacen coro al caudillo. El ministro Martín Artajo, en un discurso radiado el día de la Raza de 1945, proclamaba: “Así fue de enconada, universal y sostenida la campaña de acusaciones y calumnias que el sectarismo levantó contra nosotros, dando cuerpo a una negra leyenda, nube tan densa y tan compacta que todavía tiene que ser rasgada por los rayos de la clara y serena luz de la crítica histórica”. En diciembre del mismo año, son las Cortes franquistas las que aprueban una nota de protesta ante la exclusión de España de la ONU: “El Gobierno español, interpretando el unánime sentir del pueblo, ha salido al paso de estas maquinaciones con que artificiosamente se intenta echar una vez más sobre el crédito de nuestra Patria el desprestigio de la leyenda negra”.

Los publicistas se suman a la tarea. El poeta José María Pemán escribía en junio de 1945: “Hay, efectivamente, en el mundo, una vez más, un recrudecimiento de la ‘leyenda negra’ contra España. Nuestra posición objetante y disidente frente al mundo ha llevado a éste a tener, desde hace siglos, contra nosotros, su ‘literatura de guerra’, su sección de epigramas y caricaturas de combate”. El inevitable Pérez Agudo también da artículos a la prensa en los que evoca la “ominosa y execrable leyenda negra, engendradora de odios, de rencores, de vilezas y de desprecio para todo lo español”. Hubo también intervenciones de “espontáneos”. En 1945 un maestro, Ricardo Guirao, publicaba, bajo el título *Respuesta a la leyenda negra*, “un poema en el que canta las glorias de España, en diversidad de metro y con muy lozana inspiración”, según se resumía en una reseña de prensa.

A finales de 1947 todavía se escuchaban los ecos de la polémica, y así el historiador catalán Josep Maria Millàs Vallicrosa escribía en *La Vanguardia* un artículo, "Sobre la decantada intolerancia española", en el que reflexionaba: "La leyenda negra antiespañola, tan boyante en el pasado siglo, ha contribuido grandemente a propalar nuestra fama de pueblo intolerante. España era el clásico país de la Inquisición, de las orgías de los autos de fe y de las hogueras encendidas contra los herejes. Y los ecos de esta leyenda negra suenan aún en el ambiente y son puestos a contribución precisamente por las actuales campanas tendenciosas contra España que fomentan los comunistas y antipátridas en el seno de la O.N.U.". Jacinto Benavente, en un artículo de abril de 1948 de título elocuente, "O con España o contra España", alude a la propaganda de los exiliados españoles, "los disgregadores de la Patria", culpables de que se adensara "la leyenda negra" antiespañola.

La jerarquía eclesiástica también cerró filas con el régimen. En 1948, en el acto de ofrenda al apóstol Santiago celebrado en Compostela, el cardenal primado Pla y Deniel abominaba del siglo "de la leyenda negra contra España, inventada por extranjeros, y apoyada por españoles que habían perdido el verdadero espíritu nacional, de la decadencia de la cultura española y del servilismo al extranjero". El arzobispo de Tarragona, Arriba y Castro, en una pastoral de 1950 constata "que en la gran crisis mundial se registra la excepción histórica de España, vanguardia del catolicismo. Por esta causa nació el odio a nuestra Patria, simbolizado por la 'leyenda negra', y la presente hostilidad del extranjero".

La indignación dura todavía en 1953, cuando Ignacio Escobar, periodista y gerifalte del régimen, publica un

breve libro de tono inflamado y de título revelador: *La leyenda blanca*. Según Escobar, el ostracismo de 1945 ha sido producto de una conjura de las fuerzas internacionales anticatólicas: "El empeño de los enemigos de España —que son, en una inmensa mayoría, los mismos del catolicismo como sistema espiritualista— ha sido y es el de arrojarla del concierto de las naciones informadas en la cultura cristiana; el de desterrarla del Occidente mundial y de su órbita, para poder atacar a su verdadero enemigo". El reciente episodio, en todo caso, no es más que la renovación de la arraigada hostilidad antiespañola, la leyenda negra: "*La leyenda* de la 'Leyenda Negra Española' ha recorrido las páginas de la historia occidental como viscosa alimaña, para mancharla con su baba y dejar allí una huella sucia e imborrable que recuerde a todos su veneno. El brillo de la gesta de los hechos heroicos de una raza de titanes ha sido tiznado y ennegrecido por ignorancia y con perfidia".

Historiografía nacionalcatólica

En este contexto, no es extraño que en los medios académicos franquistas se hable y se escriba mucho sobre la leyenda negra. El ya viejo libro de Juderías se reedita varias veces a partir de 1954 por la editorial gubernamental, Editora Nacional, precedido de un prólogo a cargo de un significado diplomático franquista, José María de Areilza. En esas páginas introductorias, Areilza mantiene la tesis de la campaña antiespañola permanente desde el siglo XVI, y se refiere en especial al caso Ferrer, a la polémica sobre la guerra civil (si Juderías viviera habría replicado "a los Mauriac y a los Hemingway de una y otra acera") y también a la crisis de 1945: "Esa pelea se lleva

a cabo en nuestros días, contra fuerzas y poderes cuya conjura universal tiene —*mutatis mutandis*— orígenes parecidísimos". Insiste también en la acción de "los agentes de la traición y de la derrota dentro de España", equiparando a las Casas y Antonio Pérez con los "decadentistas" de 1898 y con los actuales disidentes del régimen. El libro de Juderías encerraba, pues, una lección plenamente válida para "los jóvenes españoles de hoy: saber que el enemigo acecha y que nadie le da tantas armas como los españoles mismos".

La leyenda negra se inscribe también en los programas de estudios universitarios. Ya en 1944, la reforma de las facultades de letras supuso la creación de una sección de Historia y otra de Historia de América, "cuya finalidad trascendental —dice el decreto— es la de reivindicar la verdad de nuestra conquista de América, extirpando la ponzoña malintencionada de la Leyenda Negra". Los historiadores americanistas insistirán especialmente en la cuestión: Manuel Ballesteros incluye en su *Historia de América* (1946) una refutación preliminar de la leyenda negra; Francisco Morales Padrón, profesor de la Universidad de Sevilla, dedica un breve opúsculo, *Historia negativa de España* (1956), a resumir el origen y difusión de la leyenda negra sobre la obra colonizadora de España en América, insistiendo en sus efectos en las independencias de los países hispanoamericanos y en la crisis del 98.

Se intenta incluso algún ensayo de revisión del tema, de comprenderlo como fenómeno histórico más allá de la mera refutación de las "calumnias" antiespañolas. Ello se inserta dentro de la visión que de la historia moderna de España desarrolla el grupo de historiadores agrupados en torno a la revista *Arbor*, como Vicente Pa-

lacio Atard, Florentino Pérez Embid o José María Jover Zamora. Para estos continuadores y renovadores de las tesis de Acción Española, España, en los siglos XVI y XVII, desarrolló un proyecto político propio, un ideal por el que combatió hasta la derrota final, por el que "se sacrificó". Ese ideal, esa "utopía europea de España" (Jover Zamora), descrita de forma vaga e idealizada, viene a corresponder con un modelo de cristiandad católica. Frente a ella se alzaría la mentalidad utilitaria y la razón de Estado de las potencias europeas emergentes, de una modernidad que habría dado a Europa la hegemonía económica y científica en el mundo, pero que habría entrado en crisis, habría incluso fracasado entre los estertores de las dos guerras mundiales. España aparecía entonces como ejemplo de una modernidad alternativa, respetuosa con los valores "espirituales" clásicos, que prolongaría la tradición de humanismo cristiano del siglo XVI. Era una forma de justificar historiográficamente la pretensión franquista de insertarse en el bloque occidental en base al supuesto papel de baluarte de Occidente, de defensor de la civilización cristiana frente al comunismo.

La leyenda negra podía integrarse en ese esquema historiográfico, y así lo plantea Palacio Atard en su *Razón de la Inquisición* (1954): "Durante los siglos XVII y XVIII se va tejiendo la 'leyenda negra' antiespañola. Triunfa por entonces en Europa un estilo de modernidad contra el que España ha luchado. ¡Ay de los vencidos! España, vencida, debe pagar [...] también, con su fama. La leyenda negra es la injuria que oficialmente consagrarán los vencedores para que España pague moralmente el delito de haber propuesto al mundo otro estilo de modernidad, otra manera diferente de entender la vida del hombre y

el orden de las sociedades europeas". Se da aquí un intento de puesta en perspectiva histórica de la leyenda negra, de visión desapasionada, evitando el lenguaje de la acusación xenófoba. Eso sí, en ese supuesto "choque de culturas" del siglo XVII el mejor papel va a España, el del idealismo quijotesco, frente al crudo materialismo "europeo". Y se apunta igualmente un horizonte de síntesis en el que España estará en pie de igualdad con los países europeos, en virtud de sus valores espirituales, frente a los que el tipo de régimen político se convierte en un detalle menor. Era una forma de dar por "superada" la leyenda negra que se corresponde también con cierta propaganda oficial, que imaginaba que la hostilidad del extranjero estaba desapareciendo (España había sido admitida de rondón en la ONU en 1950), como demostraba la gran afluencia de turistas.

Significativo de este afán de "superación" de la leyenda negra es el respaldo que las instituciones culturales franquistas ofrecen a dos investigadores extranjeros que en las décadas de 1950 y 1960 estudian el tema de la leyenda negra. El historiador sueco Sverker Arnoldsson fue acogido en el Instituto de Cultura Hispánica, dirigido por entonces por Blas Piñar y Ramón Bela y Armada, mientras desarrollaba su investigación sobre los orígenes de la leyenda negra. Su estudio (publicado en 1960, tras la temprana muerte del autor) se sitúa en un plano de perfecta neutralidad académica y es por ello elogiado por historiadores españoles (según Eloy Benito Ruano no incurre "en innecesarias apologías ni en *Leyenda blanca*"), pero cabe señalar que el concepto de leyenda negra con el que opera seguía siendo en gran medida el de Juderías: "Fue durante dos siglos una de las alucinaciones colectivas más significativas del Occidente", "ma-

lintencionado mito”. También afirma que el mito en cuestión está “en vías de extinción gracias a la moderna edad de las comunicaciones y al turismo”, algo que sonaba igualmente bien en los medios oficiales españoles.

El segundo autor, el estadounidense Philip W. Powell, está ideológicamente mucho más marcado. *El árbol de odio*, publicado en inglés en 1971, se tradujo de inmediato al castellano (con el subtítulo *La Leyenda Negra y sus consecuencias en las relaciones entre Estados Unidos y el mundo hispánico*) y fue muy bien recibido por la prensa oficial española. Con razón, puesto que su planteamiento encajaba perfectamente con los presupuestos franquistas. Powell sostenía que la leyenda negra fue una “campaña de difamación” orquestada primero por los enemigos del Imperio español en los siglos XVI y XVII, y luego por la propaganda filosófica de la Ilustración, racionalista y biempensante y, a la vez, furibundamente anticatólica, cuyos tópicos pasaron al liberalismo del XIX. En un tono de beligerancia antiizquierdista, Powell daba abiertas muestras de simpatía por el régimen de Franco, que veía como encarnación de la “tradición española”, y criticaba también la política de cordón sanitario de 1945, superada hacía tiempo para dar paso a una alianza anticomunista que él mismo se aprestaba a justificar como una forma de proteger la “civilización occidental”. Powell no fue el único estadounidense en repudiar la leyenda negra a partir de una cierta simpatía con el franquismo: Carlton Hayes, historiador que fue embajador en España durante la Segunda Guerra Mundial, se propuso también, al volver a su cátedra universitaria, destruir los tópicos sobre la leyenda negra española y dio alguna conferencia en este sentido en la Universidad de Texas (1963).

Las crisis finales del régimen

La leyenda negra, en todo caso, no se desvanece ni se convierte nunca exclusivamente en un tema histórico o arqueológico. Los tratamientos del tema en la prensa o el libro impreso son un goteo que no cesa. En 1959 Alfredo Kindelán, el veterano militar que participó en el golpe de 1936 y cayó luego en desgracia por sus maniobras monárquicas, decidía publicar una serie de artículos en *ABC* sobre la leyenda negra porque pensaba que en ese momento el tema estaba "algo olvidado" por los españoles y convenía recordar la hostilidad del exterior que estos habían sufrido a lo largo de toda su historia, empezando por los celtíberos ("españoles" criticados por los romanos) y los "conatos de leyenda negra" durante la Edad Media, hasta llegar a las crisis de 1898 y 1909. Y esa hostilidad continuaba: "Nuestros secretos poderosos enemigos siguen armados con sus armas clásicas: la mentira, la calumnia y el odio, esparcidas en la mayoría de los libros de Historia". En 1967 era un funcionario franquista, Santiago Quesada Marco, director del Instituto Hispano-Arabe de Cultura de Bagdad, quien publicaba un opúsculo cuyo título, *La leyenda antiespañola*, anticipa perfectamente que se trata de un calco del libro de Juderías.

Pero no solo eso. En los años sesenta, todos los propósitos, si los hubo, de "superación" de la leyenda negra se van a ver desmentidos por un resurgimiento del tema al modo de la crisis de 1945-1946. Aunque ahora la fuente de la tensión no vendrá del cerco exterior, sino de la crisis interna del régimen, la creciente oposición política interna, que va poniendo de manifiesto el anacronismo de un Estado que vivía en gran medida anclado psicológicamente en la Europa de entreguerras. Un signo de ese des-

fase histórico será justamente la forma en que se agitará el espantajo de la leyenda negra.

En ello hay un elemento importante de fijación personal de Franco. Nacido en 1892, a lo largo de su educación militar Franco asumió plenamente la cultura nacionalista del Ejército, muy marcada por el desastre de 1898, con su talante de susceptibilidad a flor de piel ante cualquier ofensa al honor nacional. La crisis de 1909, como ya hemos indicado, tuvo gran resonancia en la prensa militar y debió de impactar también en el joven cadete de la Academia Militar de Toledo, que entonces contaba 17 años, y que recordaría luego el episodio constantemente, incluso 60 años después. El tema de la leyenda negra debió de conocerlo también por entonces, en los artículos de *La Correspondencia Militar* o leyendo directamente el libro de Juderías; sin duda, tampoco le escapó el uso que el régimen de Primo de Rivera hizo del motivo. De ahí la prontitud con que reacciona en la crisis de 1945, invocando el precedente de 1909 y la tesis de la hostilidad inveterada de Europa contra España. Entrada la década de los sesenta, Franco seguía instalado en ese esquema mental, y ante los sucesivos conflictos políticos y sociales que vive el país en una fase de modernización acelerada, su reacción consistirá en intentar repetir la jugada de 1945, magnificando el fantasma de un enemigo exterior que con sus críticas injustas, apoyadas por la inevitable minoría de intelectuales españoles antipatriotas, pone en peligro la estabilidad y el desarrollo alcanzado por el país en las décadas anteriores. Así lo hará sucesivamente en tres momentos de crisis política del régimen: 1962-1963, 1970 y 1975.

El año 1962 fue particularmente turbulento. Las importantes huelgas de los mineros de Asturias y los obre-

ros siderúrgicos del País Vasco coincidieron con el tajante rechazo de la Comunidad Económica Europea a considerar el ingreso de la España franquista. Franco reaccionó a todo ello en un discurso pronunciado el 27 de mayo de 1962 en una Concentración Nacional de la Hermandad de Alféreces Provisionales, en Madrid. En su alocución denunció cómo "los incidentes laborales del Norte" habían sido utilizados por "las propagandas del exterior [...] por el extranjero". Este tipo de campañas, añadía, "no es de nuestros propios tiempos; es de toda la vida y toda la historia de España, desde la leyenda negra, cuando dábamos vida, lenguaje y fe a todo un mundo, hasta más tarde, en los albores de nuestra vida, cuando la guerra de Marruecos y los escándalos para que no embarcasen nuestros soldados, cuando levantaban estatuas a los criminales y a los anarquistas por Europa, y cuando se maquinaba en todos los momentos de nuestro resurgimiento para evitar la grandeza y la prosperidad de España". El responsable último de la campaña era "la Rusia de los soviets, que gasta centenares de millones en la propaganda radiada, en la compra y captura de agentes y en la financiación de las intrigas de sus 'compañeros de viaje'". Franco terminaba lapidariamente reafirmando su fe en el destino espiritual de España y en el sacrificio de la guerra civil: "Nuestra obra es el mandato de nuestros muertos".

Apenas unas semanas después se descubría otra supuesta conspiración contra España: el "contubernio de Múnich", esto es, la declaración conjunta en Múnich, aprovechando una reunión del Movimiento Europeo, por parte de representantes políticos españoles, de derecha y de izquierda, a favor de una transición pacífica a un régimen plenamente democrático en España. Franco

respondió, en un discurso en Valencia el 16 de junio, con su cantinela de siempre: "Como muchas veces he repetido, no constituye esto un episodio nuevo en nuestra historia, pues se recrudece en todas las ocasiones en que nuestra Nación resurge. El mundo se había acostumbrado a una España que no contaba y le ha quedado una tendencia morbosa a creer y registrar todo lo malo que se diga de España".

En 1963 la crisis llegó a raíz de la detención, procesamiento y ejecución (con torturas entremedio) del militante comunista Julián Grimau. Hubo manifestaciones en las principales capitales de Europa, al modo de 1909, y toda clase de mediaciones diplomáticas, incluso por parte del Papa. En el mensaje de fin de año, Franco respondió con su invariable tesis:

Cualquier incidente, la menor circunstancia, el detalle más irrelevante para la auténtica problemática del quehacer nacional es alzado frente a nosotros, difundido ampliamente y tergiversado con el exclusivo fin de poner en entredicho el buen nombre del pueblo español o del sistema político que ese pueblo se ha dado. Entristece pensar que puedan ser españoles los que de ese modo procedan, entristece comprobar que a lo largo de la historia la leyenda negra contra nuestro país fue siempre alimentada por españoles resentidos que habían fracasado en su vinculación a la comunidad nacional.

Quizá esta alusión a los españoles traidores estaba suscitada por el caso del abad de Montserrat, Aureli Maria Escarré, que meses antes había hecho declaraciones muy críticas contra el régimen al diario francés *Le Monde*.

Estas denuncias contra los intelectuales "traidores", del exilio o del interior, eran moneda corriente en la propaganda del régimen en esos años. En 1965 era Manuel Fraga, ministro de Información y Turismo, quien señalaba que los exiliados, "sin pretenderlo y acaso sin comprenderlo, han contribuido con lamentable eficacia a sostener el viejo espíritu de la 'leyenda negra' que siempre busca, en las intenciones inamistosas de muchos ajenos a nuestra comunidad, aprovechar nuevos motivos, reales o no, para señalar a España negativamente". Y otro ideólogo del régimen, Gonzalo Fernández de la Mora, en un artículo en *ABC* en 1967, descalificaba a los intelectuales que renegaban de España, como hiciera Valle-Inclán en una frase que seguía recordándose: "La leyenda negra, en estos días menguados, es la historia de España".

En 1970, nueva crisis: la del proceso de Burgos contra varios militantes de ETA. Las intensas presiones exteriores lograron que Franco conmutara las seis penas de muerte decretadas por el tribunal militar, pero el dictador no abandonó por ello su línea justificativa. En el mensaje de fin de año decía: "La paz y el orden de que hemos disfrutado durante más de treinta años han despertado el odio de las potencias que siempre han sido el enemigo de la prosperidad de nuestro pueblo". La prensa, acompañando la gran manifestación de adhesión en Madrid y otras ciudades, desarrolló esa misma idea. En *El Alcázar* aparecía un artículo titulado "Ante una nueva ferrerada" en el que se hablaba de la "sucia campaña contra nuestra Patria" y se recordaba el precedente de Ferrer y el de Grimau. Los cronistas de *ABC*, por su parte, se extasiaban ante la manifestación madrileña: "El pueblo de Madrid, interpretando los sentimientos de la

nación entera, desmintió, una vez más, la nueva leyenda negra que trata de infamar a la Patria común"; y en otro artículo, de José Baró Quesada, se decía: "Ha vuelto estos días extramuros de la Patria la leyenda negra antiespañola".

La última de estas crisis fue la de septiembre de 1975, la ejecución de cinco miembros del FRAP y ETA, aprobada por Franco apenas dos meses antes de su muerte. Las protestas internacionales fueron más lejos que nunca, con manifestaciones violentas ante las embajadas españolas y la retirada de embajadores de 15 países europeos. Se propuso incluso la expulsión de España de la ONU. El presidente del gobierno, Carlos Arias Navarro, desplegó la retórica habitual en una alocución televisiva: "De nada les sirven esas burdas caricaturas sacadas del desván de la más anacrónica leyenda negra que pretenden mostrar a los españoles y a sus gobernantes como gentes crueles y complacidas en la dureza de la represión". Los publicistas leales al franquismo hacen coro hasta el final, como el historiador Ricardo de La Cierva, que lamenta en *ABC* la "reflorescencia" de la leyenda negra. Poco después de la muerte del dictador, en enero de 1976, un periodista vasco ya octogenario, Esteban Calle Iturrino, pronuncia una conferencia de título desafiante, *La leyenda negra no se ha extinguido*, en la que evoca la "virulenta agresividad" contra España en fechas recientes e hilvana unos pocos datos sobre la mala reputación de Felipe II.

Capítulo 6. Del antifranquismo a la actualidad

Liberales en la España franquista

Como ya sucedió durante la dictadura de Primo de Rivera, el uso y abuso del tema de la leyenda negra en la propaganda del régimen franquista dio lugar a reacciones críticas. Y eso no solo por los exiliados, sino también, dentro de España, por parte de una cierta corriente de pensamiento liberal que pugnaba por mantenerse viva. Se pueden citar varios ejemplos.

Uno es el de Gregorio Marañón. Fue uno de los intelectuales liberales decepcionados con la República, y apoyó desde el principio el golpe de Estado militar y la dictadura de Franco. Pero la propaganda triunfalista y totalitaria del régimen no era plato de su gusto, y así lo manifestó en relación con el tema de la leyenda negra. En 1948, en el prólogo a *Los mestizos de América*, de Pérez de Barradas, rechazaba la injusta leyenda negra antiespañola, pero también la réplica que se le había dado, esa "leyenda rosa" propagada por "los panegiristas de la misión universal de España", leyenda que consideraba tan arbitraria e ineficaz como la otra. En 1959, en otro prólogo (a las *Memorias* de G. Casal), desarrolla más su crítica a lo que ahora llama el "mito" de la leyenda negra. Las críticas exteriores contra España en el pasado no tienen nada de particular, son producto de "pasiones" que se dan en todas las épocas y en todos los países; "no hay pueblo que no tenga en su historia su leyenda negra", afirma. Son además críticas pasajeras, que

se olvidan pronto. La idea de que, en el caso de España, ha habido una campaña sistemática de denigración durante siglos le parece un error. “El persistir en hacer de esas pasiones una ‘leyenda negra’ es táctica errada, por lo tanto, reveladora no, como algunos creen, de agravio a un pueblo grande, sino de susceptibilidad de pueblo pequeño”. Como vemos, Marañón suscribe la crítica psicológica de la ideología de la leyenda negra, desarrollada anteriormente por Unamuno, Pérez de Ayala o Alomar: la leyenda negra se reduciría a la reacción de “susceptibilidad” de un país venido a menos.

Otro testimonio de esos años introduce un elemento nuevo en la crítica de la leyenda negra, y que veremos que también estuvo muy presente en los autores del exilio: el europeísmo. José Miguel de Azaola, economista y editor vasco, fue uno de los impulsores del movimiento europeísta en España dentro de una línea liberal conservadora. En 1952 pronunció una conferencia en el Ateneo de Madrid (donde organizó él mismo un Seminario de Estudios Europeos) que se recogería enseguida en un breve libro: *Complejos nacionales en la historia de Europa*. En tono mesurado, pero no sin atrevimiento, Azaola hacía una crítica contundente del fenómeno del nacionalismo como ideología que encierra a los ciudadanos en culturas que tienden al aislamiento y la confrontación con el exterior y que, además, se asocian a fórmulas políticas antiliberales. Era una lección de la última guerra europea que Azaola aplica implícitamente a España y al nacionalismo patrocinado por el régimen franquista. En su afirmación del carácter europeo de la historia de España, Azaola se opone a la tesis de Palacio Atard sobre la ruta histórica especial que habría seguido España después de haberse desviado del resto de Europa en el siglo

XVII. Y rechaza igualmente la ideología de la leyenda negra. En un breve apartado que dedica al tema, reconoce que existen tópicos injustos y falsos sobre la historia de España —la España inquisitorial, el atraso científico—, pero no acepta lo que deducen de ello los "apologistas desbocados", que hablan de "una hostilidad organizada y militante contra España, sostenida de consuno por el protestantismo, la francmasonería y los elementos partidarios de la subversión social". España, observa Azaola, no es la única víctima de una leyenda negra: el catolicismo, el protestantismo o el capitalismo tienen también la suya, al igual que otros países sufren los prejuicios de sus vecinos. "No vendrá mal que quienes en España mantienen esta última postura, por considerarse más vejados que nadie, repasen un poco los cuadernos de agravios que, acusando a sus hermanos europeos (y frecuentemente a la propia España), presentan con razón todas las naciones vecinas". La solución a todo ello pasa por superar los nacionalismos aislacionistas y antiliberales y promover decididamente una identidad europea.

Con el paso de los años la crítica de sentido común a la leyenda negra llega a la prensa. Encontramos un ejemplo en un artículo de 1969 de Augusto Assía (Felipe Fernández Armesto), periodista con larga experiencia como corresponsal en el extranjero (Alemania, Gran Bretaña…). En ese artículo publicado en *La Vanguardia*, Assía se alza contra la supervivencia en España de la mentalidad recelosa frente al extranjero. "Nuestra reacción contra la leyenda negra —observa— ha sobrevivido a la leyenda". Y añade un testimonio personal: "A la mayoría de los observadores europeos que vienen a España la actitud de ciertos medios les tiene desconcertados. '¿Pero de dónde sacan esos compatriotas suyos la

imagen de una España acosada desde fuera, a la que la hostilidad le pone cerco, la amenaza la envidia, la confabulación la hostiga?', me preguntaba el otro día un periodista norteamericano después de leer un artículo, según el cual no hay vileza que los anglosajones no tengan guardada, en su armario, contra el remedio en general y, en particular, contra España".

Los exiliados y su influencia

Los intelectuales del exilio republicano también se hicieron eco del tema de la leyenda negra. En realidad, hubo varias actitudes posibles y en ellas no faltó un componente de nacionalismo español. Este fue el caso de Salvador de Madariaga, que actuó durante su largo exilio como españolista militante, especialmente en lo que se refiere a la historia de América, sobre la que publicó libros (como sus biografías de Cortés y Bolívar) que provocaron fuertes polémicas en la opinión latinoamericana. En 1959, en su ensayo *Presente y porvenir de Hispanoamérica*, hace una vehemente denuncia de la persistencia de la leyenda negra antiespañola. Escribe: "Parece como si contra lo hispano se hubieran coligado las fuerzas más formidables y heterogéneas que jamás la historia vio converger en cualquier dirección. El cuadro de la hispanofobia universal está todavía por hacer. Todo eso de la 'leyenda negra' no es sino tortas y pan pintado al lado de lo que se podría reunir sobre el tema". Los ejemplos de "hispanofobia universal" que desgrana parecen, sin embargo, un poco cogidos por los pelos: la insistencia de los bibliotecarios de la British Library en clasificar a Colón bajo su supuesto nombre italiano, Colombo, la costumbre de escribir Spinoza en vez de Espinosa —"La

conspiración es evidente”, “un antihispanismo universal”, acota aquí el autor—, la ambientación del *Fidelio* de Beethoven en la América Colonial en vez de en la Francia revolucionaria, o la “grotesca caricatura” de Felipe II en el *Don Carlos* de Schiller. “La malevolencia persiste”, concluye Madariaga indignado. A continuación esboza una teoría sobre el origen de esta leyenda negra, que no sería otro que el descubrimiento de América por los españoles y el deseo de otros países de arrebatarle el botín; “como había que justificar esa enemistad, comienza la leyenda negra”. Y en la más pura línea de Juderías y otros apologistas, justifica las crueldades de los conquistadores españoles —“eran de su tiempo”—, así como la Inquisición y hasta la expulsión de los judíos. Sin duda, era un libro al que la censura franquista no hubiera puesto ningún reparo.

El tema de la leyenda negra asoma también dentro de una discusión más amplia que interesó mucho, hasta un punto obsesivo, a los intelectuales del exilio, del exilio exterior y también del interior: la cuestión de las dos Españas, el choque entre las dos visiones antagónicas de la historia nacional, la nacionalcatólica y la progresista, que se ve ahora como causa del fracaso de la República y de la guerra civil. Fidelino de Figueiredo había planteado ya el tema en 1932, e inspirándose en su obra el filólogo Guillermo de Torre, en 1943, escribía en México un ensayo sobre *Menéndez Pelayo y las dos Españas* que retrotraía también la división ideológica española a tiempos de Felipe II y abogaba por la necesidad de una “integración” entre ambos bandos. De Torre dedicaba varias páginas a la cuestión de la leyenda negra. Rechazaba la actitud apologética, del estilo de Juderías, e invitaba a reconocer que los responsables de las críticas externas

eran los propios españoles, principalmente por su actitud de aislamiento intelectual. "¿Por qué la mancha 'negra' recayó únicamente sobre España? [...] la clave de la desconsideración extranjera hacia España se halla en la política de aislamiento receloso".

Otros autores desarrollaron la reflexión de Figueiredo sobre la oposición de dos actitudes vitales ante la historia. Ramón Menéndez Pidal, en *Los españoles en la historia* (1947), contraponía el "tradicionalismo" de los "ultraderechistas", que trataban de imponer un modelo inamovible tomado del pasado, sin tener en cuenta las diferencias de tiempos ni la realidad extrahispánica, y la tendencia de las izquierdas a la "repulsión del pasado", su radical "pesimismo histórico". La necesaria "reintegración" o "reconciliación" entre los dos bandos deberá partir de una valoración compartida de la propia historia, asumiéndola en su totalidad y sin partidismo. Es este rechazo del partidismo lo que lleva a Menéndez Pidal a renegar de la leyenda negra, según manifiesta en su libro sobre Bartolomé de las Casas (1962): "El presente libro no tiene nada que ver con la Leyenda Negra ni con la Leyenda Áurea, falsas las dos. Es un libro de historia".

Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz, los dos grandes historiadores del exilio, prosiguieron la reflexión sobre la reconciliación de las dos Españas de su maestro Menéndez Pidal, con quien comparten el rechazo del concepto de leyenda negra. Castro, en *España en su historia* (1948), advierte que la leyenda negra y blanca "no me interesan", y en un ensayo aparecido al año siguiente, *Aspectos del vivir hispánico*, especifica igualmente que su análisis se hará "sin dejos de leyenda blanca o negra", algo, afirma, que "hubiera sido imposible hace unos años". Más tarde, en la introducción a *De la Espa-*

ña que aún no conocía, de 1971, elabora una reflexión sobre el papel de las "alucinaciones" colectivas en la tragedia de la guerra civil, en particular en lo referente a la comprensión de la historia propia. En unos, los progresistas, se daba la negación absoluta del pasado y se formulaba la utopía de una sociedad creada *ex novo*. En los otros, los tradicionalistas, la conciencia de la deficiencia actual del país se compensa mediante una magnificación del pasado; de ahí "tantos inútiles gañidos contra la llamada 'leyenda negra'". Castro propugnaba una síntesis, una superación de la escisión cultural, por la que los españoles deberían habituarse a "convivir lisa y llanamente con su pasado en sentido diacrónico", esto es, asumiendo toda su historia, no una parte y negando otra.

Sánchez Albornoz sigue más de cerca a Menéndez Pidal en su discusión sobre la cuestión de las dos Españas, que ocupa un amplio capítulo de *España, un enigma histórico* (1957). Su planteamiento, desarrollado como alternativa al de Castro, pretende ser históricamente más riguroso. El punto de partida es el mismo, la evidencia de la separación entre España y Europa, pero mientras Castro desarrollaba una interpretación psicologista que explicaba esa separación por el componente judío y musulmán de la cultura española medieval y el trauma religioso y espiritual que ello produjo en la sociedad hispana de la edad moderna, Sánchez Albornoz se atiene más al esquema tradicional de la decadencia española, lo que él llama ahora el "cortocircuito de la modernidad" que se verifica en el siglo XVII. Albornoz rechaza igualmente la contraposición simplista entre la España espiritual y la Europa racional o economicista; la tarea del historiador no es elaborar hipótesis ideales, sino "encuadrar esas diferencias cronológicamente y [...] explicarlas histórica-

mente". Relativiza la singularidad del conflicto entre las dos Españas, y observa que esta clase de cismas ideológicos internos se ha dado en muchos otros países. La solución que apunta —que aparece también, puede recordarse aquí, en Madariaga y en el propio Castro— es la incorporación de España al proyecto de unidad europea, un marco en el que las disensiones hispanas perderían el cariz trágico que habían acusado hasta entonces.

En este enfoque relativizador y contextualizador, Sánchez Albornoz dedica algunas páginas a reflexionar sobre la leyenda negra. No duda de la existencia del fenómeno, "los trallazos críticos contra España de nuestros antiguos enemigos", las "odiosas injusticias [de] nuestros émulos de antaño"; parece creer, pues, en la leyenda negra como algo prolongado en el tiempo, heredado de la época de Felipe II. Pero no es esa leyenda negra en sí misma lo que le parece decisivo, sino la reacción que provoca en los españoles. Su tesis es que tales críticas crearon un encadenamiento fatal de reacción orgullosa, xenofobia y nacionalismo exaltado ("encendían la nunca soterrada soberbia española, esa soberbia se vertía en rencor contra lo foráneo y ese rencor provocaba al cabo la férvida exaltación de lo patrio"). Este tipo de reacción se da tanto en el siglo XVII como en el XX: desde Quevedo (que a partir de 1609 "fue retrocediendo poco a poco y poco a poco fue aferrándose a lo español castizo") hasta Unamuno en 1909, con su proclama "¡España, la gran calumniada de la historia!".

A esto Sánchez Albornoz añade una reflexión muy intuitiva sobre el problema general de la actitud de los españoles frente a la historia, el porqué del tradicionalismo reaccionario y del progresismo negador del pasado. En las naciones que conocen un presente brillante, afir-

ma, no se da esa disociación, pues la concentración en las tareas inmediatas y en los proyectos de futuro excluye de raíz las actitudes de tradicionalismo nostálgico (nadie se plantea volver a un pasado que se considera superado) y de admiración mimética por el extranjero. Más aún cuando la vivencia histórica del país en cuestión se ha proyectado en diversas direcciones y ofrece, por ello, múltiples posibilidades de "memoria". "Otros pueblos pueden dispersar en abanico sus recuerdos porque su actividad se ha proyectado sobre muchos horizontes, se han asomado a muchos caminos, han realizado muchas tareas diferentes, no han seguido en la historia una senda rectilínea, han gozado de un existir zigzagueante y múltiple. Sus vidas históricas han sido cambiantes y polifacéticas. Duermen muchas sonatas distintas en las cuerdas de sus violines respectivos. Es difícil reducir a una sinfonía única su ayer".

El caso de España es distinto: toda su historia gira en torno a un solo eje, obedece a un único impulso. "Es empero posible agrupar en torno a muy pocos *leitmotiv* toda la inconclusa sinfonía de la historia española", afirma, y alude de inmediato a "esa relativa unicidad de nuestra *vivencia*". Es esta, como decíamos, una observación aguda, que parece enlazar con el análisis de Figueiredo sobre el "filipismo" como eje de la historia española. Sánchez Albornoz, sin embargo, extrae una conclusión un tanto limitada. La simplicidad de la experiencia histórica española favorece una mayor cercanía con el pasado y una tendencia a la introspección; esta, a su vez, en épocas de crisis, puede derivar en "orgullo puntilloso". La leyenda negra, o la reacción a ella, se convierte así en un aspecto del análisis general de la mentalidad de los españoles, y este análisis, pese a las cautelas metodo-

lógicas del autor que hemos mencionado, deriva en último término en un planteamiento sobre el carácter del *homo hispanus*, invariable desde la prehistoria, tesis que casa con lo que Menéndez Pidal desarrollaba en su prólogo de 1947 y que Albornoz envuelve en terminología psicologista ("yoísmo", "personalismo integral") muy próxima, en el fondo, a la de Castro, como ha observado muy bien Javier Varela en *La novela de España*.

Un sentido semejante al de Castro y Sánchez Albornoz tiene la reflexión de un autor del interior, ni disidente ni plenamente integrado en el régimen, representativo de una posición liberal que, sin embargo, fue evolucionando hacia un cierto nacionalismo españolista, visible claramente ya en la transición. Nos referimos al filósofo Julián Marías. Marías se interesó regularmente por la cuestión de la leyenda negra, que ya aparece en un capítulo de su libro de 1963, *La España posible en tiempo de Carlos*, a propósito de la polémica en torno a Masson de Morvilliers. Su pensamiento sobre el tema quedó fijado a principios de los años setenta, a raíz de la lectura del libro de Philip Powell, *El árbol de odio*, y de una estancia en EE. UU. que le sugirió la comparación entre la España de Felipe II y la gran potencia mundial del momento, víctima de críticas —y de autocríticas— semejantes a las que sufrió la monarquía hispana. En dos artículos publicados en *La Vanguardia* en 1973, Marías resume su tesis, que repetirá más tarde en numerosos artículos y conferencias y recogerá en un capítulo de su libro *España inteligible* (1986).

Marías razona sobre lo que tiene de original la leyenda negra, sobre su "mecanismo", lo que la distingue de simples muestras de hostilidad entre países. A su juicio, la esencia de la leyenda negra es que, a partir de uno o

varios hechos polémicos (en el caso español, la Inquisición, la guerra de Flandes, la conquista de América), se llega a una condena total del pasado y del futuro de un país. Como escribía en 1986: "La Leyenda Negra consiste en que, partiendo de un punto concreto [...] se extiende la condenación y descalificación a *todo el país a lo largo de toda su historia, incluida la futura* [...] *sin prescribir jamás*" [subrayado de J. Marías]. Para que se dé este tipo de leyenda negra deben cumplirse tres condiciones: (1) que el país víctima de la leyenda negra sea importante; (2) que sea secretamente admirado, y (3) que exista algún tipo de "organización" adversa. Todo ello se cumple en el caso de España en el siglo XVI (la "organización" adversa la formarían los protestantes, judíos y países rivales).

Historiográficamente, se trata de un planteamiento bastante arbitrario. La distinción entre hostilidad episódica hacia un país y leyenda negra como condena "imprescriptible" resulta muy difícil de establecer; en último término depende de una autosugestión sobre esa imprescriptibilidad y una convicción apriorística sobre la excepcionalidad absoluta del caso español (con la única salvedad del caso estadounidense). Marías, contagiado quizá a su pesar por la propaganda franquista, creía en la supervivencia de la leyenda negra en unos años en que otros constataban que los viejos tópicos, la supuesta "hostilidad" exterior, estaban en franca retirada. Por otra parte, no argumenta cómo se transmitió o sobrevivió la leyenda negra a través de cuatro siglos, cómo se desarrolló concretamente esa "extensa y pertinaz campaña de difamación". Lo único que dice en su libro de 1986 es: "La cosa estaba ya hecha, la leyenda en marcha. Desde entonces, por su propia inercia, la leyenda es-

taba destinada a crecer y prosperar", y alude vagamente a los interesados en mantenerla. Hay que suponer que, en su opinión, esa cuestión quedaba resuelta en los libros de Juderías y Powell.

En cualquier caso, para Marías la cuestión de la leyenda negra era de importancia crucial para entender la historia de España e incluso para articular un proyecto político común. "Nada ha sido más perturbador para la historia española de los últimos *cuatro siglos*" que la leyenda negra, afirma, y añade: "Hasta ahora este problema no ha tenido adecuada solución". La razón de esta importancia reside en el efecto que esa leyenda negra ha tenido en la mentalidad de los propios españoles, ya sea minando su confianza en el país, ya empujándolos a una exaltación nacionalista igual de nociva. En el artículo de 1973 comparaba la leyenda negra con un virus, una infección: la leyenda negra "está dentro de nosotros, como el gusano en la fruta, minándonos secretamente, infectándonos [...] Los mejores españoles, salvo unas cuantas excepciones, han estado roídos por la desconfianza, el desaliento de haber creído la leyenda negra, o exasperados, frenéticos, maniáticos, obsesos por la oposición a ella". Lo mismo afirmaba en el libro de 1986: por un lado estaban los "contagiados" por la leyenda negra, los que dudan del país y caen en una "depresión histórica"; por el otro, los "indignados", todos los apologistas desaforados que defienden lo bueno de España igual que lo malo y que desprecian por sistema lo ajeno. De nuevo, es el tema de las dos Españas, escindidas por la actitud respectiva de cada una frente al pasado nacional. En el artículo de 1973 decía que unos y otros "han estado polarizados, sin mirar las cosas de frente, sin holgura"; en 1986 habla de que la leyenda negra ha inducido "una

extraña y peligrosa ambigüedad respecto a la propia realidad y la manera de sentirse perteneciente a la sociedad y depositario de la historia. No quedará abierto el horizonte de estos pueblos hasta que se ponga definitivamente en claro esa imagen perturbadora, hasta que los hispánicos sepan a qué atenerse respecto a su realidad". Había que seguir el ejemplo de aquellos intelectuales —"Feijoo, Cadalso, Jovellanos, Valera, Menéndez Pidal, Unamuno y Azorín maduros, Ortega"— que escaparon a esa "polarización", que "se han conservado *libres* frente a la Leyenda Negra". No es difícil percibir la similitud entre este planteamiento y el de Américo Castro (autor muy leído en la España del tardofranquismo), con esa dramatización de la historia secular de España y la idea casi religiosa de una revelación final que llega a través de la contemplación serena del pasado "verdadero". El hispanocentrismo radical es también otro rasgo común.

Antifranquismo y España negra

Aparte de estos ensayos de superación del cisma entre las dos Españas, la propaganda franquista dio pie a reacciones más combativas por parte de la oposición antifranquista, reacciones de calificaríamos de guerra ideológica. Los mitos franquistas, actualizados a partir de una tradición anterior de pensamiento ultranacionalista, dan pie a "contramitos" que reanudan igualmente con una ejecutoria previa. Es lo que puede observarse en lo referente al tema de la leyenda negra. El discurso antifranquista recupera de nuevo el envés del tema, la afirmación de que la leyenda negra, lejos de ser leyenda, era una realidad de la historia, esa historia oscurantista de la que

el régimen franquista era la última y más siniestra encarnación. Como escribía Herbert Southworth en *El mito de la cruzada de Franco* (1961): "No existe la menor duda posible de que hoy dicha leyenda negra es más negra que nunca. Felipe II fue un santo comparado con Francisco Franco; la Inquisición fue un inocente pasatiempo comparada con las sistemáticas matanzas que llevaron a cabo oficiales y soldados de la cruzada franquista y, finalmente, ni un solo conquistador español trató a los nativos americanos con la crueldad y el odio organizado que el ejército y la Iglesia emplean contra los españoles para redimir a su patria del pecado del liberalismo".

Se recupera, pues, el tópico de la España negra e inquisitorial. Habría que investigar los ecos en ese sentido en la literatura del exilio y del interior, en sus diversas fases. Aquí nos contentaremos con algunas referencias del antifranquismo interior en la fase final del régimen.

El dramaturgo Fernando Arrabal es uno de los que desarrollan el tópico, en su *Carta al general Franco* de 1971. En un irreverente tono naif, Arrabal comunica a Franco su decisión de exiliarse de "la España negra", y le explica que "su régimen es un eslabón más dentro de una cadena de intolerancias que comenzaron en España hace siglos". Según Arrabal, después de que los Reyes Católicos acabaran con la tolerancia medieval, "la noche más negra de la historia comenzaba en España, los quemaderos de la Inquisición se encendieron y sus intolerancias siniestras aún no se han extinguido".

Vuelve así el planteamiento que vimos apuntarse en los años previos a la proclamación de la República: la idea de que la historia de España, su tradición oscurantista ancestral, pesa sobre el presente, constituye una cárcel mental de la que habría que liberarse. Esa historia

queda asociada muy particularmente con la figura de Felipe II, en lo que constituye una reaparición del tema del “filipismo” identificado por Fidelino de Figueiredo, ahora planteado como inversión de la propaganda oficial franquista y su culto al rey del Escorial. En esa línea se sitúan, por ejemplo, los retratos imaginarios de Felipe II, de Carlos Saura, realizados a partir de 1967.

En la literatura, el “filipismo” también se hace presente. A veces, la historia del monarca se recupera como reafirmación provocativa de la verdad histórica de la leyenda negra. Es el caso de una obra de teatro de Carlos Muñiz, *Tragicomedia del serenísimo príncipe don Carlos*, escrita en 1972, aunque, a causa de la censura, solo se publicó en 1974 y no pudo estrenarse hasta 1980. El asunto de don Carlos se desarrolla siguiendo muy de cerca el modelo de Schiller: Felipe II es un rey glacial y fanático, Carlos una víctima inocente, los holandeses héroes de la libertad... Aparece el tema del desencuentro entre España y Europa. En una escena Felipe II dice: “Europa entera debería conocer tan espontáneas muestras de fervor como dan cada día mis fieles vasallos”, y el cardenal Espinosa replica: “Se nos odia, majestad, porque se nos ignora. Pero el carisma con que ha sido regado el pueblo español terminará por imponerse frente a los luteranos, no lo dudéis”.

Otra referencia reveladora se encuentra en una novela de Enric Montoliu y Jaume Miquel, *Gumersindo, virgen y mártir de la oposición en la era del franquismo*, escrita en 1973 y que quedó inédita a excepción de dos capítulos publicados en una revista universitaria en 1977. En el relato aparece un típico trepa franquista, ligado a alguna institución de propaganda cultural del régimen, en la que ejerce el cargo de “Coordinador ad hoc de la Cru-

zada Hispano-Lusitana contra la Leyenda Negra", y va dando conferencias sobre la obra civilizadora de España en el Nuevo Mundo. El protagonista principal de la novela mantiene una discusión con él y en un momento dado le espeta:

¿Y sabéis quién es el enemigo público número uno de España?, ¿el que tiene la culpa de todos nuestros males?: el "filipismo", una doctrina que he bautizado en honor a ti, Felipe Barbudo Calvo, y a tu tocayo Felipe II, quien también era barbudo y calvo [...] *Vosotros, los "filipistas", sois los tipos que seguís mostrando el trasero a Europa, que estáis convencidos de que todos los españoles somos unos genios, pero que no nos da la gana de ejercer y que os obstináis en atrasar el reloj de la historia hasta la época de Felipe II, pero sin Flandes, sin el Milanesado, sin las dos Sicilias, sin las Indias, sin Filipinas, ¡y ahora, sin la Guinea Ecuatorial!*

Una sátira más ácida todavía contra la manía franquista por el tema de la leyenda negra se encuentra en una novela emblemática del antifranquismo: *Señas de identidad*, de Juan Goytisolo (1966). El protagonista es un joven que ha emigrado a Francia a finales de los cincuenta y que ha vuelto a España para filmar un documental sobre la miseria de Andalucía. El inicio de la novela recrea lo que decían de él sus conocidos en España, que reproducen la insidiosa retórica oficial sobre el enemigo exterior. El documental en cuestión no les extraña, dicen estos conocidos,

acostumbrados como estamos a hechos y actitudes cuya triste reiteración revela el odio impotente de nuestros adversarios cualquiera que sea el Régimen que exista en

nuestra patria [;] *a partir de la Contrarreforma para acá España viene padeciendo los ataques más injustos irritantes e intolerables que a nación alguna se le hayan podido dirigir* [,] *ataques que de manera sistemática tienen su rebrote periódico desde la taimada trinchera de la mentira del resentimiento de la información malintencionada y tendenciosa de todo lo que implique atentar contra la soberana decisión de un país de gobernarse por sí mismo sin injerencias foráneas ni arbitrarias imposiciones.*

No falta tampoco la alusión a la traición del compatriota que enseña los trapos sucios a los extranjeros.

La transición

En los primeros años de la transición, la retórica franquista sobre la leyenda negra se desvanece rápidamente. El tema deja de ser un resorte de la propaganda estatal, y la plena integración del país en la comunidad internacional, especialmente en Europa, le quita toda justificación. Aun así, subsisten ciertas reacciones reflejas, una arraigada susceptibilidad que se manifiesta con pretextos a veces muy anecdóticos. Por ejemplo, en 1979, al emitirse por televisión la serie de dibujos animados *Érase una vez el hombre*, se suprimió el episodio dedicado a la España del Siglo de Oro por "abundar en los tópicos históricos de la Leyenda Negra sobre España", según afirmó el subdirector de Radio Televisión Española. El guionista y creador de la serie francesa no pudo sino señalar que los españoles le parecían "muy susceptibles". En 1983, el Consejo del Patrimonio Nacional prohibió que se representara en el monasterio del Escorial la ópera *Don Carlos*, de Verdi, apoyándose en un informe que

afirmaba que la historia de la ópera "revive la trama de la España negra" y carece de "rigor histórico". Hubo quien apoyó esa prohibición; un lector de *ABC* escribía que representar *Don Carlos* en el Escorial era una afrenta a la memoria del rey y "una enorme vergüenza para España, único país del mundo que se permite tirar piedras [...] contra su propio tejado". Finalmente, la representación fue autorizada.

Por otro lado, en los primeros años de la transición, mientras se mantiene la incertidumbre sobre el desenlace del proceso político, la retórica antifranquista perdura y el motivo de la leyenda negra sigue vivo. Es significativo lo que declara Carlos Muñiz a la prensa al estrenarse su *Tragicomedia del Serenísimo príncipe don Carlos* en 1980: "Nuestra verdadera historia, nuestra leyenda negra, que es absolutamente cierta, está por exponer a gran parte del pueblo español; tan válido hubiera sido su estreno cuando la escribí como ahora. Una de las obligaciones del dramaturgo es colaborar a la desmitificación de gloriosos pasados que, en realidad, están llenos de miseria".

Aparte de este lenguaje de denuncia, encontramos también una actitud de curiosidad, teñida a veces de sensacionalismo y "morbo". Por ejemplo, en 1977 se estrena una película, *El segundo poder*, basada en la novela de Segundo Serrano Poncela (un exiliado republicano) sobre Felipe II y la Inquisición, *El hombre de la cruz verde* (1973). El film se publicitó con anuncios en la prensa que rezaban: "La 'leyenda negra' empezó así [...]", "¡Nunca la 'leyenda negra' española fue desvelada con tanto realismo!". Se celebran también coloquios sobre el tema en televisión (*Tribuna de la Historia*, 1980; *La Clave*, 1984) y se publican artículos de revistas de divulga-

ción histórica, como el monográfico de *Historia 16* (1992), que recoge un coloquio académico celebrado meses antes en El Escorial.

Aparecen también testimonios de autocrítica. Las páginas de *ABC* se abren ahora a artículos que hacen examen de conciencia y reniegan de un tipo de propaganda que había servido para justificar el alejamiento de España respecto a Europa. En 1980, el académico de la lengua Fernando Lázaro Carreter publica un texto titulado "Nuestra imagen", en el que afirma:

Fueron muchos siglos de leyenda negra: sería ingenuo suponer que está superada. Han sido también muchos años de haber despreciado al mundo democrático, pretendiendo además darle lecciones. Es aún la penosa exhibición de un pueblo que expatria a sus hijos menos preparados culturalmente para que se ganen el pan en trabajos mecánicos. Rueda todavía por ahí mucha jactancia nuestra que resulta objetivamente risible. España no inventa, no investiga, hace mal papel reclamando la primera fila. Pero es falso que concitemos una universal e invencible prevención: ciertas cualidades que tenemos o se nos atribuyen despiertan admiración o simpatía.

La leyenda negra se convertía así en una parte más del legado del franquismo del que había que librarse, que había que exorcizar. Esta es la conclusión que plantea abiertamente el historiador Ricardo García Cárcel en la introducción de su libro *La leyenda negra: historia y opinión*, publicado en 1992, año en que, en cierto modo, culmina todo el esfuerzo de integración internacional que el Estado había desplegado desde la muerte de Franco. García Cárcel negaba allí la tesis de que hubiera exis-

tido una conjura antiespañola: “Esas opiniones negativas sobre España no son el resultado de una conjura internacional irracionalmente dirigida contra España”. A la luz de la experiencia del franquismo, la leyenda negra debía considerarse, más bien, como un arma ideológica en manos del gobierno para reforzar el aislamiento del país: “Se ha recurrido con demasiada frecuencia al recurso del fantasma del enemigo exterior para justificar la interesada impermeabilización”. En otro texto también de 1992, la presentación del *dossier* sobre la leyenda negra de la revista *Historia 16*, García Cárcel se refería también a “la obsesiva asunción por España de esta opinión negativa. Todos los países han sufrido [...] opiniones negativas de otros países, pero ninguno ha hecho ideología de esta realidad como España”. Por ello, concluye que “no ha existido la mítica leyenda negra, en tanto no ha habido, a nuestro juicio, esa crítica negativa sistemática, feroz, unánime, intencionadamente destructiva hacia España o los españoles”. En suma, se imponía “enterrar [...] la creencia en ese mito llamado leyenda negra”.

¿Fin de la historia, pues? ¿Acta de defunción de un tema del que se constataba que no había sido más que un arma ideológica a favor de políticas antidemocráticas y aislacionistas?

En parte ha sido así. La leyenda negra no ha vuelto a tener la presencia pública de que disfrutó durante el régimen franquista y, anteriormente, el de Primo de Rivera; no forma parte ya de un plan estatal de propaganda, igual que tampoco casa con un periodo en el que ha primado la voluntad de integración internacional, en particular europea. Pero, pese a ello, el motivo se ha manteni-

do de diversas formas, e incluso ha conocido en los últimos años una nueva popularidad aparente.

En esta supervivencia del motivo, los historiadores han tenido un papel propio. Ninguno de ellos discutiría la conclusión de García Cárcel sobre la manipulación del tema llevada a cabo por el franquismo o, anteriormente, desde el libro de Juderías. Sin embargo, al mismo tiempo el concepto ha seguido vigente en la práctica historiográfica. Por un lado, la investigación sobre temas tales como la Inquisición, la decadencia, las minorías judía y morisca, muy populares a lo largo de la transición, se ha justificado a menudo como un esfuerzo por corregir las distorsiones de la leyenda negra; piénsese, en particular, en los trabajos sobre Felipe II, que ciertamente han modificado mucho la imagen del rey. También se ha desarrollado una investigación específica sobre la leyenda negra tal como se habría desarrollado a partir del siglo XVI. Los historiadores extranjeros han hecho aquí una contribución muy significativa, y así, tras el estudio pionero de Arnoldsson sobre los "orígenes" del tema, se han ido publicando estudios sobre la leyenda negra en Inglaterra (Maltby), en Alemania (Hoffmeister, Briesemeister, Schmidt), en los Países Bajos (De Scheeper), en América (Gibson), en EE. UU. (Kagan), en las polémicas del siglo XVIII (F. López) o una reciente síntesis por Joseph Pérez (2009). Se trata en su mayor parte de estudios muy meritorios, pero resulta un tanto sorprendente la tendencia de todos estos historiadores a asumir tal cual el concepto de leyenda negra transmitido desde el libro de Juderías; podría tal vez explicarse por el atractivo del término y por su particular asociación a la historia española, por lo que tiene de tema típico del "hispanismo"[6]. El resultado, en todo caso, ha sido dar una pátina de "respetabi-

lidad" académica a un tema con connotaciones ideológicas muy marcadas en la política española. Esta rehabilitación historiográfica ha sido proseguida por los historiadores españoles, que han asumido igualmente la validez del término para todo el periodo que se inicia en el siglo XVI. De este modo se ha ido desarrollando una rica bibliografía sobre el tema, que parte de la completa síntesis de R. García Cárcel. Pueden señalarse las contribuciones de A. Alvar Ezquerra (con un breve texto divulgativo, de 1997), Carlos Gómez-Centurión, Lucena Giraldo, Carmen Iglesias, etc.

Otro factor que ha mantenido en el candelero la cuestión de la leyenda negra es la polémica sobre la conquista de América. Como ya hemos observado, es esta una cuestión permanente, que se ha desarrollado según un ritmo propio, al margen en buena medida de lo que se decía y se hacía en España. El azar del quinientos aniversario del descubrimiento de América reavivó el debate, sobre todo cuando el gobierno de UCD decidió en 1981 conmemorar el hecho con una exposición universal en Sevilla, iniciativa mantenida con entusiasmo por los posteriores gobiernos socialistas. Hubo gobiernos latinoamericanos que lo aplaudieron, en la línea de cierta simpatía hispanista manifestada durante todo el régimen de Franco y antes. Así, el presidente colombiano Belisario Betancur en visita a España y el embajador salvadoreño, ambos en 1983, declaran que la conmemoración de 1992 podría ser una ocasión para terminar con la leyenda negra. Pero otros países, como Cuba o Santo Domingo, se hicieron abanderados de la causa indigenista y de la culpabilización de España como potencia "colonial" responsable del subdesarrollo hispanoamericano. El debate cundió en los medios académicos, sobre todo en

EE.UU., donde las tesis indigenistas obtuvieron amplio eco.

Todo ello hizo que, al aproximarse 1992, se alzaran numerosas protestas contra las críticas indiscriminadas dirigidas a la celebración, contra lo que se considera como una resurrección de la leyenda negra. Es el caso de hispanistas extranjeros de prestigio. "La leyenda negra sigue, desde luego", manifiesta John Elliott en *El País* en agosto de 1990, y Raymond Carr redunda en ello en *ABC* dos años más tarde: "He notado que vuelve a aparecer cierta leyenda negra [...] que revive en Estados Unidos, sobre todo entre ecologistas. Hay una campaña contra Colón [...]". También intervienen algunos intelectuales latinoamericanos como Ernesto Sábato, que publica un ponderado artículo en *El País* titulado "Ni leyenda negra ni leyenda blanca", o un intelectual del exilio como Juan Marichal: "Sí, creo que se está renovando la leyenda negra", afirmaba en alusión a cierto artículo de H.M. Enzensberger en el *New York Times* contra la conmemoración del "genocidio" americano por los españoles. Los americanistas españoles también se pronuncian, y Miguel Molina, perteneciente a la escuela americanista andaluza, escribe un libro titulado a secas *La leyenda negra*, en el que recapitula toda la polémica sobre la conmemoración, en un tono mesurado, pero de rechazo firme del indigenismo radical: "No creo que haya razones para que España entone el mea culpa o exhiba complejos absurdos". Más beligerante se mostró Luciano Pereña, profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca, en las diversas obras que publicó sobre la cuestión: *Genocidio en América* (1992) o *Proceso a la leyenda negra* (2001).

Nuevo españolismo

Sin embargo, más allá del impacto de la polémica americana, lo que ha reanimado el motivo de la leyenda negra en el debate público de los últimos años ha sido el retorno a escena de un discurso nacionalista español en la década de los noventa, en especial a raíz de la victoria electoral del Partido Popular en 1996. No entraremos en la cuestión de definir esta evolución ideológica, interpretable en parte como reacción al auge de los nacionalismos "periféricos", y que ha sido objeto ya de interesantes estudios, aunque, como todos los fenómenos de historia "del tiempo presente", resulta particularmente difícil de historicizar y valorar. El mismo término nacionalismo podría ser discutible, y aquí se utiliza de forma aproximativa, en referencia a una tendencia a la reafirmación abierta de lo español que se observa en el discurso público, sin pretender que ello constituya en sí mismo una corriente perfectamente aislable dentro del panorama ideológico actual. De hecho, es un fenómeno heterogéneo, en el que entran autores muy diferentes entre sí por su trayectoria política e intelectual (desde antiguos franquistas hasta izquierdistas "conversos"), por el nivel de sus escritos (desde la columna de agitación o el panfleto hasta la conferencia académica o la investigación histórica seria) y por los matices de cada planteamiento, que van desde el catolicismo militante y el neofranquismo provocador (caso de Gustavo Bueno) al liberalismo que postula la necesidad de un "patriotismo cívico".

La cuestión de la historia de España está muy presente en todas las variantes de este discurso españolista. Sería interesante establecer qué ha podido haber en ello de recuperación de enfoques tradicionales (no únicamente franquistas) y qué de elaboración renovadora. Aquí nos

centraremos únicamente en el motivo de la leyenda negra, que constituye un ejemplo de elemento tradicional que se recupera por algunos tal cual fuera formulado por Juderías, por otros en su variante franquista, y por otros más en una presentación actualizada, ligada a preocupaciones de "patriotismo constitucional".

Lo primero que cabe constatar es que Juderías "ha vuelto". Olvidado un poco durante unos años (Editora Nacional publicó la última edición, la 16.ª, en 1974), su libro se ha publicado de nuevo, por tres editoriales distintas, en 1986 (Swan), 1997 (Junta de Castilla y León, con una reedición en 2003) y 2007 (Atlas). Se le sigue utilizando y citando, a veces en tono francamente aprobatorio: "No por conocida y casi centenaria su definición de leyenda negra deja de tener vigencia", escribe el historiador Manuel Lucena Giraldo. Se aprovechan igualmente las otras obras de referencia en el tema de la leyenda negra, el libro de Powell (también reeditado en 1991 y 2008, en esta segunda ocasión bajo el título *La leyenda negra, un invento contra España*) y el de Julián Marías (*España inteligible*, 1986), así como el de García Cárcel, aunque algunos le han reprochado su negación de la leyenda negra. Porque este es un axioma que se insiste en recordar, por si hubiera dubitativos: la leyenda negra existe, sigue viva.

Hay algún caso en que el motivo de la leyenda negra se invoca de la misma manera que lo hacía el régimen franquista, insistiendo en el componente de conspiración antiespañola organizada desde el extranjero. Así se observa en José Antonio Vaca de Osma, un diplomático nacido en 1921 que estuvo muy integrado en el Estado franquista y que durante la democracia se ha convertido en asiduo divulgador histórico. En su libro *España a*

destiempo (España en Europa), aparecido en 1988, se propone examinar las relaciones históricas entre España y Europa, marcadas, en su opinión, por la "ancestral malevolencia" que los otros pueblos han mostrado a nuestro país. España, dice Vaca de Osma, "se creó enemigos, despertó la envidia y la rivalidad de los grandes países, el mundo casi unánime nos acusó de encomenderos y de inquisidores, se nos echó encima la Leyenda negra, se nos tildó de destructores de civilizaciones". En *El imperio y la leyenda negra* (2004) vuelve sobre el tema, y ahí recupera incluso, de forma solapada, la tesis franquista de la conspiración judeomasónica: "determinadas internacionales, a veces muy oscuras", ven a España como un "reducto de la resistencia de esos valores [tradicionales]", la monarquía, el catolicismo, frente a la falsa modernidad.

Esta animadversión a Europa, no muy frecuente, se encuentra también, sin embargo, en *España frente a Europa* (2000), del filósofo Gustavo Bueno, que es una actualización, en vocabulario seudofilosófico, de la visión de la historia de España del régimen franquista, y más aún, del primer franquismo. En la obra se reivindica a Felipe II y se afirma que España siguió una ruta histórica especial, distinta a la europea; se niega por ello la realidad histórica de la decadencia (en un texto de 1998 Bueno dice: "No hubo caída, sino, a lo sumo, una apariencia de tal. La 'decadencia de España' será solo un efecto óptico producido por la leyenda negra"), y se propugna una alternativa hispanoamericana a la Unión Europea… [7]

Sin embargo, lo característico del nuevo discurso españolista es la forma en que sitúa al "enemigo" no en el extranjero, sino en el interior. Se actualiza así la clásica

denuncia contra los "pesimistas", contra los españoles de patriotismo demasiado tibio, contra los "traidores" incluso, que hemos visto utilizada durante la crisis de 1909 y bajo las dos dictaduras del siglo xx, para explicar ahora lo que se percibe como falta de sentimiento patriótico en la ciudadanía y las elites políticas durante la transición. En *La libertad traicionada* (1997), el historiador José María Marco revisaba en esa clave el pensamiento noventayochista español hasta Azaña; en el epílogo a la edición de 2007 de la obra declara: "Está por contar la historia de ese lento emerger del aborrecimiento nacional, de la censura de la expresión patriótica [...] y de la humillación asumida, aceptada, que todo eso representa", y se refiere a la "labor sistemática de destrucción de la cultura nacional" que se habría emprendido desde el 98, durante la Segunda República, el franquismo (con el giro antinacional de la oposición antifranquista) y la transición. Gustavo Bueno, por su parte, arremete contra los intelectuales de izquierda —cita a Fernando Arrabal, Juan Goytisolo y Rafael Sánchez Ferlosio— por su odio a España, e incluye una manida coletilla: "El aborrecimiento lo detectamos ya en el instaurador mismo de la Leyenda Negra, el padre Las Casas". En un tono más belicoso todavía, César Alonso de los Ríos censuraba en 2005, en una columna de *ABC*, al presidente socialista del gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, por no tener "más patrimonio que el que procede de la Leyenda Negra y la anti-España, de la negación de nuestros mitos, del rechazo de la hegemonía de nuestra lengua común y de la actitud beligerante contra la religión mayoritaria". José María Aznar, en *Cartas a un joven español* (2007), también afirma que las izquierdas españolas "han interiorizado la leyenda negra y la

han propagado irresponsablemente"; de este modo han caído en una visión acomplejada o esnob de la propia historia, negando "los valores y principios de sus antepasados" y renunciando "a ver en la acción de estos algo más que una historia rechazable, digna incluso de censura y de olvido". Todo ello va muy unido a la crítica contra los "nacionalismos periféricos", acusados también de propagar la leyenda negra, la "perspectiva negrolegendaria" que tiende a la negación de la existencia de España, según Gustavo Bueno y Santiago Abascal (*En defensa de España: razones para el patriotismo español*, 2008).

Se retorna también a la tesis del efecto psicológico de la leyenda negra, de su "interiorización", producto de un "pesimismo" o un "complejo de inferioridad" que lleva a negar la grandeza de la historia española y su condición actual de gran nación que influye en el mundo a través de la lengua española (la reactivación del hispanoamericanismo es otro elemento distintivo del nuevo clima). Así lo afirma J.M. Aznar en la cita que acabamos de hacer, pero hay muchos otros ejemplos. El historiador José Alcalá-Zamora, en su intervención en el ciclo de conferencias organizado por la Academia de la Historia en 1998 y publicado bajo el título *España como nación*, afirmaba: "Sí quiero, no obstante, reprobar con toda mi energía aquel prurito seudointelectual de quienes se complacen en contemplar la propia historia desde talante hipercrítico y masoquista, con ojos que pretenden ser agudos en su mirada hispanofóbica y se quedan en majaderos. No. España, con su presencia planetaria y su obra cultural inmensa, es una de las naciones triunfadoras de la vieja Europa". José Manuel Otero Novas, jurista y alto funcionario que desempeñó un importante papel en

los gobiernos de Adolfo Suárez durante la transición, en su libro *Defensa de la Nación española* (1998) dedica un capítulo especial a rebatir el "complejo de inferioridad" de los españoles, insistiendo en la necesidad de "sacudirnos complejos y sambenitos" y lamentando la asunción de la leyenda negra elaborada por los extranjeros.

El tema salta a las páginas de los periódicos. César Alonso de los Ríos, en una columna de *ABC* de 2002, se lamenta: "Se ha llegado a interiorizar tanto la Leyenda Negra [...]", y censura la tendencia a minusvalorar lo propio frente a "los países más avanzados". También aparece en las conferencias, como la que el periodista José Javier Esparza ofreció en 2009 bajo el título "La leyenda negra", recogida en la revista *Razón Española*. Esparza, siguiendo escrupulosamente el patrón de Juderías, parte de un postulado: "La leyenda negra miente", a lo que sigue una larga enumeración de supuestas falsedades relativas a la Inquisición o la conquista de América. "¿Conclusión? Esta: no levantaremos cabeza, colectivamente hablando, mientras no seamos capaces de mirar nuestra identidad colectiva con sosiego, y nuestra identidad consiste, entre otras cosas, en una Historia excepcional. La leyenda negra es su peor enemigo, o mejor dicho: el hecho de que los españoles nos la creamos es nuestro peor enemigo". En esta misma línea podrían citarse textos como *Escritos reaccionarios para separatistas y progresistas* (2008), del abogado y empresario cántabro Jesús Laínz, que entre otras cuestiones discute: "¿Por qué la Leyenda Negra sigue lastrando la reputación de España tanto entre los extranjeros como entre los propios españoles?".

Hemos hablado hasta aquí de nacionalismo conservador, que es el dominante, pero también existe una ten-

dencia nacionalista de izquierdas capaz igualmente de aprovechar el motivo clásico de la leyenda negra. La podemos ver representada en el conocido novelista Arturo Pérez Reverte. En la segunda entrega de su exitosa serie sobre el capitán Alatriste, *Limpieza de sangre* (1997), Pérez Reverte pone en boca de un personaje, tal vez con más anacronismo de la cuenta, todo un alegato contra la leyenda negra, centrado el tema de la Inquisición: "Creo haber hablado antes a vuestras mercedes de la Inquisición. Lo cierto es que no fue aquí peor que en otros países de Europa; aunque holandeses, ingleses, franceses y luteranos, que eran entonces nuestros enemigos naturales, la incluyeran en esa infame Leyenda Negra con la que justificaron el saqueo del imperio español en la hora de su decadencia".

En entrevistas a la prensa, Pérez Reverte ha reconocido su propósito de reivindicación (de apología, podríamos también decir) de la historia de España:

La de ahora y la de siempre, con lo bueno y lo malo y lo oscuro, que aún fue más. La España que ha hecho leyenda literaria y la España de la Inquisición, la intolerancia, el cainismo y el chalaneo; la España de la otra leyenda, la leyenda negra, que de tal modo se imprimió sobre la historia de este país, que terminamos nosotros mismos por avergonzarnos de nuestro pasado acentuando sombras y no luces, identificando memoria y orgullo histórico, que son muy dignos y legítimos, con ideologías patrioteras o reaccionarias, como si las palabras nación o patria fuesen patrimonio exclusivo de la derecha o, en escala local y miserable, de provincianos con poco viaje, menos cultura o mucha mala fe. Para bien o para

mal, o sea, para ambas cosas a un tiempo, aquí fuimos lo que fuimos, y lo que aún somos.

De nuevo, encontramos el tema de la influencia "depresiva" de la leyenda negra en la vivencia histórica de los españoles.

Esta nueva moda de la leyenda negra ha suscitado al menos una elaboración historiográfica que va más allá del propósito polémico inmediato. Nos referimos a la historiadora Carmen Iglesias, que ha desarrollado el tema en una serie de conferencias y artículos recogidos en su libro *No siempre lo peor es cierto* (2009). Iglesias asume la crítica historiográfica reciente del concepto. Niega, así, la tesis conspirativa, e incluso el supuesto de una continuidad plurisecular de la leyenda negra: "Estos tópicos y estereotipos [de los siglos XVI-XVII] que se repiten [...] y se consolidan en los siglos XVIII y XIX no forman de ninguna manera una línea continuada y precisa, ni responden a ninguna 'conspiración' consciente". También señala la reacción de susceptibilidad exagerada que se encuentra en la raíz del tema, el "complejo de persecución que afecta a veces a los españoles, sintiéndose por así decir 'incomprendidos'".

Pero, al mismo tiempo, Iglesias recupera el enfoque tradicional de la leyenda negra, en particular la versión que dio Julián Marías. Así, constata que los tópicos que forman la leyenda negra "han tenido una perduración fuera de lo acostumbrado", y llegan incluso a la actualidad: hoy día "siguen funcionando los mismos tópicos". También subraya el efecto psicológico de la leyenda negra sobre los españoles, y en particular sobre sus "elites", la forma en que la "interiorización" de la leyenda negra ha conducido a casos de "autoflagelación", "exce-

so de negatividad", "curiosos complejos"... Todo ello ha tenido una influencia determinante (dice siguiendo de nuevo a Marías) sobre la actuación y el proyecto político colectivo de los españoles. "Ciertos estereotipos hipercríticos y ciertas falsedades e ignorancias de la historia de España se han introducido de una forma tan emocional en la imagen mental de varias generaciones de españoles que [...] han repercutido en la *acción* sobre la realidad y han contribuido a originar en ocasiones distorsiones que [...] conducen a situaciones paradójicas, cuando no peligrosas, para la estabilidad y la convivencia". La leyenda negra aparece entonces como una falla en la constitución del "patriotismo constitucional" que requiere un Estado moderno: "Me inclino a pensar que, sin una asunción mayoritaria de una historia común sin complejos de inferioridad, con sus luces y sombras, pero sin la tentación apocalíptica de que todo el pasado fue lo peor posible [...] no será posible afianzar ese patriotismo constitucional como mínimo denominador común de una cultura política y cívica indispensable para la profundización de la democracia".

La historia continúa, pues. La de la leyenda negra como tema nacionalista y también, cabe señalarlo para terminar, la de la leyenda negra en su versión de izquierdas, de denuncia de la España negra. Podría también aquí señalarse una coincidencia con el ritmo político del país, con el ciclo de gobierno socialista iniciado en 2004, en el que se han planteado ciertos temas —como el laicismo y la memoria histórica— que han parecido reavivar el conflicto entre las dos "filosofías de la historia" de España que diagnosticara Fidelino de Figueiredo en 1932. No nos adentraremos en la problemática y nos limitaremos a poner un ejemplo de actualización de la leyenda negra

según esta óptica. Se trata de un artículo publicado en agosto de 2010 en la prensa vasca y navarra: "El eco de la leyenda negra", por el periodista e historiador Julián Zubieta. Según Zubieta, las críticas de la leyenda negra contra Felipe II "no fueron del todo desacertadas", y además pueden aplicarse tal cual al franquismo. Filipismo y franquismo son, pues, una misma cosa. "El diálogo que sostenemos con la historia nos trae a la memoria el ejercicio de crueldad, el obscurantismo y la tiranía política de ambos regímenes". Zubieta se lanza a continuación a un juego de paralelos entre Felipe II y Franco en el que deja atrás incluso la *Carta al general Franco* de Arrabal:

El paralelismo entre los dos contextos históricos es tal, que se refleja en todos los ámbitos sociales [...] *El índice de libros prohibidos, la quema de la cultura, el misticismo de Santa Teresa y los beneficios de su brazo incorrupto, el Escorial y el valle de los Caídos (monumentos erigidos a la inutilidad del poder a manos de los reprimidos), la pureza de sangre, tanto judía como roja, la religión única, la psiquiatría del dominico Juan Ginés (que justificaba el exterminio de los indios "por su inferioridad cultural y sacrificios humanos") o las perlas cultivadas por el militar Vallejo Nájera* [...] *son, tan solo, unos pocos apuntes que ayudan a medir la proximidad entre las dos Leyendas.*

Conclusiones

El propósito de este estudio ha sido mostrar las grandes líneas de la polémica sobre la leyenda negra a lo largo del siglo XX, desde la introducción del término hasta sus últimos desarrollos. He tratado de delinear las fases de la discusión, las distintas posiciones que en cada una se manifiestan, el diferente interés de cada autor que interviene, todo ello dejando hablar a los textos mismos. De ahí las abundantes citas, muchas tomadas de la prensa de cada momento, cuya localización ha sido posible en gran medida gracias a las hemerotecas digitales disponibles en Internet; pienso en Biblioteca Virtual de Prensa Histórica, del Ministerio de Cultura; la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional y los archivos de *ABC*, *La Vanguardia* y, en menor medida, *El País* y *El Mundo*. También he utilizado los depósitos digitales de Internet Archive, Google Books, Gallica, Cervantes Virtual…, así como las bibliotecas tradicionales a mi disposición: la Biblioteca de Catalunya, las bibliotecas de las universidades de Barcelona y Pompeu Fabra y la del Pabellón de la República, todas en Barcelona. El rastreo, desde luego, no ha sido exhaustivo; sin duda podrían hallarse más testimonios relevantes, pero el resultado quizá sirva como acercamiento y permita apreciar el relieve que esta polémica llegó a tener en la historia de la cultura española del siglo XX.

Dadas las limitaciones de espacio, he centrado la investigación en la cuestión concreta de la leyenda negra y lo que constituiría la "historia externa" de la polémica.

Cabría profundizar en problemáticas generales, contextos ideológicos e intelectuales más amplios en los que se inscribe el tema concreto de la leyenda negra que quedan en este trabajo tan solo apuntados. En estos párrafos de conclusión me referiré brevemente a algunas de las líneas que podrían seguir una interpretación y contextualización más amplias.

Por un lado, está la cuestión del nacionalismo. Habría que explicar de qué modo la leyenda negra se inscribe en el proceso de constitución de una ideología nacionalista que arranca a principios del siglo XX y cómo acompaña el desarrollo de ese nacionalismo hasta su fase más reciente. En los últimos años se ha generado una rica bibliografía sobre la historia del nacionalismo español, incluida la más reciente, y a partir de ella se podría comprender la función específica que el tema de la leyenda negra ha podido desempeñar en ese proceso ideológico. Algunos aspectos relevantes serían la función propagandística del tema, el papel de sustitutivo de un enemigo exterior real, el recurso al victimismo histórico, lo que el motivo revela sobre la aspiración a la incorporación de España al ámbito internacional, o su papel en la recreación de una tradición histórica imperial que se pone en marcha como reacción al desastre del 98.

Con ello están relacionados los debates intelectuales más amplios que marcan cada fase de la historia cultural española del siglo XX y en los que leyenda negra se inscribe de un modo u otro: el dilema casticismo-europeísmo, el papel del "pesimismo", el debate sobre las dos Españas, el auge del europeísmo posterior a la Segunda Guerra Mundial, el discurso antifranquista militante… Cada coyuntura merecería un estudio específico (por ejemplo, la nueva oleada nacionalista de la década de 1990 debe-

ría tratarse con mucha más extensión). También habría que investigar algunos motivos próximos al de la leyenda negra y que se conjugan con él: la "España negra", que corre en paralelo, pero tiene sus especificidades, la "decadencia", la obsesión por el "peso del pasado"... Del mismo modo sería necesario integrar la polémica de la leyenda negra americana, fuente de la discusión en España, pero que opera en gran medida según ritmos propios de la historia latinoamericana.

Por último, cabría ensayar la comparación con ideologías similares en otros lugares y momentos. La leyenda negra, tal como surge a partir de la doble crisis de 1898 y 1909, reproduce una situación que se ha dado en otros países, colocados también en la tesitura de sentir una amenaza de la modernidad liberal y capitalista y que, por ello, se enfrentan al dilema entre la adaptación decidida a esa modernidad y su rechazo en clave nacionalista. Podrían citarse muchos ejemplos, del siglo XIX, del XX y también del XXI, en los que se da un choque cultural, dentro de cada país, entre tendencias occidentalistas y antioccidentalistas. En su conocido ensayo *Occidentalismo* (2004), Ian Buruma y Avishai Margalit muestran las raíces comunes de las ideologías antioccidentalistas de la Alemania posnapoleónica y del nazismo, los eslavófilos rusos, los ultranacionalistas japoneses que surgen tras la revolución Meiji, el islamismo actual... En todos se crea el escenario de una nación en lucha contra una civilización supranacional hostil, una nación que encarna las esencias espirituales heredadas de la historia frente a una modernidad materialista y apátrida. España ofrece otro ejemplo característico del fenómeno, desde el Unamuno que defiende la "independencia espiritual de España" frente al culto europeo a la ciencia y la economía hasta

los teóricos del nacionalcatolicismo en la década de 1950, con sus divagaciones sobre la ruta alternativa a la modernidad.

Desde luego, todo ello constituye un trasfondo filosófico que no siempre es relevante en el despliegue del motivo de la leyenda negra, que es ante todo un elemento de propaganda. Pero lo que también muestran los ejemplos citados es cómo esa ideología pretendidamente espiritualista se convierte en propaganda de Estado, y más concretamente en propaganda nacionalista, y cómo esa propaganda sirve para desviar la atención de una cuestión muy concreta: la de la democracia, o de la falta de democracia. La historia que hemos trazado en los capítulos anteriores es también una prueba de ello. La leyenda negra nace y se desarrolla durante la larga fase de crisis del régimen oligárquico de la Restauración y alcanza su máxima expansión durante dos dictaduras, la de Primo de Rivera y la de Franco. En todos esos periodos se utiliza como mecanismo propagandístico preciso, con dos funciones: rechazar como ataque al honor y la independencia de España toda crítica por casos, diríamos hoy, de abusos contra los derechos humanos o por la naturaleza misma del régimen, y propiciar la adhesión a ese régimen apelando a una supuesta solidaridad nacional. Es un mecanismo que ha funcionado y sigue funcionando en países con regímenes no democráticos.

En la actualidad, cuando se habla de leyenda negra, no suele pensarse en esta dimensión ideológica y propagandística. El término se asocia más bien con cuestiones que aparentemente tienen un exclusivo interés histórico: la imagen de Felipe II, el símbolo del Escorial, Las Casas, la Inquisición… Pero sería una equivocación ignorar las connotaciones ideológicas que arrastra ese concepto,

su “vicio de origen”, según se refleja en las críticas que formularon muchos intelectuales de relieve a lo largo de las polémicas que hemos reseñado en este estudio. En todo caso, conocer la historia del concepto de leyenda negra tal como se desarrolló al hilo de las polémicas ideológicas del siglo XX debería servir para hacerse cargo de lo que en el fondo se está diciendo cuando se habla de “leyenda negra”.

Bibliografía

Alvar Ezquerra, Alfredo (1997): *La leyenda negra*, Akal, Madrid.

Boyd, Carolyn (1997): *Historia patria: política, historia e identidad nacional en España (1875-1975)*, Pomares, Barcelona, 2000.

Español Bouché, Luis (2007): *Leyendas Negras: vida y obra de Julián Juderías*, Junta de Castilla y León, Salamanca.

García Cárcel, Ricardo (1992): *La leyenda negra. Historia y opinión*, Alianza Editorial, Madrid.

—, (2011): *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Iglesias, Carmen (2009): *No siempre lo peor es cierto. Estudios sobre Historia de España*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Juderías, Julián (1914): *La leyenda negra*, Atlas, Madrid, 2007.

Juliá, Santos (2005): *Historias de las dos Españas*, Taurus, Madrid.

López, François (1976): *Juan Pablo Forner y la crisis de la conciencia española en el siglo* XVIII, Junta de Castilla y León, Salamanca, 1999.

Mestre, Antonio (2004): *Apología y crítica de España en el siglo* XVIII, Marcial Pons, Madrid.

Molina, Miguel (1991): *La leyenda negra*, Nerea, San Sebastián.

Núñez Florencio, Rafael (2001): *Sol y sangre. La imagen de España en el mundo*, Espasa, Madrid.

—, (2010): *El peso del pesimismo: del 98 al desencanto*, Marcial Pons, Madrid.

Núñez Seixas, Xosé M. (2010): *Patriotas y demócratas: el discurso nacionalista español después de Franco*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Pérez, Joseph (2009): *La leyenda negra*, Gadir, Madrid, 2009.

Powell, Philip Wayne (1971): *La leyenda negra, un invento contra España*, Áltera, Barcelona, 2008 (título original y de la primera traducción: *Árbol de odio*).

Varela, Javier (1999): *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Taurus, Madrid.

VV.AA. (1992): "La leyenda negra, la verdad sobre la hispanofobia", *dossier* de *Historia 16*, 193 (1992), pp. 21-118.

Notas

[1] Véanse algunos interesantes apuntes en E. Ucelay Da Cal, "Self-Fulfilling Prophecies: Propaganda and Political Models between Cuba, Spain and the United States", *Illes i Imperis*, 2 (1999), pp. 191-219. <<

[2] Ángel Herrerín, *Anarquía, dinamita y revolución social: violencia y represión en la España de entre siglos (1868-1909)*, Los Libros de la Catarata, 2011, p. 146. Este estudio resume bien los diversos episodios de represión contra el anarquismo que se mencionan en este capítulo. <<

[3] Agradezco a Germán Segura que me haya facilitado una copia de este texto. <<

[4] Cf. *El Luchador*, 26/3/1920 y Consuelo Naranjo Orovio, M.ª Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper (eds.), *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, CSIC-Universidad de Puerto Rico, 2002, p. 168. La cita siguiente en R. Martínez de la Riva, *La España de hoy: conversaciones con grandes españoles*, Madrid, 1926. <<

[5] Es significativo que Juderías firmara la protesta por la destitución de Unamuno como rector de la Universidad de Salamanca en 1914 (C. y J.-C. Rabaté, *Miguel de Unamuno*, Taurus, 2009, p. 331). Sobre Juderías debe consultarse la obra de L. Español, *Leyendas Negras: vi-*

da y obra de Julián Juderías, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2007. **<<**

[6] Ha habido, de todas formas, alguna intervención crítica. El americanista Benjamin Keen protestaba en 1969 contra el "revisionismo" de Hanke y Menéndez Pidal en la cuestión de la colonización de América y por la forma en que se referían a una falsa "leyenda negra" que habría desacreditado la obra de España en el Nuevo Mundo; para Keen, la leyenda negra "no es ninguna leyenda, y el término carece de valor descriptivo", y ha servido para promover una "leyenda dorada" de la conquista española totalmente errónea. También es significativa la opinión de otro hispanista, Henry Kamen, en una entrevista de 2001: "De hecho, la leyenda negra dejó de existir hace ya muchísimos años. En Inglaterra y Estados Unidos, cuando tratamos de la leyenda negra, hablamos de ella como un concepto totalmente desfasado. Pero lo que pasa es que algunos, sobre todo en España, se empeñan en mantenerla por sus propios motivos. Aquí entramos en cuestiones de política que no son de mi especialidad". **<<**

[7] Lo dicho sobre la desaparición de la actitud de confrontación con Europa quizá deba revisarse en el contexto de la crisis económica iniciada en 2008. Álvaro Delgado-Gal, en un artículo en *ABC* de marzo de 2010, ha aludido a las descalificaciones contra la economía española lanzadas en la prensa británica, basadas en viejos tópicos y lugares comunes, y se pregunta: "¿Qué lugar común ha aflorado en Gran Bretaña, y no solo en ella? El de la leyenda negra, atenuada por el tiempo en una suerte de prejuicio antiespañol, en una como tendencia a endosarnos estereotipos aprendidos en el tebeo. El ingreso en la normalidad europea, y algunos éxitos ulteriores,

nos llevaron a pensar que el coco se había esfumado para siempre. Pero vuelve. Vuelve como vuelven a las sobremesas los chistes de leperos. No se trata de una fantasía, ni de una paranoia, sino de un hecho, irritante para los españoles y documentable hasta la extenuación”. Esta tercera de *ABC*, la enésima con el título “La leyenda negra”, hilvana todos los tópicos del discurso de la leyenda negra, como el de la condena del pesimismo antipatriótico: “La identificación completa, incluso extremosa, con nuestros críticos […] El racismo reflejo, el racismo dirigido contra uno mismo”. **<<**

ÍNDICE